TODAS LAS VIDAS QUE NOS QUEDAN

Paloma Victoria



Todas las vidas que nos quedan

PALOMA VICTORIA

Copyright © 2024 Paloma Victoria
Todos los derechos reservados

Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso expreso y por escrito del editor.

ISBN: 9798322117070

Cover design by: Gladys Baquedano Martín

A todas las almas que habitan los seres
que me rodean, que de una forma u otra
me acompañan en el camino.
Si formas parte de ellas, GRACIAS.

Si no hemos tenido la suerte de coincidir,
gracias a ti también por embarcarte
conmigo en esta aventura.

Y, por supuesto, a Pablo.
Siempre a Pablo.

CAPÍTULO 1

El reloj de cuco que presidía la habitación sonó dándome un pequeño susto. Eran ya las 11 de la mañana. Todo debería estar ya casi listo. Todo menos yo, que tenía por derecho llegar un poquito tarde y hacer esperar unos minutos a todos. Y la verdad es que la idea no me gustaba mucho. Ya sabemos que soy siempre puntual.

En ese momento me encontraba sola en el cuarto. Se trataba de un cuarto en plena Sierra de Madrid. Las vistas eran espectaculares: si me asomaba por la ventana podía ver el jardín, que aún estaba vacío de chaqués y pamelas, y a un montón de trabajadores de acá para allá preparando los últimos detalles. Ese cuarto era grande. Había una cama, que en ese momento estaba sirviendo de todo menos de lugar de descanso, con todas las cosas tiradas sobre ella. A cada lado, había una mesilla. La de la derecha estaba decorada con el ramo de flores, precioso, que diseñé con pequeñas florecillas blancas y rosas claro. En la pared opuesta a la cama había un mueble aparador inmenso. Todo ese rato pensé que seguramente sería mejor elección que la cama para hacer todo el despliegue, pero su superficie ya estaba ocupada por otros tantos trastos.

Entre la cama y el aparador, en la pared que se enfrentaba a la ventana que mostraba la inmensidad de aquella sierra, con los picos aún algo blancos que dejaban ver que la nieve de enero había caído hacía no mucho, el embalse coronaba la estampa, había un armario antiguo de madera robusta, a juego con el resto de muebles. Mi vestido de novia colgaba de él, metido en una funda color blanco, con el nombre de la marca grabado en un dorado que no me pareció demasiado como para pensar que aquello no era para mí. Después de echar un ojo al jardín, me acerqué a él. Rocé con las puntas de mis dedos la tela que lo protegía como si yo, plena dueña y señora de aquel atuendo, ni siquiera tuviera permiso para tocarlo.

Todo el mundo dice que toda mujer sueña con su boda desde niña. Supongo que lo harán las que siempre han tenido claro que quieren casarse, que esto con el tiempo ha ido cambiando mucho. Yo siempre traté de imaginar cómo sería mi boda. Pasé por muchas fases: la de *ojalá hubiera ido confeccionando un libro con recortes y fotos para inspirarme el día que llegue como hacen en las películas,* la de *no necesito casarme para demostrar mi amor a nadie* y la de *lo quiero todo y no sé por dónde empezar.*

Siempre he sido una fanática de las bodas. Me encanta recibir la buena noticia de que alguien cercano se casa, e incluso tímidas lágrimas me recorren las mejillas en ceremonias de gente que apenas conozco por ser yo el *más uno* de las invitaciones, pero que la vida me ha llevado a vivir ese momento tan romántico con ellos. Y cuando, viviendo esas bodas deseadas de otros, trataba de imaginar la mía, no tenía nada claro qué quería y qué no.

Elegí aquel vestido una tarde del verano anterior con Amaya y mi madre. Carla quiso venir, pero le fue imposible, así que fue ella quien me acompañó a todas y cada una de las citas

posteriores para probármelo y ajustar cada detalle.

– ¡Es este! – gritó Amaya llamando la atención de todas las mujeres, rompiendo ese ambiente sereno que reina en las tiendas de vestidos de novia a pesar de los nervios que realmente se están viviendo allí.

No quedaba mucho tiempo cuando fuimos a buscar vestido, y encontramos el momento de ir a por él un día que las tres estábamos disfrutando de las vacaciones en Madrid. La chica que nos atendió fue un amor y, todo hay que decirlo, muy paciente. ¿He dicho ya que lo quería todo y no quería nada? Me sacó varios vestidos de distintos estilos. A veces es más fácil ver qué es lo que no te gusta e ir descartando. Volvió a guardar en el almacén los encajes, los escotes en palabra de honor y las telas rígidas.

– Ay hija… si es que cualquiera que te pongas te queda bonito – mi madre, siempre mi fan número uno. Me la llevé porque aún con esas gafas de amor de madre con las que me veía siempre como *Miss Mundo*, no tenía nunca ningún reparo en decirme que algo no me favorecía. Con mucho tacto, eso sí –. Aunque… esa caída… no me convence.

Estuvimos en aquel local un par de horas. Si me acompañaste en la compra del vestido para la boda de Paola, sabrás que no necesito dar muchas vueltas a estas cosas. Aunque, claro, no es comparable, y frente a una decisión de esta magnitud soy tan indecisa que no me aguanto ni yo. Tuve que hacer una *final four* entre varios que me encantaban, y salí de allí con *el* vestido, que, aunque dudase entre él y otros tantos, sabía desde el principio que aquel era el que llevaría en uno de los días más bonitos de mi vida.

Acerqué mi mano a la cremallera de la funda que colgaba del armario, nerviosa por descubrir aquel vestido. La bajé despacio con cuidado de no rasgarlo, y cuando llegué abajo del todo, ahí estaba. Un vestido largo de raso color hueso, de corte en A, que dejaba caer la tela sobre mis caderas resaltando la notable diferencia entre ellas y mi cintura. La tela era suave, nada rígida, y me encantaba porque se movía conmigo como si una brisa constante que bailaba a mi alrededor la hiciese acompañar mis movimientos a cámara lenta. Desde niña, siempre que me probaba un vestido o una falda daba un par de vueltas sobre mí misma para comprobar su vuelo, y eso mismo hice cuando me lo probé en aquella tienda del centro de Madrid. Tenía el cuello *halter*, cosa que siempre pensé que nunca llevaría el día de mi boda, pero como la parte que cubría mi pecho era suelta, sin pegarse al cuerpo, me pareció precioso. Y sexi. No tenía pensado llevar mangas, pero en las últimas pruebas con Carla vimos que el frío invernal iba a pasarme una mala pasada si llevaba los brazos descubiertos, así que al vestido lo acompañaba una chaqueta del mismo color, estilo *blazer*, que le daba un toque especial y que podría quitarme en cualquier momento. La espalda tenía una abertura en forma de lágrima que dejaba asomar los tatuajes que decoraban esa parte de mi cuerpo. Y, lo mejor de todo, incluía un par de bolsillos a cada lado de la falda. Cerré con cuidado la cremallera hasta el momento de vestirme, no fuese a mancharlo sin querer.

Ya estaba peinada, con el pelo suelto y ondulado, y con la raya al lado izquierdo, como a mí me gusta ir en ocasiones especiales. Pero claro, aquella ocasión no solo era especial, era *la* ocasión, y tenía que tener algo diferente. Mi amiga Lara me acompañó a una tiendecita de Madrid que ella conocía donde diseñamos juntas un adorno que acompañase al estilo del vestido

y de la boda, que me pondría a un lado de la cabeza. Elegí unas poquitas flores como las del ramo, y quedó un accesorio discreto y elegante, a la vez que algo campestre, que encontré perfecto para lucirlo aquel día.

Justo en ese momento me acordé de la boda de Paola, que fue la última a la que fui. Le robé algunas ideas, deseché otras, y me trajo a la mente los nervios que ella pasó mientras le ayudábamos a vestirse.

– ¿Ya está listo Germán? – preguntó histérica como si el hecho de que Germán olvidase la hora a la que tenía que estar allí fuese una posibilidad. Por primera vez en su vida, era ella la que estaba lista antes de tiempo.

Nada más cerrar la cremallera de la funda que protegía mi vestido, alguien llamó a la puerta y me sacó de mi ensoñación, que me había robado ya quince minutos. Ya iba quedando menos para las doce, hora en la que debía hacer mi aparición. Desde que empecé a asistir a bodas, veo más prácticas las de día. Tengo la sensación de que se aprovechan más. Será por la luz del sol, si es que la hay, y cuenta con la ventaja de que uno no se despierta al día siguiente como si una caballada de unicornios le hubiese pasado por encima, y con un desbarajuste de horarios como si acabase de llegar de viaje y tuviera *jet lag*.

– ¡Adelante!

Un batiburrillo se oyó en cuanto giraron el pomo de la puerta. La maquilladora se había marchado hacía un rato así que solo podían ser ellas: Amaya, Lara y Paola. Entraron ya vestidas, preciosas y radiantes. Se acercaron a mí y me miraron como el que ve por primera vez la inmensidad de la Torre Eiffel, las pirámides de Egipto, o a la mismísima Beyoncé. Estaba guapa, eso es verdad. Mis pecas se dejaban ver, consecuencia de haber disfrutado de unos poquitos días de sol antes de la boda, con cuidado de no ponerme del color de un camión de bomberos, que era algo habitual en mí. Y, además, el saber hacer de aquella maquilladora había sacado lo mejor de mí, todo hay que decirlo. Y, por supuesto, vestí mis labios de rojo. Se me quedaron mirando con cara de amor, de mucho amor, y se acercaron a mí despacio para darme un abrazo.

– Madre mía, Marina… que ya ha llegado el día – me dijo Amaya con una cara que enternecería a cualquiera que la mirara.

– Lo sé. Me parece mentira.

Yo en ese momento me encontraba como en una burbuja. Efectivamente, el día había llegado: mi boda. Mi boda con el amor de mi vida. De esta, al menos.

Ya era el momento de vestirme y de ponerme el adorno en el pelo, y en ese momento, muy a tiempo, entró el fotógrafo en la habitación. No quisimos que estuviera toda la mañana con nosotros. Es cierto que es maravilloso un buen álbum de boda en la estantería para rememorar ese día tan bonito, pero quedamos en que solo queríamos unas cuantas fotografías de algún momento concreto, y lo demás nos lo llevaríamos tatuado en nuestras retinas y nuestros cerebros. Y el momento en el que mis chicas me iban a ayudar a vestirme, era de esos que queríamos retratar.

Paola y Lara sacaron con cuidado el vestido de la funda. Se las veía nerviosas. Amaya, mientras tanto, esperaba conmigo junto a la ventana. Se acercaron a mí como el que trae la corona de la reina en un cojín, y procedieron a ayudarme a vestirme. Tuvimos que tener mucho cuidado con no mancharlo de maquillaje. En esta ocasión no pudimos hacer aquello que siempre dijo mi madre de vestirte antes de maquillarte, que ya era muy arriesgado ponérselo con la cara terminada, como para llevarlo dos horas antes de tener que lucirlo.

Unos minutos y unas fotografías más tarde, ya estaba lista. Me miré en el espejo y solo deseé que él pusiera la misma cara que me había salido a mí cuando me viera acercarme hacia el altar. Las chicas se marcharon y alguien volvió a llamar a la puerta. *Toc toc*. Eran mis padres.

– Mi niña… – susurró mi padre con los ojos vidriosos. Mi madre, tras él, rompió a llorar de emoción.

Ella me dio un beso y un abrazo, que quedaron retratados en un par de fotografías, y se marchó. Era mi padre quien iba a acompañarme durante el paseillo y teníamos que bajar juntos. Ya a las doce, miramos el reloj. *Es la hora*, me dijo mirándome a los ojos. Antes de bajar di un último vistazo a través de la ventana, desde donde ya me llegaba el alboroto que empezaba a formarse en el jardín. No quise asomarme demasiado, quería que me sorprendiera todo cuando ya estuviese allí abajo. Bajamos las escaleras con calma, no fuese a ser que lo primero que me ocurriese aquel día fuera una caída tonta que agravase mi esguince de tobillo. Aún quedaba mucho día por delante. Caminamos, ya cogida a su brazo y con su mano agarrándome la mía, con la que me sujetaba a él para no caerme de los nervios. Llegamos a una puerta que estaba ya abierta y que llevaba al jardín, donde ya estaban todos, por lo que esperamos escondidos justo antes de atravesarla. Ya se oía la música: *I'll be there for you*, la canción de mi serie favorita, *Friends*, en una versión maravillosa cantada por Maisie Peters. Lo demás era un silencio sepulcral expectante por verme aparecer.

Tres, dos, uno… Allá vamos.

CAPÍTULO 2

¿Quién me esperaba al otro lado del altar? Te lo estarás preguntando. Esto tendrá que esperar. Por lo pronto, tengo que contarte cómo siguió la historia con Hugo.

La premier de la película de Céline terminó con Hugo y conmigo frente a la puerta de su hotel. Muy hábilmente, o eso me pareció a mí, nos dirigió caminando hacia allí después de salir de la fiesta privada que la productora de la película había organizado en un lujoso restaurante del centro de Madrid. Era una noche fresca, mi cazadora que imitaba al cuero me salvaba de que se me pusiera el vello de punta, aunque verme en esa situación, no. Hugo, yo, el silencio, y ninguna duda de que lo único que quería hacer en ese momento era pasar la noche enredada en él.

– En esta o en cualquier vida, ¿recuerdas? Aunque si es en esta, mejor.

Esas fueron las últimas palabras en las que nos quedamos. Me miraba fijamente a los ojos con sus manos sujetando mi cara. Las mías temblaban, no podía creerme que Hugo hubiese soltado todo aquello por su boca. Al ver que yo no pronunciaba palabra, cogió mi mano y tiró de ella hacia dentro del edificio. Unos pasos después, frené en seco. Dije con un hilo de voz:

– ¿Y si vuelve a no funcionar?

Todas las dudas que se esfumaron como si las palabras de Hugo hubiesen sido una ráfaga de viento que se las lleva lejos, volvieron de repente. No podía negarlo: a pesar de todos los sentimientos que él provocaba en mí, había sufrido mucho. Y una parte de mí volvía a decirme que tenía que hacerme valer, como si de un Pepito Grillo se tratara. Por un momento, sentí cómo el tiempo se paraba, igual que pasa en las películas, y permite que el protagonista de la trama reflexione, hable consigo mismo, y tenga un poquito de tiempo antes de decidir si lanzarse al vacío.

Y así fue. Todo a mi alrededor se paró. Solo había silencio, lo cual me permitió escuchar mis pensamientos a la perfección. Y comenzó mi diálogo interno. Dos Marinas tratando de ver haca dónde tirar.

– ¿Es esto lo que quieres?

– No lo sé… parecía que sí, pero no quiero que un camión vuelva a pasarme por encima cuando se vaya.

– ¿Entonces? Date la vuelta y vete.

– ¿Cómo me voy a ir? Es Hugo.

– Como si es Brad Pitt, querida… ¿Quieres empezar a pensar un poco en ti?

– ¿Qué quieres decir?

– Desde que conociste a Hugo has vivido esperando a que él eligiera los siguientes pasos. Menos cuando decidiste no ir a recogerle después de la fiesta de Rubén porque tú estabas en tu propia fiesta con tus amigas y elegiste quererte un poco y no caer sólo porque estuviera en Madrid y quisiera pasar la noche contigo.

– Dicho así… parece que he sido un poco tonta. No seas tan dura conmigo.

– ¿Te recuerdo que estás hablando contigo misma? Esto que te estoy diciendo yo, tú también lo piensas.

– No creo que me haya arrastrado a sus pies. Las dos sabemos que esta ha sido una historia larga que nos marcó. Nos marcó más de lo que nos hubiese gustado. Otros han pasado por nuestras vidas y no vivimos con ellos dentro a estas alturas. ¿Y si esta vez es la definitiva?

– Ni tú misma lo tienes tan claro si, a unos cuantos pisos en ascensor de empezar algo con él, tus pies han dejado de caminar.

Quizá tenía razón. Vi lógica en aquella mezcla de sentimientos. Al fin y al cabo, como ya sabes, yo había sufrido mucho por esta relación. Y ahora que se me ponía en bandeja darle otra oportunidad, no solo tenía que tener en cuenta mis sentimientos. Cuando parecía que tenía claros mis siguientes pasos, el ruido del ambiente del hotel y de los coches volvió a sonar a mi alrededor, y los huéspedes que a esa hora rondaban el *hall* y los trabajadores de la recepción recuperaron el movimiento. E igual que lo hicieron ellos, lo hizo Hugo.

– ¿Estás bien? – preguntó él sin soltarme de la mano, como consecuencia del tirón que había sentido tras de sí cuando frené en seco.

– No. No sé si quiero.

En ese momento, la sonrisa de Hugo desapareció de su cara y en su lugar se instaló un gesto algo tenso.

– ¿He dicho algo malo?

– No, no es eso. Es solo que no tengo claro que esto sea una buena idea – dije, casi sin poder mirarle a la cara –. Todo lo que has dicho está bien. Todo. El arrepentimiento, tus ganas. Pero ya hemos pasado por esto antes y no puedo permitirme que se me vuelva a romper el corazón.

– Vaya… lo entiendo. No quiero que pase nada si tú no estás segura – pude ver cómo la tristeza se apoderó de sus ojos, de sus labios, de todo su ser.

– Dices que puedes quedarte aquí, en Madrid. Pero, ¿y si vuelves a irte? No sé si ha sido un comentario que ha salido de ti, aquí y ahora, por todo el batiburrillo de sentimientos que tenemos encima o si lo dices de verdad.

– ¿Subimos y hablamos? – preguntó, casi rogándome con la mirada.

– Creo que es mejor que me vaya.

Y así, sin más, le miré unos segundos más antes de darme la vuelta, le di un beso en la mejilla, desenredé sus dedos de los míos, y salí de aquel lugar. Vi cómo sus ojos se empañaban, fruto de la decepción de que, tras haber vuelto a coincidir en tiempo y en espacio, no hubiese dado rienda suelta a mis más sinceros deseos, dejándole allí solo y no permitiendo que nuestra historia continuara aquella noche.

Abrí la aplicación de *Cabify* y pedí un coche que me llevara de vuelta a casa unas calles más allá de donde me encontraba. Primero, porque no quería que se presentara la posibilidad de que Hugo me siguiera y aquella conversación continuara. No estaba preparada. Y segundo, porque me vendría bien que me diera un poco el aire y respirar. Afortunadamente, había elegido bien mis sandalias de tacón ancho y no era una tortura caminar durante cuatro manzanas más.

Me vi de nuevo delante del restaurante que habíamos dejado un rato atrás. Vi por el cristal que la sala seguía con algo de gente. Pude distinguir a Céline entre los asistentes. Sonreí. Esperaba poder verla pronto de nuevo. *Tres minutos*, decía la aplicación. Al poquito de comprobar cuánto tardaría el coche en llegar, traté de memorizar las tres letras de su matrícula para estar pendiente al verlo llegar. Fue puntual y nos encontramos rápido. Los veinte minutos que duraba el trayecto desde donde estaba hasta mi portal los pasé revisando mi móvil.

Céline
Espero que hayas disfrutado
de esta noche. Te he visto
bien con Hugo.
¿Nos vemos esta semana
antes de marcharme?

Ay, amiga, qué feliz
me ha hecho verte
brillar esta noche.
Vas a llegar lejos.
Por supuesto que nos
vemos. ¿Domingo
para desayunar?

Obvié a propósito su comentario sobre Hugo. No quise entrar en detalles porque ni yo misma sabía a dónde iba a ir a parar aquello. Quizá para el domingo ya tendría las cosas claras. Le propuse desayunar porque sabía que era la comida del día que más disfrutaba, y yo no podía resistirme a tomarme un café con leche y un bollito de chocolate como hicimos en París una semana atrás.

El camino a casa fue tranquilo. A esas horas ya no había nada de tráfico, la música del

coche era agradable, y el conductor me dio algo de conversación. Esta vez, no como en el trayecto de ida, no estaba tan nerviosa, así que accedí amablemente a intercambiar algunas palabras con él.

Me dejó en mi portal, subí en ascensor, ya con ganas de quitarme los zapatos y un poco de puntillas, para no despertar a todo el bloque de vecinos. Era un espacio amplio, me recordaba al barco de un crucero. Todo abierto y con las puertas de las casas colocadas en fila, siguiendo un largo pasillo con barandilla que permitía ver el hall del edificio desde cualquier apartamento. Todo era blanco, lleno de plantas que colgaban y decoraban aquel lugar. Además, en lugar de un techo opaco, había unos paneles traslúcidos que permitían que durante el día entrase la luz del sol. Antes de entrar en casa, me encontré con Harrison, un vecino, que también estaba de regreso a casa.

– ¿Noche de fiesta? – preguntó en un español raruno con acento inglés. Harrison era neozelandés. Coincidí con él una tarde de copas tras el trabajo porque era amigo de un compañero. En cuanto me dijo su nacionalidad, nos pasamos lo que quedó de plan hablando de la vida allí, de mi viaje a Australia, de qué le había traído a España. Y aquella conversación nos llevó a descubrir la curiosa casualidad de que vivía en mi mismo bloque. Se convirtió, de repente, en ese vecino al que le pides sal, y la única persona de todo el edificio con el que tenía relación. Nos hicimos amigos rápidamente.

– Sí, bueno, algo así. He ido a la premier de una película. Suena glamuroso, ¿eh? – pregunté tratando de ser graciosa y quitarme de encima la sensación tan rara que se me había quedado por cómo había terminado la noche.

– No te voy a decir que no… más glamuroso que el antro del que vengo yo, seguro. ¿Tienes sueño o te apetece tomarte la última? Hace una noche de locos para estar en la terraza.

Era tarde, tenía sueño, pero pensé que era mejor despejarme un poco antes de irme a dormir. Los líos en la cabeza (y en el corazón) no son buenos compañeros de alcoba.

Le seguí hasta su puerta. Harrison era un tío muy majo. Vivía solo, su novia era una chica joven que aún estaba estudiando la carrera y que vivía en otra provincia. Él había viajado a España unos años atrás porque el equipo de rugby de mi localidad era muy famoso y traía a jugadores de todo el mundo para ganar la liga y mantenerse en la categoría profesional.

Nada más entrar en su piso, que me resultaba raro porque estaba exactamente igual distribuido que el mío, pero al revés, como visto a través un espejo, me ofreció una copa.

– Vino, ¿verdad? – no era la primera vez que compartíamos ratos de charla en una de nuestras terrazas.

– Por favor.

Nos sentamos fuera. Tenía la zona exterior menos decorada que la mía. Yo es que, la verdad, le había puesto mucho mimo. Coloqué unas lucecitas en la barandilla y tenía el suelo cubierto de césped artificial. Él solo tenía una mesa con dos sillas y un armarito donde parecía guardar trastos. Había mucho silencio a nuestro alrededor. Solo podíamos oír las ranas del lago, algún

que otro búho y los coches que iban y venían por la carretera de abajo que, a esas horas, eran escasos.

– ¿Qué tal la película? – preguntó mientras se sentaba en la silla de al lado.

– Ha sido genial. Mi amiga era la encargada de la banda sonora, ya solo por eso sabía que iba a cogerle un cariño especial. No es una película que sea de mi estilo, pero me ha gustado mucho.

– ¿Y ha terminado tan tarde? – mierda, quizá acabaríamos hablando de cómo había terminado la noche realmente. Esperé unos segundos para continuar.

– ¿Cómo hacéis Valeria y tú para que vuestra relación funcione estando tan lejos? – pregunté justo antes de dar un sorbo a mi copa con la intención de cambiar de tema y llevar la conversación hacia donde me interesaba, visto cómo estaban las cosas con Hugo. ¿Podría funcionar nuestra relación Madrid-Galicia?

– Queriéndonos mucho, la verdad. No es fácil. Ojalá pudiéramos vernos todos los días o todas las semanas. No sé si viviríamos juntos en caso de que estuviésemos en la misma ciudad, ella aún es joven y, qué te voy a decir, vivir solo me encanta. Pero nos echamos de menos. Voy a verla cada vez que puedo, ella hace lo mismo, pero es verdad que se hace duro.

¿Es el amor suficiente? ¿Tendría esa situación fecha de caducidad? No pude evitar pensar en cómo sería, así que me animé a poner a Harrison al día.

– Hoy he visto a Hugo – confesé, aunque de primeras no quisiera hablar del tema. Igual me venía bien. Harrison estaba al tanto de todo gracias a nuestras charlas nocturnas.

– Uy… ¿y eso? – preguntó curioso. Hugo y él se conocían, habían encajado bien cuando habíamos hecho algún plan en el bar de al lado del lago juntos, pero al fin y al cabo era mi amigo, y los amigos acaban cogiendo algo de manía a aquellos que dañan a los suyos.

– Él es también amigo de Céline, la chica de la que te he hablado. Estaba invitado a la premier. ¿Te acuerdas? – también le había hablado de Céline en alguna que otra ocasión.

– ¿Y tiene esto algo que ver con la cara que traías a casa? – uno no sabe a veces la imagen que ven los demás cuando por dentro estamos algo rotos. Ni siquiera unos labios rojos disimulan la tristeza –. Sabía que algo pasaba.

– ¿Tú qué crees? – me reí, me pareció gracioso volver a verme en una situación en la que Hugo me volvía loca. Otra vez, vuelta a empezar.

Pasamos un rato más divagando sobre la vida y sobre el amor, y se hizo tarde. Recogimos las copas, nos dimos un abrazo y volví a casa. Tenía ganas de pintar, pero necesitaba dormir. Giré la llave en la cerradura, dejé los tacones que había llevado en la mano desde la puerta de Harrison a la mía en el suelo, junto a la puerta, y me metí en la cama sin siquiera ponerme el pijama.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente pude oír cómo la lluvia golpeaba la ventana de mi habitación. Subí la persiana, parecía que iba a durar poco. Salí al salón, me preparé un café y unas tostadas, y me senté en la mesa del comedor. *Din din.* La pantalla de mi móvil se iluminó en silencio.

Hugo
No sé si esperabas un
mensaje de mi parte.
Me hubiese gustado que
hablásemos, pero entiendo
que no quieras y respeto
tu decisión. Cuando estés
lista, aquí estaré.

No quise contestar inmediatamente. Noté una pequeña punzada tras leer su mensaje, pero estaba orgullosa de no haber caído rendida la noche anterior. Una tiene que valorar y valorarse antes de tirarse a una piscina sin saber si habrá agua dentro.

El resto del día pasó tranquilo, en casa. Un par de horas después de desayunar, la lluvia cesó. Vi que era un buen momento para salir un rato a correr. Hacía buena temperatura para ello, e iba a venirme muy bien. Amaya siempre me había animado a hacerlo. Ella es una corredora nata y yo no le cogí el puntillo hasta que un día decidí probar y ya no había parado. Me puse las mallas, el top y una camiseta corta. No cogí sudadera porque iba a durarme unos veinte metros de carrera. Busqué mis zapatillas, ¿dónde estaban? Una vez encontradas, me las puse y durante unos segundos las observé. *Tengo que comprarme unas nuevas,* me dije. Estas me las había regalado Fer y cada vez que me las ponía su recuerdo se paseaba por casa. Empezaba a cogerlas algo de tirria.

Auriculares puestos, riñonera en la cintura, llaves guardadas y en marcha. Me gustaba mucho salir a correr por el parque de debajo de casa. A veces había mucha gente; era un lugar que invitaba a que todo el que quisiera pasear, tomar una cerveza, alimentar a los patos o tener a los niños entretenidos en el columpio, anduviera por allí. La lluvia de hacía un rato hizo que el parque fuera casi todo exclusivamente para mí.

Cinco kilómetros después, volví a casa renovada. Decidí que era un buen día para darme un baño en lugar de una ducha. Estaba acalorada, cansada, y tenía ganas de sumergirme por completo en el agua. Aún con la música sonando en mis oídos, me desvestí y me quité la trenza

que me había hecho para que el pelo no me molestase yendo de acá para allá al ritmo de mis zancadas. Una vez estuvo la bañera llena, me metí poco a poco para no quemarme. *Te has pasado con la temperatura, querida*.

Pasé sumergida en el agua, con los dedos de las manos y los pies arrugados, la siguiente media hora. Hacer un poco de deporte y ese ratito conmigo me había sentado fenomenal. Y ya estaba muerta de hambre. Ya seca, con el pelo húmedo, cogí de nuevo mi móvil. *No has contestado,* pensé. Abrí la conversación con Hugo y releí su mensaje. Estaba en línea. Comencé a escribir.

Perdona por haberme ido así.
Tengo miedo, no estoy segura,
y aunque me muriese de ganas
de pasar la noche contigo,
ahora mismo no puedo.
Ya hablaremos.

Escribiendo…, pude leer bajo su nombre. *En línea*, de repente. Parece que ninguno de los dos estaba seguro de cuál debía ser el siguiente mensaje. Yo no había enviado el mío aún, así que él estaría viendo lo mismo. Lo pensé mejor, y borré. Cerré la conversación, bloqueé el móvil y fui a la cocina a hacerme algo rápido de comer. Él tampoco me volvió a escribir en lo que quedó de día. Parece que ambos habíamos decidido que el silencio, por el momento, era la mejor opción.

El fin de semana pasó tranquilo. Vi a Céline la mañana del domingo para desayunar. Fue agradable, y me encantó pasar tiempo con ella antes de que volviera a París. Le puse al día de todo lo que pasó, pero, afortunadamente, Hugo no gobernó la conversación y solo ocupó unos minutos de ésta. Al fin y al cabo, se merecía que le contara cómo acabó la noche.

Por la tarde fui a ver a mis padres. Era el primer cumpleaños de mi sobrina pequeña y organizaron una reunión familiar. Me encantaba aprovechar los domingos pasando tiempo con todos ellos. Carla, además, estaba algo decaída.

– No sé, no sé qué me pasa. Es como si una nube negra se hubiese puesto encima de mí y no se fuese – dijo, angustiada, mientras el padre de la niña se ocupaba de ella.

– ¿Van las cosas bien con tu marido? ¿Todo bien en el trabajo? – a veces era complicado para Carla poner en orden sus pensamientos. Quise ver si podía ayudarla un poco.

– Sí, no sé, todo está como siempre. Es cierto que últimamente hemos discutido algo en casa, y que siento que mi jefe no me valora, pero más allá de eso… no sé.

No sé. Así estuvo un rato más, diciendo *no sé*. Le sugerí que escribiera. Ya ella de joven había hecho sus pinitos volcando sus pensamientos en un blog. En él, publicaba pequeñas reflexiones. Traté de recordarle el bien que le hacía utilizar la escritura para poner sus sentimientos y pensamientos en orden. *Yo lo que hago es pintar,* le dije. Parece que le gustó la idea.

– ¿Cómo estás, cariño? – la mano suave de mi madre se posó sobre mi hombro mientras aprovechaba para sentarse a mi lado en la silla que Carla había dejado vacía junto a la mía. Ya he comentado con anterioridad que mi madre, e intuyo que todas las madres, tienen ese radar que es capaz de percibir el nivel de alegría y tristeza de sus hijos. Con mis hermanos pasaba igual.

– Sí, mami. Todo está bien.

– Sabes que te he parido, ¿verdad? – nos reímos, viendo que no tenía escapatoria.

– Ha sido un fin de semana intensito. Pero todo se arreglará. No te preocupes, si necesito una charla, te buscaré – y acurruqué mi cabeza entre su cuello y su hombro mientras me abrazaba y me daba un beso en la cabeza. Benditas madres, que sanan todo lo que tocan.

Sí, la charla la necesitaba, pero no quería que aquel tema fuese el centro de mi vida, y tampoco tenía claro, por mucho que valorase su buena intención, que compartir todo aquello con ella fuese bueno. Para mis padres, Hugo era el demonio. No puedo culparles.

El hijo mayor de Carla correteaba de acá para allá, perseguido por el resto de los pequeños (y no tan pequeños) de la familia, y llegó el momento de la tarta. Mi hermana y mi cuñado habían encargado una tarta de animalitos, de estas bonitas que salen en los programas de televisión, para festejar el primer cumpleaños de su hija pequeña. *Vaya gasto más tonto…*, me vino a la cabeza. Mi sobrina no recordaría nada de lo que estaba pasando esa tarde allí. Pero entendí que les hacía ilusión recordar ese día revisando las fotos que estábamos tomando.

Mateo, mi primo, acudió a la fiesta, y se encargó, como fotógrafo profesional que era, de retratarnos a todos pasando aquel fin de semana en familia. Mateo es una persona que, si fuera posible, gobernaría el mundo y éste sería mucho más bonito. Es carismático y tiene don de gentes. Cuando habla, todo el mundo se queda hipnotizado, y tiene una cara y un cuerpo que deja al género masculino más que rendido a sus pies. Éramos uña y carne, solo separaban unos días a su nacimiento y al mío, y eso nos había unido de por vida.

Ya con la fiesta finalizada a una hora prudencial, dado que la pequeña anfitriona de la fiesta necesitaba irse a dormir pronto, cada mochuelo se fue a su olivo con el corazón llenito de dicha. Éramos una familia unida, y estos ratos nos dejaban repletos de energía.

CAPÍTULO 4

Esa energía la necesité para afrontar la semana siguiente. El martes inaugurábamos la nueva tienda de bombones en Madrid. La zona elegida había sido una de las calles más distinguidas del centro de la ciudad. Había que darle un caché a la marca, y ya solo por estar ahí, tenía el éxito asegurado.

El lunes consistió en terminar de ultimar los detalles de cara al día siguiente. La empresa había organizado un pequeño cóctel por la tarde, donde solo los que iban con invitación podían acudir. Me venía genial que la tienda estuviera llena de gente para que todos subieran fotos a redes sociales y, con suerte, no pudieran resistirse a esos ricos chocolates. Invité, aparte de a varios compromisos, a gente del mundillo para hacer contactos y a algunos de mis amigos.

Ya con la fiesta de inauguración pisándome los talones, fui por la mañana, antes del evento, a comprarme algo que ponerme. Sí, mi armario estaba lleno de ropa monísima, pero una nunca puede dejar de dar un último vistazo en las tiendas por si hay algo mejor. Me apetecía ir con pantalón, y encontré uno de traje de color beige y un poco más estrecho en el tobillo, que combiné con una blusa de color blanco, de tirantes, y algo anchita. Sobre ella, me pondría una *blazer* larga del mismo color que el pantalón, y terminaría el look con unos aros dorados, anchos, pero no muy grandes, decorando mis orejas. Y los labios rojos, por supuesto. Para mis pies, aproveché unas sandalias de tacón que ya tenía por casa. El pelo me lo recogí en una coleta baja, algo despeinada para darle un toque informal.

Esta vez bajé al centro de Madrid, al evento, en coche. Era una fiesta, pero era trabajo, así que me tomaría una copita de champán de las que ofrecíamos a los invitados, y sería el agua mi bebida de cabecera del resto de la noche.

Ya había estado allí la tarde anterior terminando de preparar todo, pero entrar a la tienda y verla completamente terminada, lista para que todo el mundo entrara a disfrutar de ella, me sobrecogió. Era muy luminosa, con todo el escaparate de cristal. Los colores que gobernaban la estancia eran el dorado y el marrón, y todos los muebles eran de madera oscura. Habíamos seguido la línea de todas las tiendas que estaban repartidas por Europa, con los mismos tonos, pero me pareció que esta tenía algo especial. Quizá se trataba de que era la primera que yo abría, y me hacía muchísima ilusión.

Constaba de dos pisos: en el de abajo, estaba la tienda; en el de arriba, había una pequeña cafetería. Estaba así distribuido de manera estratégica: un último vistazo a toda la variedad de bombones que ofrecíamos antes de salir de allí después de haberte tomado un café era una gran tentación.

La parte de la tienda se veía bastante amplia, tal y como habíamos dispuesto los *stands*. Según

entrabas, a la izquierda, había una hilera de cajones transparentes grandes, rebosantes de bombones con envoltorios en todos los colores, que hacían que fuese imposible elegir un favorito. Frente a ellos, y también frente a la puerta de la entrada, había una estantería llena de cajas de bombones, las típicas llenas de surtidos. Estas, también, de varios tipos: solo blanco, solo negro, solo con leche, *ganache*, con relleno de frutas, de licor, con barquillo... A la derecha, se encontraba toda una pared llena de tabletas de distintos formatos, sabores y texturas. Y ya al fondo, un amplio mostrador con bombones al peso para hacer combinaciones personalizadas y la caja, terminaban de decorar esa planta.

Arriba, al subir por la escalera, estaba la cafetería. Tenía una superficie más pequeña que la tienda, y una barandilla dejaba verla desde arriba. Allí, había una barra con unas cuantas banquetas y cinco mesitas para disfrutar de un rato tomando algo. Era la primera tienda en España que contaba con servicio de cafetería, así que sería interesante y emocionante ver cómo avanzaba la cosa.

Solo quedaban diez minutos para que la gente empezase a llegar. Mis compañeros, algunos trabajadores de las tiendas del extranjero y del resto de España y mis jefes ya estaban allí.

– Porque este lugar tenga el mismo éxito o más del que hemos tenido hasta ahora – dijo mi jefe levantando la primera copa de champán que iba a tomarse esa tarde. Y todos levantamos las nuestras con él para brindar por lo que venía.

Ya casi era la hora. Los trabajadores se colocaron en sus respectivos lugares por si había que resolver alguna duda, preparar algún paquete o asesorar a algún curioso que quisiese salir de allí con alguna bolsita llena de chocolate en la mano. En un rincón de la planta de la tienda hicimos sitio para que una pequeña banda de música jazz animara el ambiente y diera un toque *chic* a la inauguración. Todos en sus puestos, listos, abrimos.

Los invitados empezaron a llegar puntuales. Entre ellos estaban mis amigos de la universidad: Raquel, Marco, Elena, Jacobo, Santi y el Canario. En todos los grupos hay un canario al que nadie le llama por su nombre. Los *Muyayos*, nos hacíamos llamar, debido a la dificultad del Canario de pronunciar el sonido *ch*. Raquel comentó que le encantaba que se tratase de un plan de tarde, que es lo que a ella le gusta, para no terminar a altas horas de la mañana. Ya se iba notando la edad, y que no aguantábamos lo que nos echábamos encima tropecientos años antes.

– Quince, para ser exactos – dijo Jacobo mientras recordábamos nuestros tiempos de universitarios. Hacía quince años que ese grupo de personas llegó a mi vida para quedarse. Los miraba admirándoles, queriéndolos mucho por haber seguido ahí, aunque cada uno siguió su camino después de terminar la carrera, y orgullosa de que a pesar del tiempo contara con esos seis seres tan maravillosos. Sobre todo, viendo cómo todos ellos se habían organizado las agendas y las familias para poder asistir y apoyarme en esta nueva etapa.

– Bueno, ¿qué? ¿Alguna novedad digna de haber esperado a que llegara a la península? – preguntó el Canario, que sabía que esperábamos a que estuviéramos todos juntos para dar las noticias importantes.

– ¡Sí! – dijo rápidamente Santi – ¡Dentro de poco inauguramos el bar! – todos aplaudimos al

recibir esa noticia que tanto tiempo sabíamos que él y su chica estaban esperando. Las licencias para empezar las obras, la reforma y toda clase de permisos hicieron que la apertura se retrasara un poquito más de la cuenta.

– ¡¡Qué alegría!! – contestó Marco, que le gustaba más una fiesta que cualquier otra cosa en el mundo –. Contad con un *aforo ilimitado* para el día de la inauguración, que pienso avisar a todo el club – Marco se dedicaba al fútbol y conocía a mil personas dispuestas a llenar el bar.

Elena y Jacobo aprovecharon también para darnos una gran noticia. Ninguno de nosotros se percató de que la copa de ella no tenía champán, sino zumo. Se casaron hace algunos años, eran la pareja del grupo, y era reconfortante ver cómo tanto tiempo después de conocernos todos, la llama seguía viva. Ahora, un nuevo y pequeño ser se unía al grupo, un nuevo *muyayito* estaba en camino. Les abrazamos, les felicitamos y celebramos. No quisimos armar mucho escándalo, no podíamos olvidar dónde nos encontrábamos, pero la noche no hacía más que mejorar.

Lo que quedó de evento fui de acá para allá, brindando con unos y con otros, charlando sobre la empresa, sobre los planes que teníamos para la apertura de nuevas tiendas, y sobre la ilusión depositada por todos en la que estábamos pisando en ese preciso momento.

Por un instante me encontré sola, mirando a mi alrededor. Me sentí llena. Aquel lugar había sido el resultado de muchas horas de reuniones, de entrevistas, de preparativos, de infinidad de opciones para su decoración. Y ver que todo había salido bien y que a la gente le había encantado cómo había quedado todo, fue una sensación muy especial. Di un sorbo a mi botella de agua y di también un último vistazo a la tienda. Cada vez iba quedando menos gente, la inauguración empezaba a llegar a su fin. Y de improviso, mi jefe me cogió del hombro y me dijo: *tienes que decir unas palabras.* Ay, no me había preparado nada. Reunió a los asistentes a nuestro alrededor, la música paró y todos me miraban expectantes.

– Antes de nada, por supuesto, quiero, bueno, queremos – rectifiqué mirando a mis compañeros – daros las gracias a todos por venir. Sabemos que lo habéis hecho por las bolsitas de bombones que os hemos dado… – se oyó una risa general –, pero nos hace muy felices a todos ver cómo habéis disfrutado de esta tarde, apoyándonos y haciendo posible que esta inauguración haya sido tan exitosa. Hoy me llevo a casa mucho amor recibido con las palabras de todos, la satisfacción de ver cómo el trabajo tiene sus frutos, y la esperanza de que todo saldrá bien y de que esta tienda permanecerá aquí durante mucho tiempo, testigo de charlas de amigas y momentos románticos de parejas ahí arriba – dije, señalando y mirando al piso de arriba, donde estaba la cafetería –, y proporcionando unos chocolates deliciosos a los que quieran hacer un bonito regalo o llevarse algo dulce a la boca. Gracias a todos, de verdad.

Nada más terminar, todos aplaudimos y dimos la tarde por finalizada. Poco a poco, todos fueron saliendo. Harrison había venido y volvió a casa conmigo, comentando en el coche detalles que a mí se me habían pasado por estar a mil cosas.

Aquella noche dormí como hacía tiempo que no dormía.

CAPÍTULO 5

No volví a tener noticias de Hugo, yo tampoco me manifesté, y sentí que eso, aunque me perturbaba un poco, también me hacía sentir tranquila.

La tienda estaba funcionando. Las dos siguientes semanas a la inauguración mi trabajo consistió en acudir allí cada día para ayudar a los nuevos trabajadores a que las cosas funcionaran y se hicieran con sus tareas. Acudía en el turno de mañana o de tarde de manera alterna con Marta, la nueva encargada, para poder coincidir con todos los dependientes y camareros, y los días pasaban volando. Ella me cayó fenomenal. Ya lo hizo en el proceso de selección, que yo misma gestioné. Tenía experiencia, y al repartirnos la supervisión del inicio, nos aseguramos de que todo fluía como debía. Era una chica en la que podía confiar.

Dos meses después, Santi nos había escrito confirmándonos la fecha de apertura de su bar, que sería el siguiente fin de semana. Cuántas inauguraciones y celebraciones en tan poco tiempo. Bien, todo iba bien para todos. Nos enviaron por mensaje una invitación oficial que permitía llevar a todos los acompañantes que quisiéramos. Total, cuantos más mejor. Todos temíamos que Marco apareciese con toda la plantilla de su equipo tras él.

Esa tarde había quedado con las chicas. Hacía tiempo que nos había sido imposible quedar las cuatro solas para ponernos un poco al día. Ellas acudieron a la inauguración de la tienda, por supuesto, pero entre unas cosas y otras no tuve tiempo ni ocasión de charlar con ellas largo y tendido, como era de esperar.

– ¡Al fin hemos cambiado de bar! – dijo Paola, refiriéndose al sitio donde trabajaba aquel camarero guapo que terminó en historia sin final feliz. Había pasado ya mucho tiempo y su vida continuó sin él, pero seguía siendo algo incómodo para ellos coindicir. Habíamos empezado a frecuentar un bar que había en la plaza del pueblo, que nos venía bien a todas.

– ¿Cómo va la tienda? – preguntó Amaya nada más pedir nuestras bebidas.

– ¡Viento en popa! – contesté muy, muy, muy contenta.

– La verdad es que los bombones están espectaculares – continuó Lara –, tengo que ir estos días a por un regalo. ¿Os he dicho que se mi hermano se casa? Voy a verles este fin de semana y quería llevarles algo.

Seguimos poniéndonos al día como nos gustaba hacer. Solíamos hacer una ronda en la que cada una tenía un ratito para contar sus novedades. Por el camino, caían consejos, preguntas, aclaraciones… se convertía, básicamente, en una terapia grupal. Estos planes podían durar horas.

Ya con el postre sobre la mesa y después de haber escuchado a mis tres amigas, llegó mi turno. El tema trabajo estaba a la orden del día, por lo que no quise dar más la tabarra con ello.

– ¿Has vuelto a saber algo de Hugo? – preguntó Amaya. Otra vez, Hugo. ¿Es que nadie iba a olvidarse de él?

– No, la verdad es que no. Me escribió aquel mensaje al día siguiente de verle, y nunca llegué a contestarle – por un momento me pregunté si había hecho bien en no hacerlo.

– ¿Y si te le encuentras por casualidad?

– ¿Cómo iba a encontrármelo? Él está en Galicia y yo no tengo pensado pasar por allí próximamente. Territorio vetado – dije mientras hacía una *X* con mis brazos.

– Ya, la verdad es que así es todo más fácil – aportó Paola. Sí que lo era. Habría sido mucho peor que viviera en Madrid, que tuviéramos amigos en común o encontrármelo en los sitios a los que yo solía ir.

Reconocí que hacía tiempo que no pensaba en él, que los últimos acontecimientos me habían tenido algo ocupada y distraída, y lo agradecí. Pero todos sabemos que hay historias que por mucho que queramos enterrar, cuando menos lo esperamos, empiezan a oler a podrido y hay que sacarlos a relucir para hacer un poquito de limpieza.

De vuelta a casa, dando un paseo, no pude evitar darle vueltas al tema. Llevaba tiempo sin saber de él, tranquila de haber tomado la decisión que debía, pero no estando al cien por cien segura de haber hecho bien condenándome a preguntarme lo que me quedaba de vida si había hecho lo correcto y cómo hubiese sido.

Ya sabes cómo fue mi historia con él. Nos conocimos en la otra punta del punto y allí vivimos una bonita historia que hizo que me enamorara de él más rápido de lo que me hubiese gustado. Al volver a España, me di de bruces con la realidad cuando yo quise empezar algo con él, pero no podía darme lo que yo necesitaba. Después, al tiempo, comenzamos una relación al darse cuenta de que en realidad sí que me quería y que terminó más pronto que tarde, no teniendo él claro lo que quería hacer con su vida. Después de eso, la vida nos volvió a cruzar. Primero nos frenó él, luego nos frené yo. Y, finalmente, nos encontramos en el centro de Madrid y salí huyendo instantes después de que cogiera de la mano tras un momento de película. Así, en unas pocas líneas, no está nada mal, ¿verdad?

¿Y cómo sigues teniendo ganas de tenerle en tu vida?, te preguntarás. Ojalá pudiera contestarte. Todos tenemos un *alguien* que aparece y desaparece, que parece que sí, pero que no, que nos removió tanto por dentro que cuando lo tenemos delante hace que nos tiemblen las piernas. Eso era Hugo para mí. A veces me preguntaba si lo idealizaba, si más allá de nuestra conexión personal, mi mente y mi corazón le atribuían a él toda mi experiencia en Australia, a la que tanto cariño tenía.

Y tras varios intentos tratando de responderme a mí misma, me di cuenta de que, muy a mi pesar, Hugo significó tanto para mí que me era complicado liberarme de él. No sabía si estaba lista para dejarle ir.

Pero la vida siguió, y tras nuestro encuentro en el estreno de la película, sus palabras mostrando arrepentimiento, mi vuelta a casa sola, y los meses en silencio, habían calmado un poco las

aguas. ¿Estaba lista para verle de nuevo? Seguro que no, pero eso no era una posibilidad tangible a estas alturas.

Durante la comida con las chicas, les ofrecí venirse a la inauguración del bar de Santi. Amaya tuvo que declinar la invitación, sus hijos estaban malitos y su marido también, por lo que le tocaba quedarse en casa. A Lara y Paola, por su parte, les faltó tiempo para decir que sí.

La noche de la apertura del bar llegó. Esta vez opté por un vestido suelto de gasa corto, con manga francesa abullonada, unas medias negras y mis botas estilo militar. Me pinté los labios de rojo, a juego con algunos detalles del vestido, y bajamos las tres a Madrid en un solo coche para poder aparcar mejor, tal y como hacíamos siempre que teníamos ocasión.

Llegamos con el bar ya bastante lleno. Se encontraba en una plaza que solía estar bastante concurrida. A la derecha del bar, había una pequeña pastelería que a esas horas estaba cerrada. A su izquierda, una tienda de antigüedades con un montón de tesoros en el escaparate llamó mi atención. Todo lo demás, por todas partes, eran pequeñas tiendas y varios restaurantes que llenaban la plaza de mesas y sillas, que estaban hasta arriba a pesar del fresco que hacía. Así somos los españoles, nos gusta más una terraza que *a un tonto un lápiz,* como diría mi madre.

Entramos y nos encontramos con todos mis amigos de la universidad y sus respectivas parejas. Iria, mi amiga con la que viajé a Myanmar años atrás, también estaba allí. ¿Recuerdas que la conocí gracias a una amiga de la universidad? Esa amiga era Raquel. Hicimos entre todos un corrillo para poder hablar los unos con los otros. Elena y Jacobo nos contaron los avances de su vida como futuros padres. A ella ya se le notaba la barriguita y se encontraba bien. Marco iba y venía, había cumplido su promesa de traer gente, y andaba de acá para allá saludando a unos y a otros como si el bar fuese suyo. Y Raquel nos habló del nuevo chico que estaba conociendo. De repente, por fin, vimos a Santi. Se acercó a nosotros radiante, con una sonrisa de oreja a oreja, fruto de haber cumplido su sueño.

– Oye, Marina, ¿sigues pintando? – me preguntó Jacobo.

– Sí, de vez en cuando y menos de lo que me gustaría, pero sí.

– He estado hablando con Raquel de cómo promocionar el bar próximamente – Jacobo era director de publicidad en una empresa, Raquel trabajaba con él, y no dudaron en echar una mano a nuestro amigo –. Quizá sería buena idea aprovechar el espacio para hacer una exposición de tus dibujos.

– ¿Mis dibujos? ¡Qué dices! – nunca había pintado pensando en exponer mis pequeñas obras después.

– Sí, son bonitos, sencillos, y quedarían bien como decoración del bar, al menos de manera temporal. Podrías ponerles un precio y quizá tengas suerte y saques algo de dinerillo.

Jacobo y Raquel se pasaron un buen rato más dándome muchos argumentos a favor de su propuesta, y muy pocos inconvenientes que me hicieran tomar la decisión de que no era una buena idea. Era cierto, nunca pensé en exponer mis dibujos, pero sabes que hay veces que pasan trenes que no puedes dejar escapar.

El plan siguió igual de animado que al principio. Pasamos un buen rato riéndonos, y terminamos dividiendo el corro en pequeños grupos para poder tener conversaciones más íntimas. Las multitudes me agobian un poco, y llegó un momento en el que allí no cabía ni un alfiler. La noche estaba yendo bien, desde luego. Me disculpé con las chicas, que estaban hablando, a su vez, con algunos amigos de Marco, y les dije que saldría un momento para tomar el aire.

– ¿Te encuentras bien?

– Sí, sí, sabes que estas cosas me aturullan un poco. Salgo un ratito, respiro un poco, y vuelvo en un rato. No te preocupes – contesté a Paola.

– ¿Quieres que te acompañemos? – Lara también se preocupó, aunque ambas sabían que esto me solía pasar, y al ver que me negaba, dejaron de preocuparse rápido.

Me acerqué a la barra como pude, tratando de no molestar mucho, de no empujar y de no meterme por el medio de los grupitos, interrumpiendo sus conversaciones. Pedí una botella de agua y me dirigí al exterior. *Aire, por fin*, pensé, y respiré hondo con los ojos cerrados dejando que llenase mis pulmones. Eché un vistazo a la plaza. Había unas cinco terrazas con gente tomando algo repartidas por toda la superficie. En el centro, una fuente decoraba el lugar, le daba un toque especial. Vi a un par de amigas lanzar una moneda al agua, supongo, pidiendo un deseo. *¿Qué deseo pedirías?,* me pregunté a mí misma. Giré la cabeza y mi corazón se paró.

Al lado de la pastelería había un restaurante repleto de gente. Aún a esas horas un par de parejas hacían cola para ver si conseguían cenar algo. Y de pie, frente a una mesa, hablando con unos clientes que disfrutaban de sus platos, le vi. Hugo. ¿Qué demonios hacía allí? Miré a mi alrededor buscando un escondite. Solo me faltaba que me viera. Tarde. Como si hubiese notado mi presencia, miró hacia adelante y sus ojos se encontraron con los míos.

Si te preguntas qué sentí en aquel momento, ni yo misma lo sé. Vi cómo su gesto cambiaba. Mantuvo la mirada durante unos segundos, y continuó su conversación con los clientes. Tras terminar, pude ver cómo volvió a meterse en el restaurante sin reparar en si yo seguía allí o no. Era él, ¿verdad? Ya dudaba de lo que habían visto mis ojos. Al fin y al cabo, el bar de Santi estaba en Madrid y, que yo supiese, Hugo no lo estaba.

Volví a entrar algo confusa. Dudando de si había tenido una especie de alucinación. Me reencontré con las chicas dentro del bar, y terminamos la noche entre risas y anécdotas. Cuando salimos, el restaurante de antes estaba cerrado y no había ni un alma por sus alrededores. *Te habrás confundido*, me dije. Y nos dirigimos juntas al coche para volver a casa.

CAPÍTULO 6

Antes de meterme en la cama comprobé mi teléfono. Solo tenía un par de mensajes de Paola y Lara dando las buenas noches, y otro de mi madre, deseándome lo mismo.

Dudé por un instante de si escribir o no a Hugo para confirmar si le había visto hacía tan solo un rato. Pero opté por dejarlo correr, seguro que habría venido a saludarme. Como tampoco recibí nada por su parte, me convencí de que aquello no tuvo la menor importancia. *Se parecería a él*, pensé.

Durante los tres meses siguientes, mi vida continuó sin altercados. Notaba cómo poco a poco su imagen se iba marchando como el agua se va por el desagüe. *No news, good news.*

Una tarde quedé con mi hermana Carla en la cafetería de la tienda de chocolates para pasar un rato juntas.

– ¿Cómo llevas el blog? – le pregunté. Tiempo atrás había recuperado su *hobby,* como le recomendé. Estaba teniendo éxito en las redes sociales.

– He empezado a escribir un libro – me dijo mientras me miraba con los ojos abiertos como platos y rebosante de emoción.

– ¡¿Cómo que un libro?! – sabía que le gustaba escribir, pero manifestó en alguna ocasión que lo suyo eran más las reflexiones profundas que las historias inventadas.

– Pues ya ves… cuando retomé el blog me picó el gusanillo. Una vez empecé a teclear, ya no he podido parar. La cosa va por buen camino, y un amigo me está ayudando a editarlo y publicarlo. Ya queda menos.

¿Era yo o a mi alrededor solo estaban pasando cosas buenas últimamente? Entre unos y otros, solo estaba recibiendo buenas noticias. Y bienvenidas son siempre, claro.

– ¿De qué va?

– Es una novela romántica. Me he inspirado en experiencias propias, en gente de mi alrededor… ya lo leerás. Redescubrí que escribiendo se ponía en orden todo lo que llevo dentro, y así conseguí superar aquella mala racha. Una vez conseguido, me puse con el libro.

Me llenó de curiosidad y de alegría que Carla hubiese encontrado por fin la luz al final del túnel después de cómo la vi hacía unos meses en el cumpleaños de su bebé. Y, sobre todo, que se hubiese adentrado en la aventura de escribir un libro. Estaba maravillada.

– ¿Tú cómo estás? – quiso saber.

– Bien, la verdad. Llevo unos días con una idea rondando la cabeza que no se me va…

– No me digas que es sobre…

– No, no – la corté, sabiendo que lo siguiente que iba a pronunciar era el nombre de Hugo. Carla le adoraba, y creo que una parte de ella deseaba con todas sus fuerzas que nuestra historia funcionase –. ¿Te acuerdas que hace años dejé caer la idea de irme a hacer un voluntariado?

Desde que soy pequeña he tenido la idea de irme por ahí unos meses para echar una mano. Cuando era más joven soñé con hacerme profesora y viajar a un país donde necesitasen a alguien que les enseñase a leer, y sentirme completamente realizada. El magisterio lo sustituí por empresariales, y al final nunca me fui.

– Me estás recordando a la conversación que tuviste con Nere antes de irte a Australia.

– ¡Sí! Pero ahora no lo tengo tan claro. Por eso necesitaba verte y hablar contigo – Carla siempre me ayudó a tomar decisiones en el pasado.

– ¿Qué te retiene?

– El trabajo, principalmente.

– ¿Vas a dejar de vivir la experiencia de tu vida por una empresa que no es tuya? – visto así, parecía no tener ningún sentido.

– Lina, una amiga del trabajo, me habló de una ONG con la que ella ya ha colaborado. Están especializados en la restauración de escuelas, casas, y otros edificios, y permite que haya grupos de gente que, de vez en cuando, vayan a pasar unas semanas a echar una mano con cualquier tarea que haga falta. Entre lo que me ha contado y lo que he estado mirando en su web, tiene muy buena pinta.

– ¿Cuánto tiempo te irías?

– Yo creo que, mínimo, un mes.

Cuando, por primera vez, lo verbalicé en voz alta, parecía que la idea iba tomando sentido. No la mentía, llevaba días pensando en ello, y no sé si fue que sentí que todo estaba bien y que quizá era la manera de renovarme del todo, pero tenía pinta de que el momento se acercaba.

Aproveché que tenía lo que quedaba de día libre para ponerme a trastear con el móvil. De perfil de Instagram, en perfil de Instagram, terminé en el de la ONG de la que había hablado a Carla. Me puse en contacto con ellos y no dudaron un segundo en citarme para contarme mejor su misión.

La tarde del día siguiente, al salir de trabajar, me acerqué a un chalet pareado que parecía pertenecer a la familia que llevaba el timón de aquel gran proyecto. Manuel, que así se llamaba quien me respondió a los mensajes, me invitó a su casa para conocerlos, a él y a Teresa, su mujer, que eran los que mejor podían informarme de todo lo que hacían. Era una casa modesta

pero grande porque eran muchos en la familia, aunque poco a poco, y a medida que sus hijos iban creciendo, se iba quedando más vacía.

– Pasa, por favor – fue Teresa quien me abrió la puerta. La seguí hasta el salón, que estaba nada más entrar en la casa, y Manuel llegó enseguida.

– ¡Marina! Encantados de tenerte aquí.

Tras varios minutos contándoles quién era yo, qué quería hacer, y qué hacía en su casa, fue su turno para transmitirme con todo el amor con el que habían construido el proyecto, su misión.

– Fundamos la asociación en 2012, ha llovido ya un poquito – ambos se miraron después de que Manuel hiciese ese comentario, en señal de orgullo por lo que habían conseguido. Me contagiaron y yo también sonreí –. Nuestro objetivo es ayudar a mejorar la calidad de vida de personas afectadas en su día a día en África. En paralelo a nuestras actividades relacionadas con el mantenimiento de edificios, también estamos focalizados en el desarrollo educativo de comunidades desfavorecidas. Esto es lo que te interesa, ¿no?

– Sí, aunque una vez allí, ¡me pongo las botas y hago lo que me manden! – esta vez nos reímos los tres. Fue Teresa la que continuó contándome cosas del proyecto.

– Cuando empezamos, sólo íbamos Manuel y yo, imagínate. Con los años fuimos creciendo, creando un equipo fiel y comprometido, y poco a poco nuestra labor se hizo cada vez más seria y estable – se notaba la ilusión de esta familia en cada palabra que decían –. Sabemos que hay mucho que hacer, pero cuantas más manos seamos mejor, y toda ayuda es siempre bienvenida – la verdad es que todo sonaba de maravilla. Creo que hacía falta poco para terminar de convencerme.

Dedicamos los siguientes minutos a que me explicaran un poco más de la logística de estos viajes: los gastos, el tiempo, las fechas… No quedaba demasiado para la próxima expedición, así que me vi en el momento de decidir sin darle muchas vueltas.

– Hecho, me voy.

Y así, con dos semanas para prepararlo todo, mi vida cogió un rumbo que deseaba con muchas ganas. Me marchaba a Njoro, un pueblo de Kenia que iba a regalarme más de lo que yo misma podría darles a ellos.

CAPÍTULO 7

El grupo de WhatsApp llevaba ya varios días echando humo. Todos los que estábamos con los preparativos para el voluntariado, cada uno desde una punta de España, nos vimos unidos por aquel intercambio de mensajes y por los nervios que, claramente, los acompañaban.

Manuel creó ese grupo con el fin de que nos fuéramos conociendo, pero no fue hasta que nos vimos en el aeropuerto que cogimos algo de confianza. Desde el momento en el que tomé la decisión de irme y, sobre todo, cuando me vi con los billetes en el buzón de mi correo electrónico, yo ya estaba con el corazón acelerado. No me daba miedo el avión, ni pasar tiempo con gente nueva, me asustaba qué me iba a encontrar allí. Vi las fotos de la página web de la ONG, de sus perfiles en redes sociales… pero sabía que aquello distaba mucho de lo que iba a ver con mis propios ojos cuando llegase.

Aprovechamos el grupo de WhatsApp para presentarnos y empezar a poner nombre a las personas que nos acompañaríamos en la aventura, y a hablar sobre qué cosas meteríamos en la maleta y qué cosas no. Éramos nada más y nada menos que quince voluntarios. Por lo que leí tras varios mensajes, nuestras edades iban desde los veinte hasta los treinta y cinco. Supongo que siempre es buen momento para hacer algo así.

Entre los nombres que bailaron por la conversación, los de Olivia, Alejandra, Sofía y Raúl fueron los que, posteriormente, iba a pronunciar yo durante todo el viaje.

Olivia era una maestra de educación primaria recién salida de la universidad. Teníamos edades muy separadas, pero eso no impidió que congeniásemos desde el principio. Cuando llegué al aeropuerto, fue la primera chica con la que hablé. Llegó antes que yo, fuimos las primeras en llegar. *Esta es de las mías*, pensé, viendo su puntualidad. Olivia iba acompañada de sus padres, quienes se negaron a marcharse hasta que la perdieron de vista en los controles.

– Dos meses son muchos meses sin tenerla en casa… – decía con cariño su madre sin poder separarse de ella.

Tras varias caras que me sonaban por las fotos de los perfiles, y con Manuel y Teresa ya allí, llegaron Sofía y Raúl, una pareja que decidió ocupar su luna de miel en este voluntariado.

– No hicimos lista de bodas. Llevamos años viviendo juntos y tenemos la casa montada – explicaba él, con Sofía mirándole orgullosa –. Abrimos una cuenta bancaria y, quien quiso, participó en esto. Cuando quisimos darnos cuenta, los gastos estaban cubiertos y ha sobrado para donarlo a la ONG. Ha sido genial, la verdad – y ambos se acurrucaron celebrando en silencio ese gran logro.

Esta historia me hizo pensar en la disparidad de personalidades que hay por el mundo. Hay parejas que incluyen vajillas de miles de euros que nunca usarán pero que en una vitrina quedan

preciosas, y otros que no quieren un mísero tostador. Me pareció un gesto muy bonito. Pensé, además, que habían renunciado a esos días en la soledad de unos recién casados típica de la posteridad de las bodas.

La última en llegar fue Alejandra. La vimos correr con todos los bultos en las manos porque, por poco, no llega. A pesar de ser todo lo contrario a mí en esto de la puntualidad, Alejandra se convirtió, con los días, en mi pilar base de toda esta experiencia.

Desde que nos juntamos todos en la puerta de embarque y empezamos a conocernos, la cosa fluyó como si llevásemos tiempo charlando. Como cuando tienes la sensación de conocer a alguien de toda la vida. Todos éramos diferentes, habíamos ido hasta allí desde distintos puntos del país, pero el motivo que nos llevó a aquella sala de espera del aeropuerto era para todos el mismo.

No me daba ningún miedo volar. Ya lo había hecho antes y las horas en avión no me suponían ningún problema, pero con los nervios que llevaba encima empecé a sentirme algo aturdida. Pero era un *aturdida* bueno, ojo. Durante el vuelo hablé mucho con mis compañeros de viaje, nos fuimos contando cosas unos de otros y terminamos compartiendo los puntos clave de nosotros y de nuestros objetivos de cara a los siguientes dos meses. Cuando les fui conociendo, me reafirmé en la tranquilidad de que estaría bien acompañada.

El vuelo desde Madrid nos llevó a Egipto, donde haríamos la primera escala. Allí coincidimos con otra chica que se uniría a nosotros a partir de ese momento. Ella venía de fuera, de Alemania, y se integró enseguida. Gran parte del grupo viajábamos solos, e hizo que acabásemos uniéndonos rápidamente los unos a los otros

De Egipto fuimos directos a Kenia. Una vez allí, nos recogió un coche con un chófer que era amigo de Manuel y que se encargaba de los traslados siempre que iba alguien de la ONG para allá. El coche nos llevaría a Njoro, el poblado donde nos quedaríamos. Ya por el camino pudimos ver cómo era la gente, sus costumbres, el entorno, su forma de vivir… fue bastante impactante. El cuerpo no dejaba de pedirme a gritos que sacara las acuarelas del macuto que, por supuesto, se vinieron conmigo.

Por fin, cuando llegamos a Njoro, que también es donde se encuentra la escuela donde íbamos a ayudar, lo que más me impresionó fue que, nada más salir del coche, tres niños nos miraban desde lejos, extrañados por el color de nuestras pieles. No éramos los primeros extranjeros que íbamos a hacer un voluntariado, pero hacía tiempo que nadie pasaba por allí. Los viajes están escalonados en el tiempo, en función de la organización de Manuel y Teresa.

Los tres niños se acercaron despacio, sin miedo. Les dimos el zumo y las galletas que llevábamos en la mochila. No era mucho, pero la cara de agradecimiento que nos dedicaron fue inmensa. Se lo repartieron todo en partes iguales, no hizo falta pedirles que fueran equitativos. Y eso hizo que soltara mis primeras lágrimas allí, porque me había dado cuenta de a dónde había llegado y de lo que era su realidad.

No había duda, aquello prometía. Tan solo llevaba allí unos minutos y ese lugar ya me había cambiado.

Esa noche, ya todos instalados y con los niños dormidos, tuvimos, al fin, un rato de descanso.

– ¡Ven! – oí que la voz de Olivia venía de alguna parte. Di un par de vueltas sobre mí misma tratando de adivinar de dónde venía.

Ella y los demás estaban sentados en el suelo, en la más completa oscuridad. Necesité mi linterna para llegar hasta ellos. Me da pánico la falta de luz, pero en ese lugar, en ese momento, me sentía segura.

– Mira ahí – dijo entonces Raúl, señalando al cielo.

Me vi, de pronto, arropada por un manto negro, iluminado con pequeñas motitas blancas. La inmensidad, el todo, la nada. Y así, disfrutamos, antes de irnos a dormir, de la noche más bella que habíamos visto nunca, con la tranquilidad de que volveríamos a verla cada noche durante los próximos meses.

CAPÍTULO 8

Lo primero que hicimos al llegar la mañana siguiente fue descargar las bolsas de medicinas y material sanitario que habíamos traído.

Una vez hecho, reunieron a todas las personas de la escuela frente a ella para presentarnos. El edificio era de color blanco, con todos los detalles en un verde claro intenso: las ventanas, la puerta, las columnas, y un letrero que había sobre la puerta principal, que decía: *Njoro Children Centre, Kenya.* Nos colocaron a todos bajo ese letrero, con el colegio tras nosotros y todos los niños de frente. Fue abrumador ver las caras con las que nos miraban, llenas de esperanza e ilusión, y un amor que, tiempo después, nos llevaríamos todos a casa.

Durante los dos meses siguientes, los días consistían básicamente en lo mismo, aunque cada jornada nos regalaba cosas distintas. Solíamos despertarnos pronto, casi siempre a la misma hora, con el sol asomando, todos en la misma habitación. Dormíamos en literas, como si fuera un campamento. Ayudábamos a preparar el desayuno para cuando empezaran a llegar los niños de sus dormitorios. Muchos de ellos vivían allí, ya que la gente de la escuela era su única familia. Otros, vivían en la propia aldea e iban y venían cada día. Una de las cosas que más me maravilló fue la paciencia con la que todos esperaban su turno, sin empujones, sin prisa, sabiendo que, por poco que les tocara, sería suficiente. No querían que los demás se quedasen sin nada de comer.

Desde el primer momento nos abrazaban, se pegaban a nosotros, jugaban con nuestro pelo, deseosos de cariño. Hicimos muchas labores de mantenimiento en la escuela, como pintar las clases, arreglar suelos o pintar las pizarras. También hacíamos las gestiones de la ropa donada, que consistía en organizarla por tallas y dársela a las familias de allí.

En las horas de escuela, nos metíamos en las clases con los profesores y hacíamos diferentes actividades con ellos: manualidades, lectura, deporte, cuentos… disfruté como una enana viendo las caras de todos aquellos niños. También ayudamos en el huerto y a hacer carteles para las aulas.

Al final del día, acompañábamos a los niños a sus casas y después nosotros nos íbamos a descansar un poco al *bar* de la aldea, donde todos se relajaban desde que comenzó la historia de Njoro.

Una noche, estábamos todos, tanto voluntarios como el resto de adultos de allí, sentados alrededor de la hoguera. Alejandra sacó su guitarra y nos cantó una canción que había compuesto en secreto durante nuestra estancia. Nos dejó a todos alucinados, con el corazón encogido. Y allí, en ese momento, viví uno de los momentos más bonitos que recuerdo.

Njata (que significa *estrella* en la lengua de allí), el hombre que hace las tareas de guardés y que vive allí todo el año, abrió los ojos de par en par cuando vio la guitarra; resulta que le encantaba

y sabía tocarla. Se la pidió a Alejandra y nos tocó una canción de origen keniata. Se formó entonces una atmósfera muy especial, y ella le regaló su instrumento. Él lloró, no solo por la emoción de recibir el regalo, sino porque nos confesó en ese momento que él había soñado con que alguien le regalaba una guitarra. Resulta que, a veces, los sueños se hacen realidad.

Los días, las semanas, los meses pasaron rápido. Fue intenso, al mismo tiempo que sanador. Sentí durante todos aquellos días que hacíamos algo bueno, que nuestro propósito estaba más que cumplido desde que pisamos aquella tierra.

Y así fue como volví a Madrid una mañana de sábado, con la maleta vacía porque todas mis cosas se las quedaron allí, pero llena de sentimiento que me llevaba conmigo. Con la sensación de que todos mis problemas eran minúsculos, que ni mi mal de amores, ni mis preocupaciones, ni nada de lo que me perturbara en ese momento tenía cabida en mi interior después de todo lo vivido en aquel maravilloso lugar.

CAPÍTULO 9

La vuelta a la vida real fue bastante dura. Me recordó a cuando volví de Myanmar con Iria y me hizo valorar tanto lo que tenía en casa. Esta vez, elevado a la enésima potencia. Me sentía nueva, llena, realizada y orgullosa. Pero también muy triste.

Jacobo, Santi y Raquel esperaron a que llegara de mi viaje para organizar la exposición de mis dibujos en el bar. Tomé la mejor de las decisiones orientando su temática en dos vertientes: los dibujos que ya tenía de antes, y mi experiencia en Kenia. Me fui allí sin ninguna duda de que dibujaría mucho, y me quedé sin láminas los últimos días. Suerte que en casa tenía más, y en cuanto llegué me puse a pintar para que las sensaciones de los últimos días y los recuerdos de mi mente no se emborronaran con el día a día de Madrid.

Tras mi vuelta, tenía todavía una semana libre para poner todo en orden y volver al trabajo. Sabía cuando cogí los vuelos que necesitaría ese tiempo para aterrizar. No solo físicamente, sino mentalmente también.

Durante esa semana vi a todos los que tuvieron un ratito para tomar un café: las chicas, mis padres, mis hermanos, los niños… Los últimos meses habían sido, aunque reconfortantes, duros, y volver a verlos a todos fue como un soplo de aire fresco. *Qué suerte tenemos,* les decía a todos.

Una de esas mañanas había quedado con mi madre para ir a verla y comer con ella. Mi padre había tenido que marcharse a su pueblo unos días para ver a un familiar, y no quería que estuviese sola todo el tiempo. Suerte que somos cuatro hermanos y que sola, lo que se dice sola, entre nosotros y sus nietos, no había estado.

La tarde pasó tranquila, viendo fotos de cuando éramos pequeños, de su boda, de familiares… avergonzada por algunas fotografías de cuando era un mico a la que vestían con muchos colorines y los calcetines, a veces, desparejados.

– Puedes exponer este dibujo también – y como una bomba que explotaba entre mis manos, mi madre dejó sobre ellas el dibujo de los *cliffs* que hice en Australia y que tanto significaba para mí.

– No… de este no puedo deshacerme.

– Puedes volver a pintarlo y quedarte con el original – aportó muy inteligentemente Jon, mi hermano, mientras me sonreía, como si hubiese tenido la idea más brillante del planeta. Y la verdad es que no le faltaba razón.

Cuando llegué a casa esa noche me entró la inspiración. No sé si fue cosa de ese dibujo que tanto me gustaba, de la exposición, de haber estado un rato removiendo recuerdos con mi madre… Pero no dudé en abrir el bloc y ponerme a pintar. ¿Adivinas qué dibujo hice esa noche? Sí, mis

cliffs de Bondi llenaron esa hoja en blanco un buen rato después.

***

Raquel
¿Estás lista,
querida amiga?

El día de la exposición se acercaba. Había pasado los tres últimos días organizándome con Raquel y Santi para poder ir a colgar los dibujos. La idea era llenar dos paredes, una para cada tema. A la derecha de la puerta estarían los de Kenia, y en la pared de enfrente, los demás. Fuimos la mañana de la gran noche a colocarlos. Jacobo me comentó que estarían él y Raquel pendientes de las ventas, y que pondrían una pegatina a todos los dibujos que se vendiesen. Me pareció genial, así yo solo tendría que estar atenta a los invitados y a disfrutar de la velada.

Cuando todo estuvo listo, nos fuimos. El bar siguió abierto y volveríamos unas horas más tarde, junto con todos los demás que habían sido avisados y que sabían de la exposición por el movimiento que hicieron durante la semana anterior por redes sociales.

A eso de las ocho de la tarde, llegué al lugar donde, de repente, había cumplido un sueño. Mi forma de relajar la mente y pasar las horas estaba ahora mismo colgada en las paredes de un bar. Vi muchas caras conocidas cuando llegué, y Elena me puso una copa de vino en la mano en cuanto apareció.

– Bébetela por mí, ¡anda! – esa barriga estaba que parecía que iba a explotar. Ya no le quedaba nada.

– Madre mía, cuánta gente… – le dije algo nerviosa sin poder evitar dar un sorbo a la copa para esconderme detrás de ella.

Había dado discursos, formaciones, no me importaba hablar en público, pero ser la protagonista de esta manera me parecía algo abrumador. Fui un momento al baño a echarme un poquito de agua en la nuca, respiré hondo un par de veces y noté cómo mi cuerpo se relajaba. A los pocos segundos, entró Nerea.

– ¿Ya te quieres ir corriendo de aquí?

– Hay mucha gente ahí fuera y me da vergüenza lo que puedan decir de mis dibujos.

– Que digan lo que quieran, Marina. Los dibujos son preciosos. ¡Ya hay alguno con pegatina!

Aquel comentario me hizo salir curiosa a ver cuántos de mis dibujos tenían ya un nuevo dueño. Debo reconocer que me entristecía un poco decirles adiós. Di un paseo con ella al lado de cada pared. En la parte de Kenia, ya había tres puestas: una en un dibujo que representaba a varios

niños de allí jugando con la pelota, otro en el que aparecía un paisaje que retraté una noche mientras atardecía, y el que mostraba una fila de personas, una junto a otra, frente a la fachada del edificio donde estuve. En la pared de los demás dibujos, rápidamente vi una pegatina en la esquina de uno de ellos. Los *cliffs*. La réplica del dibujo que hice en Australia de uno de mis rincones favoritos de aquel país ya iba a formar parte de otro hogar. No voy a negar que me sobresaltó, que sentí un pequeño pellizco de celos en el corazón. *Tranquila, sigues teniendo el original,* me recordé a mí misma. Y sonreí. Solo había pasado media hora y ya se habían vendido bastantes.

Al terminar el paseíllo para echar un vistazo a la exposición, apareció mi primo Mateo con varios amigos. Cuando entró por la puerta, frente a donde yo estaba con Nerea, le vi casualmente iluminado, como si de una virgen se tratara. Él también nos vio y corrimos unos hacia otros para saludarnos. Me caí. Sí, me caí. Tengo experiencia en moverme con botines altos de tacón, pero echarse una carrerita ya era otra cosa. Nadie me advirtió de un pequeñísimo escalón que había a mitad de camino y me desestabilicé. Rápidamente sentí unas manos que me levantaban como si fuese tan liviana como una pluma.

– ¡Cuidado, fiera! – esa voz me era familiar. Bruno me levantó del suelo sin ningún esfuerzo y, obviamente, no pasaron desapercibidas esas manos que, aunque fueran familiares, no las había prestado atención con anterioridad.

La cara y la voz de Bruno no eran nuevas porque él había formado parte del grupo de amigos de Mateo desde que yo tenía uso de razón. Y, cómo no, junto con otros cuantos amigos, vinieron a tomar algo esa noche.

– Madre mía, qué vergüenza… – contesté mientras trataba de recomponerme. Soy demasiado asidua a estropearme una y otra vez mi esguince de tobillo, y aquel tropiezo me iba a traer cola.

– Anda, no te preocupes, ¡si ya todos sabemos que eres un poquito torpe!

Ya he dicho que le conozco desde que tengo uso de razón, y eso hizo que antes de aquella noche coincidiéramos un millón de veces más, desde la niñez, pasando por la adolescencia, y celebrando el paso por la treintena. No era la primera vez que me recogía del suelo.

La noche continuó sin más incidentes ni más caídas por mi parte. Brindamos unos con otros, y nos reímos hasta que las lágrimas recorrieron nuestras mejillas y corrieron el lápiz de ojos. Me encantó compartir esa noche con todos los que estaban allí. Aunque conocíamos a casi todos los asistentes a la exposición, Nerea y yo fuimos nuestro *mano a mano* durante toda la velada: juntas al baño, juntas a tomar el aire, juntas a pedir otra bebida, juntas emocionándonos con cada pegatina nueva que ponían en la esquina inferior de los dibujos.

– *Gin tonic*, ¿verdad? – otra vez esa voz. Bruno apareció tras de mí con una nueva copa en la mano.

– ¿Se me nota en la cara? – contesté sorprendida de que hubiese acertado –. Te lo agradezco infinito, pero ese *gin tonic* va a tener que esperar. Toca vaso de agua.

Esto es algo que hay que hacer siempre. Entre copa y copa, vaso de agua. Dame las gracias,

acabo de ahorrarte unas cuantas mañanas de domingo libres de dolores de cabeza post-juerga. Solo me había tomado un par de refrescos y un vino, esa noche debía estar serena, y tras la bebida alcohólica era el momento de un poquito de agua.

– Eso no me lo esperaba. ¡Tendré que bebérmelo yo!

– Creo que eres el primer hombre al que veo tomarse un *gin tonic*. Empezamos a entendernos – puede que sonara algo ñoña, igual fue fruto del vino que ya me había bebido.

– No voy a confirmar ni a desmentir que posiblemente esta copa acabe en manos de otro. Soy más de ron, pero me vas a hacer tirar esta maravilla – hizo un gesto con la mano como si me estuviese vendiendo un producto de teletienda, realzando con sus dedos las virtudes de la bebida. Otra vez, esas manos –. He traído el coche y hoy me toca cuidarme de beber alcohol.

Aproveché que Nerea estaba hablando con Paola, Mateo y Carla para avisarla de que saldría a tomar un poco el aire.

– ¿Me acompañas? – pregunté a Bruno, curiosa de continuar con la conversación. Es posible que, después de tantos años y tantas ocasiones habiendo coincidido, fuera la vez que más palabras estábamos intercambiando. ¿Y yo cómo no me había fijado antes en este chico?

Salimos a la puerta. Hacía un poco de fresco así que cogí mi cazadora. Llevaba un pantalón pitillo negro, una blusa de manga larga de color blanco, y la cazadora vaquera que nunca me abandonaba. Bruno salió tras de mí, habiendo accedido sin dudar a pasar un rato hablando fuera.

– ¿Cómo va ese tobillo?

– Pues… ahora soy yo la que ni confirma ni desmiente que mañana amanezca con él como una pelota de tenis – nos reímos los dos, aunque la preocupación no desapareció de la cara de ninguno.

– Ponte hielo en cuanto llegues a casa y tómate un ibuprofeno. Esos tacones son peligrosos – con ellos puestos era algo más alto que yo. A los dos minutos de haber salido sonó su teléfono. Se lo sacó del bolsillo, miró la pantalla y volvió a guardarlo.

– ¿Todo bien? – mi mente se imaginó a una novia preocupada queriendo saber dónde estaba a esas horas de la noche.

– Sí, trabajo, puede esperar.

– ¿A estas horas?

Y antes de que me contestara, volvió a sonar. Esta vez, disculpándose y cogiéndolo, presa del apuro que le daba no responder a esa segunda llamada por si era algo urgente. Aproveché esos segundos para observarle un poco más detenidamente. Reparé en que era el prototipo de hombre que podría considerarse de mi tipo, pero con el que nunca he estado. Llevaba el pelo recogido en un moño. *¿Cuánto de largo tendrá el pelo?,* me pregunté. Algún mechón rebelde de aquel pelo rubio caía por su frente, interponiéndose entre sus ojos verdes y yo. La verdad es que era guapo a

rabiar. Llevaba un jersey color verde militar que le marcaba la espalda ancha, sobre una camisa blanca que asomaba por el cuello, un vaquero y deportivas. Hablaba por teléfono, con la mano que no lo sujetaba dentro del bolsillo, y me miraba de vez en cuando con cara *perdóname, qué inoportuno*. Aproveché para mirar mi teléfono.

Amaya
Siento mucho no poder
haberme acercado. Sigo
con fiebre desde que hemos
comido. Si estoy mejor,
¿te pasas a verme mañana
y me cuentas? Dime que
llevas los labios rojos,
¡te dan suerte!

Justo cuando iba a contestar, Bruno colgó el teléfono y se acercó a mí. *Tengo que irme*, me dijo, *es una urgencia.*

– Espero que esté todo bien – le dije preocupada de que tuviera una urgencia a las doce de la noche.

– Sí, el trabajo, que a veces es algo demandante.

Y así, con un par de besos, nos despedimos. Noté cómo agarraba mi cintura, delicado pero firme, mientras lo hacíamos, y dejó en mi nariz un olor a colonia que no me abandonó lo que quedó de noche.

El plan continuó un rato más. Y como en toda noche, llegó ese momento de intercambio de miradas que indica un *por mí, nos vamos cuando quieras.* Ya la gente de mi círculo había empezado a marcharse, y como mis dibujos estarían un par de semanas expuestos en el bar, no era necesario que me quedase más tiempo. Antes de salir, busqué a Santi y a su mujer para darles las gracias. Había hecho lo mismo con Raquel y Jacobo, que ya se habían marchado hacía un rato.

Salí de allí con Nerea. Ella se marchó hacia la calle principal, que era donde su marido la recogería en cuestión de minutos, y yo fui a la esquina del bar, donde me esperaba un *Cabify* que me acercaría a mi humilde morada.

Vaya noche. Aproveché el trayecto para contestar al mensaje que me había enviado Amaya.

Por supuesto que llevo
los labios pintados de rojo.
Voy mañana a verte,

llevo algo para comer
si quieres. Cuéntame cómo
te levantas.

Me fui a dormir. Caí rápido presa del cansancio de la noche. Tantas emociones juntas agotan. Me puse un poco de hielo en el tobillo antes de meterme en la cama, la verdad es que no tenía muy buena pinta, y me tomé el ibuprofeno que Bruno me recomendó. Desperté a una hora prudencial y escribí a Amaya preguntándole si nos veríamos un rato después. Enseguida me contestó que sí.

Los vasos de agua surtieron su efecto. Me hice el desayuno en mi diminuta cocina, y salí a la terraza con un jersey, que el otoño en Madrid no es cálido a esas horas de la mañana.

Mientras me tomaba el café admiré el lugar en el que vivía. Aquel piso en el que ya llevaba varios años se había convertido en mi hogar. La terraza con vistas al parque con el lago y la tranquilidad de tener a los vecinos del bloque de enfrente tan lejos, me daban mucha paz.

Di un toque a la pantalla de mi teléfono móvil para comprobar si tenía algún mensaje, ya que al tenerlo siempre en silencio era imposible que me enterara si alguien trataba de contactar conmigo, y vi que tenía un WhatsApp de un número desconocido. Malditos mensajes de números desconocidos. Siempre me ponían nerviosa, la última vez que recibí uno se me puso la vida patas arriba.

CAPÍTULO 10

Número desconocido.
¡Hola! ¿Qué tal acabaste anoche?

Lo primero que hice fue comprobar la foto para ver si me daba alguna pista. Un pelo rubio recogido con un moño y el perfil de Bruno de espaldas me dieron todas las que necesitaba. ¿Me sorprendí? Sí. ¿Me puse nerviosa? También. Llevaba tiempo sin prestar demasiada atención al mundo masculino. Pero, no sé, Bruno me dio buenas sensaciones la noche anterior y me dejé llevar un poquito.

Vaya, vaya… aparte de tener escrito en la frente que bebo gin tonic, ¿también tengo escrito mi número de teléfono?

Bruno
Sí, no quise decírtelo ayer porque te quedaba muy mono. Lo cierto es que tienes un primo muy majo y antes de que yo se lo pidiera, ya lo tenía en mi buzón de entrada.

Mi primo Mateo, el observador, había estado muy hábil. Y yo, agradecida, la verdad.

Voy a tener que darle las gracias a ese primo tan majo que tengo. La noche acabó bien, con mi tobillo inmerso en hielo.

Tras mi mensaje vinieron unos cuantos más. Bueno, en realidad, no dejamos de hablar en toda la mañana. No hablamos de nada importante, un *qué haces* por aquí, un *qué planes tienes* por allá, y varios intercambios de tonterías. No dejé de reírme sola con el móvil en la mano lo que quedó de mañana. Me preparé para comer con Amaya un poquito antes de salir de casa. Vaqueros, sudadera y zapatillas. Llamé al timbre de su casa a eso de las dos de la tarde. Ella me recibió en pijama, ya no tenía fiebre, pero seguía estando malita.

– ¿Te pongo un vino? ¿O te pongo un poco de este atrevido agua con gas que estoy bebiendo yo?

– No, por favor, no quiero oler el alcohol en unos cuantos días. Un poco de agua por ahora es suficiente, gracias.

La comida fue genial. Me encantaba pasar con ella ratos así, a solas, poniéndonos al día de nuestras vidas, confesándonos secretos como si de una terapia se tratase, y dándonos los mejores consejos que nos podíamos ofrecer. Mientras comíamos me olvidé del móvil, pero aproveché que se marchó al baño para sacarlo del bolso y comprobar mis mensajes, esperanzada de tener alguno de Bruno. Bingo. Hablé un ratito con él hasta que Amaya llegó y dejé el teléfono en la mesa. Mientras tomábamos el postre, una de nuestras queridas tartas *banoffee* que había encontrado en el súper antes de venir, mi pantalla no dejaba de iluminarse.

– Alguien te está escribiendo mucho… – y casi sin darme cuenta, veloz y ágil como un ninja, lo cogió –. ¿Bruno? Vaya… sí que ha entrado bien este chico eh… – dijo mientras levantaba las cejas de manera rítmica varias veces.

Obviamente, el nombre de Bruno había salido en la conversación. No porque le profesase amor eterno, sino porque era una novedad divertida en mi vida que sí o sí tenía que compartir con ella.

– Sí… ya te he dicho que hemos estado hablando toda la mañana. Y ahora cuando te has ido nos hemos escrito un poco.

– ¿No tienes más fotos para verlo mejor? – le picaba la curiosidad. Le había enseñado la foto de perfil en la que se le veía un poco de la cara de espaldas y el pelo. Tengo que reconocer que me encantan ese tipo de fotos, sutiles.

– No, me ha enviado antes un par de cosas que hacía, pero no de su cara…

– ¿Y su Instagram? – vaya, no había caído en eso. Tantos años después, no nos teníamos en redes sociales.

– Me da un poco de corte ser yo quien le busque… – respondí nerviosa, plenamente consciente de que dar a *seguir* en Instagram no tenía por qué significar nada. Amaya me picó, me hizo entrar en el juego, y abrimos la aplicación.

No fue difícil encontrarle. Estaba, evidentemente, en la lista de amigos de Mateo y tardé un par de *clicks* en tenerle en la mía. Cinco minutos después, me aceptó. Y, por tanto, cinco minutos después, comenzó el estudio exhaustivo de sus fotos por parte de las dos.

– Muy tu tipo, ¿no? – me dijo Amaya, que me conoce como a la palma de su mano.

– ¿Puedes creerte que le conozco de toda la vida y nunca me había fijado en él?

– Ay amiga… Estas cosas pasan cuando tienen que pasar.

¿Tendría Amaya razón? ¿Era la vida la que me le estaba acercando en ese momento, aun conociéndole de forma indirecta casi desde que nací? Ese comentario dio pie a una conversación algo más profunda. No quise que el nombre de Hugo saliera, nublando los nervios tan bonitos que aparecen cuando conoces a alguien interesante, y se pusiera de por medio para evitar reabrir las heridas que, según pensaba, ya estaban cerradas. ¿Era así en realidad?

– Reconozco que tengo un poco de miedo – confesé –. Anoche solo intercambiamos tres palabras y sabes que si alguien me hace gracia me ilusiono rápido. ¿Y si me vuelve a pasar lo mismo?

– Marina, basta ya. No puedes dejar que Hugo y sus fantasmas, que parece que nunca se van a marchar, condicionen tu vida. Hugo fue parte de tu historia, pero no tiene por qué ser la única. Eres joven, aquello no funcionó, y el tiempo todo lo cura. Y un buenorro rubio lo cura todo también – no pudimos evitar reírnos las dos –. Quizá tiene que venir aire fresco para que veas que hay mundo más allá de él.

Me dejó muda. No era la primera vez que me daba este discurso, pero esta vez, con alguien que me había llamado la atención de por medio, cobraba un poco de sentido. Siguió:

– Dile a Bruno de veros, os tomáis un café, y ves si cuajáis. Como has dicho, ayer hablasteis poco, y unos cuantos mensajes no van a demostrarte si puede pasar algo. Coge el móvil anda, escríbele.

¿Cómo lo tienes mañana
para tomarnos un café?

Bruno
Pensé que no me lo ofrecerías
nunca. Justo libro así que soy
todo tuyo cuando quieras.

Qué fácil todo, ¿no? Sonreí al leer su respuesta y guardé el móvil prometiéndole escribirle por la mañana para cerrar el plan.

Tras un par de cafés después del postre, Amaya y yo nos despedimos. Ella sí que era aire fresco. Me miré los pies. Mis tobillos desnudos dejaban ver cómo un poco de hielo no fue suficiente para que el derecho volviera a su tamaño natural por arte de magia. Decidí acercarme al hospital para que me vieran, no fuese algo grave y acabara peor de lo que ya estaba.

Cogí el coche y tardé un buen rato en aparcar. Llegué a la puerta de urgencias. Qué poco me gustaba ir a aquel lugar.

Desde unos meses atrás, cada vez que me acercaba a aquel lugar y a aquel olor tan característico, se me hacía un nudo en el estómago. Me recordaba a la yaya y su imagen se apoderó de mí durante unos segundos. Respiré hondo y entré. Di mis datos y me pasaron a la sala de espera. Tras el triaje, me hicieron esperar más de lo que me hubiese gustado entre varias personas que tosían, vomitaban o se quedaban medio dormidas esperando.

Oí mi nombre detrás de mí. Una enfermera muy mona se acercó para decirme que pasara por la consulta cuatro. Llamé a la puerta, y entré.

– Sorpresa – no podía ser.

– ¿En serio? – mi cara debió ser un poema. *No te has arreglado*, fue lo primero que pensé. Bruno iba a valorar mi tobillo. No habíamos hablado de nuestros trabajos aún y yo no recordaba que Mateo me hubiese contado nada de la vida profesional de su amigo. Menuda casualidad.

– He visto tu nombre y no he querido asomarme solo para no perderme la cara que has puesto – se rio. Yo también me reí –. Tu tobillo, ¿verdad? Déjame adivinar… anoche saliste y tu torpeza te jugó una mala pasada.

– Y menos mal que un joven caballero me levantó del suelo antes de que se hiciese un corrillo a mi alrededor – intercambiamos un par de carcajadas.

– Deja que te vea.

Me quitó la zapatilla y el calcetín con cuidado. *Que no me huelan los pies, por Dios,* pensé inmediatamente. Toqueteó varios puntos para cerciorarse de dónde venía el dolor, me hizo un par de preguntas, hizo otro par de movimientos, y me mandó calzarme.

– Es un esguince que lleva años ahí y que no termina de curarse. Tú tampoco ayudas, bonita – sonó a regañina graciosa.

– ¿Qué tengo que hacer?

– Yo me iba olvidando de los tacones un tiempo, reposo deportivo, y vas a echarte una pomada que te voy a dar ahora.

Estuvo tecleando durante unos minutos, muy centrado en lo que escribía. No como yo, que estaba a todo menos a mi tobillo. Quien dice *a todo,* dice *a él.* Llevaba unas gafas de pasta que parecía sacado de un anuncio. Pude ver cómo movía los labios a medida que escribía, repitiendo lo que sus dedos iban plasmando en mi informe. Y me pareció tierno que en un momento dado sacara la lengua como signo de concentración.

– Vale, pues ya está. Tienes la receta de la pomada en la tarjeta sanitaria – cruzó sus manos sobre la mesa mientras me miraba, sabiendo que era hora de dejar que el siguiente paciente ocupara mi silla, aunque sus ojos me dijeran *ojalá te pudieras quedar.*

– ¿A qué hora sales? – me atreví a preguntar. Quise seguir los consejos de Amaya. *Estás que lo tiras*, me dije.

– Pues… – comprobó su reloj – si todo va bien, en una hora estoy fuera.

– ¿Adelantamos ese café? – sonrió y abrió los ojos como si llevase esperando mi pregunta un buen rato.

– Claro que sí. Vives por aquí cerca, ¿no? Puedo acercarme donde me digas en un par de horas, quiero pasar por casa antes. ¿Cenamos?

Y así, me marché de aquel lugar que me parecía el peor del mundo cuando entré antes de la consulta, con una sonrisa de oreja a oreja y un ápice de esperanza de sanación en el pecho cuando salí.

***

Habíamos quedado dos horas después en el bar que hay debajo de mi casa, junto al lago. Llegué puntual y él ya estaba allí, sentado en una de las mesas junto a la barandilla que daban al agua. Bruno ya tenía una copa de vino en la mesa. Me pareció un buen comienzo, tanto que estuviera allí a la hora que habíamos quedado, como que hubiese elegido pedir una copa de vino.

– He tardado menos de lo que esperaba y me he pedido algo de beber. ¿Quieres? No quería meterte prisa.

– Vivo aquí encima, no me hubiese importado bajar un poquito antes. Y a ese vino, sí – me olvidé de mi comentario a Amaya sobre no oler el alcohol en varios días. Y también disimulé muy bien que me habría sido imposible bajar antes porque había estado una hora de reloj tratando de decidir qué ponerme.

Me sirvieron mi copa, pedimos unos entrantes, y la cena fluyó con calma, conversación y algún que otro tonteo. Le brillaban los ojos. Me resultaba curioso verle de esta manera habiendo crecido no tan lejos el uno del otro.

– Y, ¿entonces estuviste en Australia? – el corazón se me aceleró por momentos. Él acababa de contarme que había vivido tres años en Nueva York y venía a cuento su pregunta.

– Sí. Pasé un año en Sídney estudiando y trabajando hace ya mucho tiempo.

– Dime tres cosas que aún te hagan recordar ese lugar con amor – me miraba fijamente y esos ojos verdes empezaban a atravesarme como disparos. Hizo que me relajara pensando en el país que fue mi hogar y comencé a contarle.

– Uy, tres cosas… – me mordí el labio mientras miraba hacia arriba y entornaba los ojos. Australia me había dado tantas cosas que elegir me era casi imposible –. Familia, las ballenas y la superación personal – había sonado más profundo de lo que yo pretendía.

– ¿Ballenas? ¿Dónde las guardas? – se rio, curioso – Cuéntame.

– Ojalá me hubiese traído una… – y yo también me reí –. Me traje familia. Cuando digo familia, me refiero a todos los que conocí allí y que después de tantos años siguen conmigo: Mía y Jeff, Céline, Joy… la verdad es que tuve mucha suerte. Las ballenas me las traje en mi piel – dije mientras le enseñaba mi tatuaje del bíceps – porque viví un momento de revelación que nunca jamás voy a olvidar. Estando confusa, una ballena saltó frente a mí y me hizo ver que no estaba mirando la vida hacia donde debía mirarla. Fue alucinante y aterrador al mismo tiempo. Y superación personal, porque supongo que verte en la otra punta del mundo, sola, y comprobar que puedes con la vida, es motivo de estar orgullosa – se me escapó una sonrisa. Me puse nostálgica por un momento y tuve que sujetar una lágrima que estaba a punto de hacer su aparición. No podía ver ya el primer día que lloro con una mosca que vuele.

– Wow… suena muy bien. Brindemos por ello – levantamos nuestras copas e hicimos *chinchin.*

No hubo cabida para mencionar el nombre de Hugo. Él marcó mi viaje, mi vida y mi ser, pero aún no era el momento de entrar en ello. Pregunté yo entonces lo mismo. Le miré embelesada mientras me enumeraba las tres cosas que se trajo de Nueva York y que aún le acompañaban. No solo me atraía por fuera, sino que todo lo que salía por su boca me hacía querer saber más y más. Terminamos la cena y dimos un paseo rodeando el lago del parque.

– Tengo la sensación de que hay más de tres cosas que te trajiste de allí – sentenció tras unos segundos de silencio mientras caminábamos. Él llevaba las manos metidas en los bolsillos.

– ¿Tanto se me nota? – contesté con una pregunta sin pensar, sabiendo que no pasaría nada por contarle a Bruno más cosas sobre mi pasado.

– Bueno… antes me ha parecido que te dejabas algo – resultaba que era observador y sabía leer los gestos.

– Digamos que Australia me dio a alguien que me hizo muy feliz y aquella historia me rompió el corazón – me pareció la forma más cuidadosa y fiel de contarle de manera breve lo que pasó. Me miró esperando más.

Le conté durante nuestro paseo todos los detalles. Cómo nos conocimos, su llegada a Madrid, la ruptura, el reencuentro en la premier de Céline y cómo terminó esa noche.

La conversación nos llevó a que él también me contara su historia. Bruno había estado a punto de casarse con una chica con la que había estado seis años. Se mostró abierto, sincero y supo reconocer sus errores a la hora de explicarme los motivos que los llevaron a cancelar la boda. Me hizo pensar en que siempre, cuando conocemos a alguien, acabamos contándonos nuestras relaciones pasadas. Como si quisiéramos hacer una carta de presentación sobre nosotros mismos, mostrando cómo somos cuando estamos en pareja. Dando a entender nuestros miedos, nuestros fracasos, nuestras aspiraciones. Quizá en nuestro caso la conversación llegó pronto, pero llegó y se quedó para enseñarnos un poquito más del otro mientras mirábamos los patos que dormían a orillas del lago.

Unos cuantos metros más, llegamos a mi portal. Bruno y yo nos despedimos dándonos un abrazo, como si los casi treinta años reales que nos acompañaban sabiendo de la existencia del otro se abrazaran al mismo tiempo. Sentí su calidez en esa noche otoñal que pedía un poco de

abrigo.

– Ahora te escribo – me dijo mientras me miraba a los ojos.

– Por favor – contesté sonriéndole.

Caminé hacia el ascensor pensativa, tranquila e ilusionada. ¿Me hubiese gustado besarle? Sí. Pero me gustaba más que no hubiese pasado. No me preocupaba que él no quisiera, sabía que sí. Me llenaba de emoción que, aun queriendo, no nos hubiésemos precipitado. Poco a poco.

Nada más entrar en casa escribí a Amaya poniéndole al día del adelantamiento de aquel plan que propuse a Bruno para el día siguiente. Reparé en que me dolían las mejillas. Por las risas con Bruno y por la sonrisa que vestía desde que nos habíamos despedido. Me quité las botas, me puse cómoda, y abrí el cajón donde guardaba mis acuarelas. Aquella noche el cuerpo me pedía pintar, y así pasé la siguiente hora.

Bruno
Ya estoy en casa.
¿Repetimos mañana?

Y así, llenita de ilusión y con un nuevo dibujo lleno de color secando en la mesa del comedor, me fui a dormir.

CAPÍTULO 11

Me desperté pronto para ir a trabajar. La oficina estaba cerca de mi casa, en una zona empresarial, a unos quince minutos en coche. Me puse un vaquero ancho, acompañado de una camisa de rayas azules y una americana que me permitía ponerme unas zapatillas bonitas para no machacar mucho mi tobillo, y al mismo tiempo ir arreglada. Aparqué y nada más salir del coche me encontré con Miriam, mi amiga y compañera del alma. Se incorporó al equipo un tiempo después que yo, y era mi compañera directa. Profesional y personalmente hablando. Era con quien más tiempo pasaba en mi día a día. El equipo de tres lo completaba Roi, quien se había convertido en familia desde que entré en la empresa. Juntos pasábamos las horas de trabajo sin parar de reír, gestionando los asuntos que iban surgiendo, y las horas con ellos pasaban más rápido.

– ¡Ya es lunes otra vez! – me dijo Miriam mientras se acercaba a mí tras salir del coche para continuar juntas el camino hacia la puerta.

– Qué cortos son siempre los fines de semana…

– ¿Qué tal terminasteis la exposición? Estaba el ambiente bastante animado cuando me fui. Y me cayeron genial tus amigos de Kenia, ¡me dieron ganas de ir a mí!

Le conté todo. Todo. Desde mi caída hasta la despedida de ayer en mi portal. Miriam me miraba con emoción. Sabía mi historia y le hacía muy feliz ver cómo mi cara se iluminaba poniéndole al día de mi vida sentimental.

– Solo hemos cenado una vez, no quiero ilusionarme, pero la verdad es que fue alentador.

– Uy esa cara… – Roi apareció junto a nosotras y quiso saber qué me estaba provocando que no pudiese borrar la sonrisa.

Tras contarle por encima las novedades de mi fin de semana, nos pusimos a trabajar. El día fue tranquilo, con alguna llamada y email que gestionar, pero para ser lunes agradecimos que no hubiese cien frentes abiertos. A ratitos fui mirando el móvil y hablando con Bruno.

– Hola, bonita – me dijo mientras me daba un beso en la mejilla. La noche anterior me propuso vernos en su día libre, y tuvimos que esperar a que yo saliera de trabajar para tomarnos un café. Recibí el beso en la mejilla con los brazos abiertos.

– ¿Qué tal tu paseo en moto?

– Bien, me apetecía mucho dar una vuelta aprovechando el solazo que hace hoy – y no se equivocaba. El frío otoñal nos daba un respiro y lucía un sol que animaba a disfrutar de una terracita. Al terminar de decir eso, se giró hacia su moto y me tendió un casco.

– ¿Y esto? – pregunté extrañada.

– Nos vamos a seguir con el paseo – me hizo la propuesta acompañada de un *no me digas que no* con la mirada.

Pasamos las siguientes dos horas yendo de acá para allá por carreteras de curvas rodeadas de unos paisajes preciosos. Al principio me daba un poco de miedo, apenas había subido en una moto un par de veces antes y no durante tanto tiempo, pero la adrenalina que sentí hizo que no quisiera que el paseo terminara nunca. Además, me pareció la ocasión perfecta para acercar mi cuerpo al suyo al tener que agarrarme a él por la espalda. Noté con los brazos su cuerpo musculoso y en varias ocasiones tuve que frenar a mi mente, que no hacía más que tratar de imaginar qué escondía aquella cazadora. Paró la moto en un pueblito que estaría a una hora de mi casa.

– Es aquí – dijo mientras se quitaba el casco. La melena recogida en un moño completamente destrozado por llevar puesto el casco me pareció muy, pero que muy sexi. Creo que así estaba más guapo de lo que le había visto nunca. Paramos frente a una casita dentro de un terreno del cual no lograba ver el final. Sacó unas llaves del bolsillo y abrió la puerta.

– ¿Esta casa es tuya?

– Sí – dijo orgulloso –. La heredé de mi abuelo hace un par de años y llevo este tiempo poniéndola a punto. Ya está casi terminada. He hecho algunas reformas y he mantenido varios muebles de mis abuelos, sobre todo en las habitaciones, me daba pena deshacerme de ellos. Son de madera maciza.

Me sorprendió y encantó a partes iguales. Cuando entramos al jardín, fue como entrar en un pequeño paraíso campestre. A la izquierda de la puerta que acabábamos de cruzar había una fuente. Seguido, un pequeño huerto del que él mismo se encargaba. Y continuando por el camino, estaba la casita. Todo lo demás estaba algo descuidado. Supongo que cuidar un jardín tan grande lleva tiempo y que hasta que no empezase el buen tiempo no iba a prestarle demasiada atención.

– Ven, mira – cogió mi mano y me llevó detrás de la casa. Allí, había una verja que separaba su terreno de un embalse y que hacía que las vistas quitasen el aliento.

– Qué maravilla – le dije sin pensar y sin poder apenas parpadear.

– ¿Ves ese árbol de ahí? – señaló un olivo que presidía el jardín. Estaba al fondo de éste, verde y poblado, con unas cuantas rocas rodeándolo. Esa parte sí que estaba bien cuidada –. Ese árbol es mi abuelo. Él creció en esta casa desde que era un niño y quiso, cuando se fuera, formar parte de ella. Así que cuando se marchó, mi padre y mi tío no dudaron en echar sus cenizas a las raíces. Lo plantó con su padre cuando tenía diez años y pensamos en que era la forma más bonita de que siguiese viviendo aquí.

Me emocionó escucharle. Me pareció la historia más bonita que había escuchado en mucho tiempo. También, me hizo pensar en mi abuelo, y eso siempre me pone algo triste. Limpié disimuladamente la lágrima que cayó por mi mejilla y traté de frenar un poco mi pulso. Hubo un

largo silencio, pero no fue nada incómodo.

– ¿Te apetece un café?

Cuando entré en la casa pensé que podría quedarme a vivir allí. Por el contrario de lo que parecía desde fuera, siendo una casa de piedra y madera antigua, por dentro era un lugar acogedor, moderno y minimalista. No tenía mucha decoración, pero estaba todo ordenado y vestido con mucho gusto. Se trataba de una casa de dos plantas. En la planta principal se encontraban la cocina, que era amplia y luminosa, el salón con vistas al jardín trasero, al embalse y al olivo, un baño y una habitación que parecía que tenía la función de hacer de despacho. Tras enseñarme esta zona de la casa, subimos al piso de arriba. Nada más llegar al último escalón estaba el baño. Y a continuación, tres habitaciones más. No parecía tan grande desde fuera.

Después del pequeño *tour*, me sirvió un café que había dejado preparándose el ratito que me enseñó la casa. Tenía leche de soja en la nevera, lo cual me sorprendió.

– Soy vegano – me dijo. Y comentamos cómo no habíamos hablado de ello durante la cena de la noche anterior. Estuvimos hablando largo y tendido sobre el tema y qué os voy a decir, este chico iba sumando puntos por cada palabra que salía por su boca. Nos tomamos el café en una mesita que tenía fuera, en la entrada, rodeada de un banco esquinero y un par de sillas. *Qué gusto de sitio,* pensé.

– ¿No te dan ganas de vivir aquí permanentemente? – pregunté maravillada por aquel lugar.

– Todos los días – contestó mientras nos reímos –. El problema está en que tardaría demasiado tiempo en llegar al hospital. Cada mes valoro si me merecería la pena, que sé que sí porque aquí soy el tío más feliz del mundo, pero cuesta tomar la decisión.

– Entiendo… Trabajar cerca de casa es un privilegio. Aunque es aún más privilegio disponer de un sitio así.

– Puedes venir cuando quieras – me dijo mientras me atravesaba con la mirada. Me sonrojé. Y por un microsegundo me imaginé pasando aquí mucho tiempo. Me gustó.

Pasamos lo que quedaba de tarde charlando, y el fresco del atardecer nos obligó a sentarnos más cerca. Cogió una manta de un cesto que tenía justo al lado del banco y la puso sobre nosotros, pasando su brazo por detrás de mí, sobre mis hombros. Me relajé y dejé caer mi cabeza sobre él. Volvimos a estar un rato en silencio, pero qué silencio tan agradable. De repente, pasó una bandada de pájaros inmensa sobre nosotros mientras hacían un poco de ruido. Ya estaba anocheciendo, y Bruno me preguntó si me veía con ganas de cenar allí o volvíamos a casa. Acepté la invitación, pensando que ya descansaría al día siguiente cuando saliera de trabajar. Nada me apetecía más que alargar aquella velada.

Entramos en la casa, ya cálida por la chimenea que había encendido un rato antes por si nos quedábamos un rato más, y me sirvió un vino. *Yo hoy no,* me dijo. Teníamos que volver con la moto a casa. Confesó que no era un gran cocinero, pero preparó algo rápido con las cosas que tenía en la nevera y yo, que no soy una chef, agradecí cualquier cosa que hiciera. Cenamos en la barra de la cocina, en una península que separaba esta estancia del salón-comedor. No paramos

de hablar y me estuvo contando un poco más a fondo su día a día en el trabajo.

– El otro día me pillaste en urgencias, pero hay semanas que estoy en cirugía.

– ¿Y qué es lo que más te gusta? – no conozco mucho el mundo sanitario, pero quise preguntar para saber cuáles eran sus preferencias.

– Lo que más me gustaría en el mundo sería irme fuera unos meses a trabajar. Ir con *Médicos sin Fronteras*, o alguna organización del estilo, y pasar un tiempo ayudando a otros – Bruno ganaba puntos por segundos.

– Pff… eso lo tienes que hacer. Hace poco volví de hacer un voluntariado en Kenia y ha sido la experiencia más maravillosa de mi vida – por la cara que estaba poniendo él, yo también iba ganando puntos–. ¿Qué te hace retrasarlo? – pregunté, igual que hizo Carla cuando le planteé mis planes, mientras daba un sorbo a mi copa de vino, ya con los platos vacíos. Él estaba apoyado con los brazos cruzados sobre la barra, a mi lado.

– Pues no lo sé, bonita… la verdad es que no tengo razones para no ir. Supongo que el día a día te acaba metiendo en su bucle y nunca encuentro el momento. ¿Qué te voy a contar? Pero lo haré, sé que algún día lo haré – dijo mirando al frente, sonriendo, y con cara de ilusión.

Recogimos los platos, la copa, limpió un poco la encimera y nos preparamos para volver a casa. Ya era de noche y nos esperaba una hora de camino de vuelta. Nos pusimos el casco, me senté tras él, le agarré por la espalda, y tras varias curvas y un poco de fresco, llegamos a mi portal.

– Gracias – le dije.

– A ti por acompañarme. Ha sido una tarde genial – nos miramos en silencio hasta que apartamos la mirada sin saber muy bien cuál era el siguiente paso, aunque ambos lo sabíamos.

Sin pensar, me acerqué a él y le besé. Noté cómo nuestros labios se acompasaron enseguida, como si estuvieran destinados a juntarse y encajar. Nos dimos un beso de varios segundos, lento, mientras agarraba mi mejilla con la mano que no sujetaba su casco. Se separó, me dio dos besos más en los labios y abrió los ojos. Yo no pude abrirlos hasta unos segundos más tarde. Cuando lo hice, me estaba sonriendo.

– ¿Me escribes cuando llegues? – dije.

– Y porque no puedo escribirte mientras voy en la moto – me dio otro beso y se marchó.

Vi cómo se alejaba de la puerta sin poder dejar de mirarle. Bruno me había devuelto la ilusión, las ganas, la sonrisa. Antes de ponerse el casco se giró y me pilló allí, de pie, esperando a ver cómo se marchaba. Al poquito de llegar a casa, recibí un mensaje. *Mañana más, por favor,* decía.

CAPÍTULO 12

Las semanas pasaron tranquilas, sin demasiados problemas que solucionar en el trabajo. La tienda iba viento en popa y varias mañanas me acerqué a echar un vistazo. Miriam y Roi me acompañaron. Por las tardes hacía planes con Bruno, con las chicas, y con mi familia. Uno de los siguientes fines de semana era el cumpleaños de mi madre y organizó una comida en casa.

Bruno
¡Disfruta mucho del día familiar!
Esta noche si quieres nos
vemos y me cuentas, que supongo que
no estarás con el móvil todo el
tiempo. Yo tengo una operación
así que tampoco podré hablar
demasiado. Ve contándome, bonita.

A una parte de mí le hubiese encantado pedirle que me acompañara, ya llevábamos haciendo planes un mes. Es poco, lo sé, pero la cosa estaba fluyendo y su compañía era siempre bien recibida. Además, Mateo estaría allí y no tendríamos que estar pegados todo el tiempo. Contesté a su mensaje y dejé el móvil en el bolso, en la habitación donde habíamos dejado todos los abrigos y pertenencias.

– Ya me ha contado un pajarito tus novedades… – Mateo, siempre tan sutil. Como era de esperar, Bruno le habría contado que llevábamos unas semanas pasando tiempo juntos –. ¿Qué tal estás?

– Muy contenta – solté. Y se me escapó una cara de tonta que era imposible disimular.

– Ya veo… me encanta que hayáis acabado juntos. ¿Qué tal es en la cama? Le conozco de toda la vida y ese cuerpazo seguro que sabe cómo moverse.

– ¡¡Mateo!! – me reí mientras le daba un golpecito en el hombro –. La verdad es… que aún no lo sé.

– ¡¿Cómo que no lo sabes?!

Sí, aún desconocía esa parte de Bruno. Estaba todo saliendo natural y, aunque había habido alguna que otra ocasión para que ocurriera, aún no había pasado nada entre nosotros más allá de unos cuantos besos y arrumacos. Y tengo que reconocer que estaba a gusto con ello. Tenía la sensación de que las cosas estaban yendo como tenían que ir.

Pasamos la tarde entre risas, recuerdos y comida. Mi madre había preparado todo vegetariano, teniendo en cuenta mis preferencias. Mamá es mamá. Aún quedaba un ratito para soplar las velas y tomarnos un café con la tarta, así que sacamos unos cuantos juegos de mesa y así pasó la siguiente hora. Miré a mi alrededor y me di cuenta de lo poco que hace falta para sentirse lleno. Las cosas iban bien. Hay personas que buscan el drama, que les gusta esa sensación de nerviosismo porque *da vidilla* a la cosa. Ven problemas donde no los hay porque no son capaces de conformarse con la calma que viven en ese momento. También hay personas que se cargan con problemas ajenos. Si yo no tengo, me quedo con los tuyos. Como si no fuera suficiente con nuestra propia mochila.

Pero, ¿y lo bien que se está cuando realmente *todo está bien?* No es muy frecuente. Al final, siempre hay alguna cosilla que nos quita el sueño, que nos hace dar mil vueltas a la cabeza, o algo de lo que nos tenemos que acordar. Todo depende de dónde tengas el umbral de la armonía.

Yo, por ejemplo, paro a mirarme y todo está bien. Quizá sea por la montaña de piedras que he ido mandando a tomar vientos, que han decidido marcharse o que se han arreglado por sí solas, que eran tan grandes que el peso que soportan mis hombros es bastante alto. Es cierto que el camino nunca estará completamente limpio, siempre hay cosas del día a día que nos acompañan. Y, como dice la canción, *con un dedo no se tapa el sol.* Sí, en ese momento, rodeada de los míos, todo estaba bien. Estoy a gusto en mi trabajo, mi familia está bien, me encanta dónde vivo, tengo cerca a mis amigos y no tengo grandes preocupaciones.

Había un par de sillas vacías que entristecían el ambiente, pero sabíamos que sus ocupantes estaban con nosotros igualmente, aunque no los pudiéramos ver. Toda la gente que estaba allí me hacía sentirme plena. Vi a papá y mamá dedicarse algún que otro achuchón. Mis sobrinos correteaban por allí. Carla, Jon y Nerea reían a carcajada limpia. Y yo esperaba a Mateo, que se había levantado un momento a abrir la puerta después de que sonara el timbre. Aproveché para ir a por mi teléfono. Me senté en la silla donde había estado sentada unos segundos antes y miré mis mensajes. Tenía un par de llamadas perdidas y un WhatsApp.

Bruno
Hola, bonita. No consigo localizarte. He llamado a Mateo porque me han dejado salir antes.
Me ha dicho que me acercara, espero que no te importe. Ahora te veo.

Levanté entonces la mirada y allí estaba él junto a mi primo, que me miraba con cara de *sé que querías que estuviese aquí así que no me mates, guapa.* Y qué razón tenía. Fue verle y sentir paz. Bruno saludó a mis tíos, a quienes ya conocía de sobra, y Mateo le presentó a mis padres. Pensé que aquella naturalidad facilitaba mucho las cosas. Ya estaba hecho. Una vez terminada la ronda, Bruno se acercó a mí. Nos saludamos con un tímido *Hola* y una sonrisa.

– ¿Te apetece algo de beber?

– No voy a decirte que no a un café, estoy agotado – respondió mientras caminábamos hacia la cocina –. Espero que no te haya molestado que haya venido… quizá ha sido un poco precipitado.

Respondí a su comentario dándome la vuelta una vez entrados en la cocina vacía plantándole un beso en los labios. Él respondió abrazándome por la cintura y levantándome del suelo.

– ¿De verdad crees que en algún momento tu presencia me iba a molestar? – contesté, de nuevo, con una pregunta.

Aproveché para hacer un café para todos. Fue Bruno quien salió al salón a tomar nota de todas las variedades que querían los invitados: cortados, con leche, fríos, calientes, solos… Los sirvió en la bandeja, como si fuese ya uno más, y disfrutamos todos juntos en la mesa. Nerea apagó las luces de repente, y mi padre apareció con la tarta. Inmediatamente, comenzamos a cantar el *Cumpleaños feliz*. La estancia se llenó de gritos, aplausos, besos. Yo no podía estar más feliz.

***

Todos se marcharon, y no quedamos más que mis padres, mis hermanos, mis cuñados, Bruno y yo. Nadie hizo preguntas porque él estuviera allí, solo me quedé con algo que me dijo mi padre cuando estábamos recogiendo, y que sé que era un mensaje de parte de mi madre también.

– No sé quién es ese chico, pero te veo bien – su cara me mostraba ternura. Y lo entiendo, después de lo vivido, se le veía contento de que yo fuera luciendo esa sonrisa.

Después de un ratito más charlando todos los que quedábamos en el salón, Bruno y yo decidimos marcharnos. Me ofreció que pasáramos lo que quedaba de fin de semana, es decir, la noche del sábado, el domingo, el lunes y el martes, en su casita de la Sierra. Era puente, ambos teníamos vacaciones, y no pude desaprovechar la oportunidad de pasar unos días con él por primera vez. Como él había ido en su moto y yo en mi coche, quedamos en su casa para poder hacer las bolsas. Yo pararía un momento en la mía para coger unas cuantas cosas, y él me esperaría en la suya después de hacer lo mismo. Un rato más tarde, le recogí y nos pusimos en marcha. Durante el camino no dejamos de hablar. De vez en cuando subíamos el volumen de la canción que sonaba para cantarla a grito pelado. Y, de nuevo, vuelta a la conversación.

– ¿Alguna vez condujiste un coche en Australia? Debe de ser rarísimo – me quedé un poco paralizada. Y me dio rabia, porque no me gustaba que al recordar aquel precioso país mi cuerpo se quedara rígido. Pero, obviamente, no era por el lugar, sino por la imagen que vino a mi mente.

– Sí, una vez – vio que no daba más explicaciones y no quiso preguntar. Me quedé pensativa, recordando aquella tarde en la que Hugo me había llevado a conducir para alegrarme la triste tarde que quedó tras la vuelta de Carla a España. Fuera, Hugo. Fuera de mi mente.

– Un poco más adelante vas a ver una señal, gira a la derecha por esa calle – justo nos

acercábamos al pueblo y comenzó a darme indicaciones. Ese lugar de noche daba hasta miedo. Oscuridad absoluta.

Bruno se bajó del coche, abrió la puerta del jardín para que pudiera aparcar dentro, y me ayudó a sacar las mochilas cuando bajé. Fuimos directos a dentro. Subimos las mochilas a su habitación. Era evidente que compartiríamos cama esa noche, pero como aún no lo habíamos hecho, fue un poco raro dejar las cosas de los dos en el mismo cuarto, unas junto a otras. Nos pusimos cómodos. Él se cambió sus vaqueros por un pantalón de chándal ancho y un jersey gordito para combatir el fresco que hacía a esas horas, y yo hice lo mismo, aunque me puse directamente el pijama.

Me hizo gracia haber llegado a ese momento de confianza y comodidad con él, teniendo en cuenta que aún no nos habíamos visto sin ropa. Salió del baño con sus gafas de pasta y el pelo recogido, como lo llevaba siempre que le había visto. Volví a preguntarme si lo tendría muy largo.

– ¿Has pensado en operarte la vista? Yo lo hice hace años y es el dinero mejor invertido.

– Sí, pero no me digas que no me quedan bien las gafas – me miró vacilón mientras se las bajaba un poco por el tabique de la nariz para mirarme a los ojos, apoyado en la encimera –nos reímos los dos –. Ven, vamos fuera.

Me dijo que me tumbara en una especie de colchoneta grande, cubierta por una tela que acababa de poner, que tenía en mitad del jardín. Se dispuso durante los siguientes minutos a encender una pequeña hoguera para que entráramos en calor. En cuanto me tumbé… *buah*. El cielo más oscuro, limpio y plagado de estrellas que había visto nunca. Bueno, sí que lo había visto. Me trasladé mental y emocionalmente por un momento a aquella noche en Njoro, la primera que pasé allí, y me impactó tanto estar cubierta por aquel mar de puntitos luminosos.

Ese lugar estaba lleno de encanto, y cada cosa nueva que descubría hacía que me encandilara más. Bruno se tumbó a mi lado cuando terminó de preparar la fogata. Se agradecía mucho el calor, aunque no era suficiente y me pidió que me acercara un poco más. Lo hice todo lo que pude, hasta que pasó su brazo por debajo de mi cabeza y nos quedamos ahí, tumbados y en silencio, observando las estrellas, el uno junto al otro.

Ya eran las doce de la noche. No habíamos cenado nada, la tarta, el café y todas las guarrerías que habíamos comido en casa de mis padres nos habían dejado el estómago lleno.

– ¿Tienes sueño? – preguntó al ver que llevaba un tiempo sin hablar.

– Estoy a gusto, relajada.

– Vamos dentro ya si quieres.

Cogió mi mano para ayudarme a levantarme. La manta que habíamos usado nos había salvado, hacía bastante frío allí. Sentir el calor de su cuerpo no me había hecho darme cuenta de ello. Recogimos las cosas y entramos al salón.

– ¿Un vino? – propuse yo.

– ¿Tú no tenías sueño? – me preguntó riéndose y mirándome.

– Sí, pero me apetece tomarme un vino contigo.

Dicho y hecho. Bruno sacó una botella de vino blanco de la nevera, cogió dos copas y nos sirvió un culín a cada uno. Esta vez, en lugar de en la barra de la cocina, nos lo tomamos en el sofá. Antes de sentarse se acercó a su móvil, que estaba cargando, y lo conectó a unos altavoces que tenía junto al televisor. Puso una *playlist* de versiones acústicas de canciones conocidas. Me pareció la música perfecta para ese momento. Pasamos la siguiente hora charlando, contándonos tonterías entre bostezo y bostezo, recordando momentos del pasado en los que habíamos coincidido, tratando de hacer memoria para ubicarnos el uno al otro en los recuerdos de los dos.

Después de la segunda copa de vino, la dejé sobre la mesa y Bruno hizo lo mismo. Estábamos sentados cerca, sin atosigarnos, pero a una distancia prudencial que permitía que nuestras piernas se tocaran de vez en cuando, con los cuerpos girados para tenernos uno frente a otro a pesar de estar al lado. De repente, Bruno apoyó su brazo en el respaldo y me hizo una caricia en la cabeza muy, pero que muy tierna. Respondí con una sonrisa y con algún que otro escalofrío. Sentí que era el momento, que el cuerpo me pedía más de aquel hombre que me había devuelto la ilusión y que en lo que llevábamos viéndonos no me había enseñado ninguna parte oscura de la que huir.

Me acerqué un poco más y fui yo la que le hizo una caricia, esta vez con mi dedo pulgar sobre sus labios. Y me besó. Primero suave, después más acelerado. Noté cómo él también sintió que era el momento. Durante ese beso no dejó de acariciar mis brazos, mi cara, todo delicado y sin excederse. Me senté sobre él, tratando de estar más cerca, cuando en realidad era imposible que una pizca de aire corriera entre nosotros. De un momento a otro, se levantó conmigo en brazos. *Sí que está fuerte,* pensé. Y subió las escaleras con mis piernas rodeando su cintura. No exagero si digo que tardamos unos quince minutos en hacer un camino de quince segundos.

Paramos durante el trayecto a su habitación en todas las superficies que encontramos hasta llegar a la escalera, para luego subir y llegar a su cama. Se sentó despacio sobre ella y aproveché para quitarle toda la ropa que pude de cintura para arriba. *Madre mía, mejor de lo que imaginaba*. Un montón de tatuajes hicieron su aparición. Me había contado que tenía muchos, sus significados, pero dejamos que el momento de verlos en vivo y en directo llegara por sí solo. Noté cómo él también reparó en los míos, mucho más pequeños y discretos que los suyos. Continuó besando mi piel mientras yo seguía frente a él, de pie entre sus piernas, y selló el recorrido dándome un beso en el corazón que tengo tatuado en el costado.

A partir de aquí, amiga o amigo, dejo que tu imaginación vuele, tal y como volé yo los instantes de después. La noche fue para recordar. Tenía miedo de que la primera vez con él fuese un desastre, que no nos entendiésemos, o que todo lo que yo me había imaginado estuviera alejado de la realidad. Pero no. Bruno me trató con toda la delicadeza del mundo. Y por fin vi su melena suelta. No dudé en quitarle la goma de pelo en cuanto tuve ocasión. Aquel hombre era una obra de arte de la cabeza a los pies.

Al día siguiente, cuando me desperté, miré el reloj. Eran las diez de la mañana y la cama

estaba vacía. Me vestí, me aseé un poco, asegurándome de que estaría decente para cuando Bruno me viera, y bajé las escaleras.

– Soy madrugador por naturaleza – dijo cuando me vio aparecer por la puerta del jardín. Se acercó a mí aún con el pelo suelto y me dio un beso suave –. Buenos días, bonita. Que sepas que lo estás aún más por la mañana.

Respondí riéndome y dándole otro beso que no pude guardarme. Verle ahí, con su cara de haber dormido bien, el pelo suelto, y ese sol que nos regalaba el cielo, me hizo sentirme muy feliz. Me serví una taza de café recién hecho que Bruno había preparado y me senté fuera con él.

– Tendría que haberme traído mis pinturas – dije apenada –. Este sitio es digno de ser pintado.

– Podrás traerlas la próxima vez que vengamos.

Y me imaginé allí, con el clima cálido del verano, mis pinturas, y Bruno merodeando por ahí haciendo sus cosas del jardín mientras yo pasaba las horas retratando aquella estampa. ¿Hace falta decir que en mi imaginación no llevaba camiseta? La mañana la dedicamos a dar un paseo por el pueblo. Nos encontramos por el camino a un par de parejas de ancianos que vivían allí y que se alegraron de ver a Bruno. Y de verle con una *moza*, también. Fue gracioso, pero le vi contento y orgulloso de ir por allí cogido de mi mano.

CAPÍTULO 13

El domingo y el lunes pasaron deprisa, más de lo que me hubiese gustado. Dedicamos las horas a conocernos, a descubrir cada rincón de la piel y de la mente del otro. Cada vez que lo miraba me parecía más guapo. Y cada vez que me contaba cosas, más interesante. Hicimos un repaso a nuestras vidas, a nuestras relaciones, a nuestros trabajos, a nuestras experiencias fuera.

– ¿Tienes ganas de volver a Nueva York?

– Muchas. ¿Tú has vuelto a ir a Australia?

– Sí. Después de vivir allí fui una vez más. Cuando junté el tiempo con el dinero… no me pude resistir.

– ¿Y cómo fue? Debe ser raro y emocionante al mismo tiempo volver a un sitio donde has sido tan feliz – ya he comentado que Bruno sabía mi historia con todo lujo de detalles. Me hacía sentir muy cómoda que no tuviera reparo en hablar del tema, o que pudiera expresarme sin temer qué pensaría o diría él.

– Pues como dices… raro y emocionante.

La vez que volví a Australia fue varios años después de haber regresado de allí, al poquito de romper con Hugo tras mi visita a Galicia y mi viaje a Myanmar. Sentí que tenía que volver a crear recuerdos nuevos, a sanarme, a recuperar el cien por cien del amor que tenía a aquel país. Me instalé durante dos semanas en casa de Mía y Jeff, que coincidieron con las vacaciones de Navidad. ¿Qué mejor plan que cambiar el invierno madrileño por el verano y el cambio de año en Sídney? Antes de coger ese avión que no podía creerme que fuese a coger, pasé la mañana con mis padres y mis hermanos. Era el día de Nochebuena y, como no estaría con ellos durante las fiestas, aproveché hasta el último momento.

Me dejaron en el aeropuerto hecha un manojo de nervios, pero tan, tan, tan feliz, que no se opusieron en ningún momento a que me fuera en esas fechas tan señaladas. Cuando llegué, Mía me recogió, de nuevo, junto con Jeff. El abrazo que nos dimos fue maravilloso. Qué sensación tan bonita era tenerles cerca otra vez. Al fin y al cabo, eran parte de mi familia. Ellos trabajaban por las mañanas, así que tuve libertad para hacer planes a mis anchas. No tardé en recordar cómo moverme por allí y disfruté yendo de acá para allá como una enana.

Quise ver a Céline, pero hacía unos días que había vuelto a Francia para pasar las Navidades con su familia. Con quien sí tuve la oportunidad de pasar tiempo fue con Becky. Supe que se había casado y habíamos intercambiado mensajes durante todo este tiempo. Me acerqué casi temblando y expectante a la cafetería donde continuaba trabajando, ya de jefa. La misma cafetería donde conocí a Hugo. Abrí la puerta y el tintineo de la campanilla hizo que Becky saliera corriendo con la esperanza de verme a mí cruzando la puerta. Corrimos la una hacia la

otra tratando de acortar la distancia que tantos años y diecisiete mil kilómetros se habían puesto de por medio.

Me pidió que esperara unos minutos para que se cambiara, daríamos un paseo antes de ir a comer. Observé aquel sitio que tan familiar me resultaba. Estaba exactamente igual que cuando lo vi por última vez, solo que los ojos color café ya no estaban tras la barra. Salimos de allí y caminamos sin rumbo fijo. Fuimos a parar a Circular Quay, donde se encuentra el Ópera House. Ya lo vi desde el avión cuando aterricé, pero tenerlo delante de nuevo estaba siendo asombroso. Becky me sugirió un sitio para comer que estaba justo ahí, y era imposible negarse a comer con esas vistas.

– ¿Cómo estás? – me preguntó sin vacilar. Ya llevábamos mucho rato hablando de otras cosas y las dos sabíamos que la conversación tenía que llegar.

– Bueno… estoy – dije tratando de sonreír.

– Ya me contó Hugo que rompisteis, pero no sé mucho más. No es fácil que cuente las cosas cuando le remueven, ya lo sabes.

Puse a mi amiga al día de todo lo que había pasado, y no voy a aburrirte a ti otra vez con la misma historia. A estas alturas, posiblemente Hugo te salga por las orejas. Y ahora que sabes que Bruno entró en mi vida, es posible que estés deseando que no le vuelva a nombrar.

Pasé las dos semanas de mis vacaciones sin dejar de hacer planes con Mía, Jeff y su familia, y hasta me permití el lujo de enredarme con un australiano guapo una noche que salimos a bailar salsa. También tuve mis momentos amargos, cuando desanduve lo andado con Hugo por las calles de Bondi. Los *cliffs*, el paseo marítimo junto a la playa, su calle. Y me lo tomé como proceso de sanación personal, visitando todos esos lugares otra vez para que mi último recuerdo fuese conmigo misma.

***

Bruno estaba a mi lado en la cama la mañana del martes. Era hora de volver del súper puente que habíamos pasado juntos, le tocaba turno de trabajo por la noche y debía descansar un poco antes de ir al hospital. Él sabía que no me gustaba que nadie me despertara, así que esperó a que abriera los ojos naturalmente, con un rayito de luz que atravesó la persiana para darme directamente en la cara.

– Buenos días, bonita – y me dio un beso en la frente. Qué guapo estaba. Esos ojos verdes me volvían loca. Me acurruqué a su lado, en el hueco que había bajo su brazo y junto a su costado, y puse mi pierna sobre la suya.

– ¿Llevas mucho despierto? Ya es muy tarde para ti – pude ver en el reloj de su mesilla que ya eran más de las diez. La noche anterior se alargó repleta de amor y nos fuimos a dormir ya de

madrugada.

– Un rato, pero no he querido despertarte. Me levanté para recoger, he limpiado un poco, y me he venido aquí contigo otra vez. ¿Qué planes tienes cuando lleguemos?

– Creo que me toca lo mismo… tengo que recoger y limpiar el piso. Ah, y me ha escrito Carla un mensaje diciéndome que ya hay fecha para la presentación del libro y quiere contarme cositas.

El tema del libro de mi hermana se había retrasado. Cambiaron a su editor y le dio media vuelta a la trama del libro. Les gustaba la idea, pero tenía que hacer algunos cambios. Después de todo el trabajo, me comentó que en cuatro meses harían la presentación y saldría a la venta.

Nos levantamos de la cama con calma, desayunamos en el jardín y dimos un paseo por la zona antes de marcharnos. Cogió un par de cosas de su huerto y me lo metió en una bolsa para que tuviera algo que cenar. No podía decir lo contrario, este hombre era un amor. Siempre que tenía la ocasión tenía algún detalle, aunque fuese tonto, que haría que pensara en él a pesar de no estar juntos en ese momento.

Durante los siguientes fines de semana, nos volvimos unos asiduos a su casita de la Sierra. Ya estaba el invierno bien instalado en Madrid, y esa zona nevada y con tanto frío tenía mucho encanto. A pesar de las temperaturas, apetecía estar allí.

Uno de esos fines de semana, ya dos meses después de nuestro reencuentro en mi exposición, la conversación oportuna que dejaba claras las intenciones de cada uno llegó. Los dos sabíamos que desde el momento en el que comenzamos a quedar, ninguno de nosotros había tenido nada con otras personas, ni tampoco había tenido ganas. Pero pensamos que era una conversación que había que tener, y eso hicimos.

– Entonces… ¿A ti qué te apetece? – antes de preguntarme esto, fue él quien sacó el tema una tarde de Navidad que habíamos ido a pasar a la pequeña casita. Y ya, decidió ir al grano. Estábamos sentados en el suelo junto a la chimenea, después de haber hecho el amor.

– Yo… puede que esté empezando a quererte un poco – respondió a mi contestación apretándome contra él. Me la había jugado diciendo esas palabras. Pero fue bien. Punto, set y partido –. ¿Qué quieres tú?

– Me siento igual. Pensaba que no podría volver a sentir algo grande, ¿sabes? Es increíble cómo una persona puede cambiarte. Y también es increíble que otras te destruyan tanto que te hagan dudar de si volverás a estar bien. Estoy tranquilo contigo. Y me apetece seguir con esto allá donde nos lleve – me besó y volvimos a hacer el amor frente al fuego.

CAPÍTULO 14

¿Adivinas dónde fue la presentación del libro de Carla? Bingo. En el bar de Santi. Al principio habían pensado hacerlo en la cafetería de la tienda de chocolates, cuyo ambiente invitaba al aire bohemio de la presentación de un libro, pero pensamos que con el bombo que le habían dado desde la editorial, quizá se quedaba pequeño.

Mi hermana quedó con Santi y Jacobo, esta vez sí que fue en la cafetería, para hablar de los detalles. Parecía tener sentido haberse visto donde sería el evento final, pero tenían una fiesta privada durante toda la mañana, y optaron por esta opción. A este café se unió Óscar, el editor de Carla.

– Y bien, ¿cómo lo ves?

Santi formuló la pregunta tras hacerle una pequeña presentación sobre las ideas que barajaban para la disposición del bar. Carla y Óscar intercambiaron opiniones en alto, aunque por mucho que Carla fuera la protagonista de la noche, era Óscar el que tomaba las decisiones finales, no sin antes escucharla.

Mi hermana me llamó en cuanto terminó la reunión y le pedí que no se moviera de allí, que en nada llegaría porque tenía que hacer algunas cosas en la tienda. Cuando llegué, ya todos se habían marchado y Carla me esperaba mirando su móvil y haciendo anotaciones en un cuaderno mientras daba pequeños sorbos a un café caliente que le acababan de servir.

– No temas, ¡ya ha llegado tu hermana favorita! – le dije mientras le daba un beso en la mejilla.

– Como te oigan Nere y Jon…

– Jon no, que es el único chico y tiene adjudicado el título de hermano favorito por defecto.

Bajé un momento a dejar mis cosas en el almacén para poder hacer unas gestiones. La tienda era un ir y venir de gente por las tardes, y nos vimos obligados a contratar a una persona más para cubrir los turnos más ajetreados. Quedé en la tienda con Elisa, que así se llamaba nuestra nueva incorporación, a esas horas del día porque era cuando más tiempo tendría para que la echara una mano. Esta vez se había encargado Marta, la encargada, del proceso de selección, y fui para comprobar que todo estaba en orden. Me pareció una chica sencilla, agradable, y tenía, por lo que me había dicho Marta, mucha experiencia.

Cuando vi que estaba todo controlado, volví con Carla a la mesa.

– ¿Te pongo un café? – uno de los chicos de la cafetería se acercó a mí y accedí.

– ¿Tú quieres algo? – Carla negó con la cabeza, su café aún echaba humo y apenas lo había

probado.

– Pues ya está todo casi listo para la presentación – dijo ella con tanta emoción que diría que no podía ni soportarlo.

– Aún no me has contado nada sobre el libro… ¡Cuánta expectación!

– Quiero que sea una sorpresa. Así no me veo condicionada por la opinión de todos, ¿sabes?

– Pero… ¿ni un pequeño spoiler?

– Estoy segura de que te va a gustar – y me sonrió atravesándome con la mirada mientras daba un sorbito a su café.

***

Bruno se pidió el día libre para poder venir a la presentación. Aunque fuera en fin de semana, la rotación de sus turnos no le aseguraba estar siempre libre a la vez que yo. Me pareció un detalle bonito para con mi hermana, quien estaba muerta de ilusión por lo que esa tarde le esperaba.

– ¿Te he dicho ya que estás muy guapa? – dijo Bruno mientras nos acercábamos a un ritmo ligero a la puerta del bar. Su comentario me hizo sonreír y, al darle un beso como contestación, le dejé un poco de mi pintalabios rojo en su comisura. Paramos en mitad de la plaza y le limpié con mi dedo pulgar.

– ¿Te he dicho yo cuánto te quiero? – dije yo esa vez. Y él me respondió abrazándome, escondiendo su cara en mi cuello, haciéndome cosquillas.

Al llegar al bar cogida de la mano de Bruno, vimos un gran cartel en la entrada que había proporcionado la editorial. En él, se veía una foto de mi hermana con la hora y la fecha del evento: *Este viernes a las 19h, Carla Vega nos presenta su primera novela.* Vaya, aún sin pistas del nombre. Llegamos un poquito tarde, aunque él se hubiese pedido el día libre, a mí me fue imposible en mi trabajo y entre que salí, me duché, me arreglé y fuimos para allá, llegamos con el evento empezado.

Cuando entramos, había silencio. Ya todo el mundo estaba sentado, atentos al discurso que estaba dando Óscar, el editor del libro. A los pocos segundos de llegar y sentarnos en un par de sillas que nos habían reservado, llegó el turno de Carla.

– Gracias por tus palabras, Óscar – dijo ella, mientras le miraba apuntando su voz al micrófono –. Creo que poco más puedo aportar a lo que ya has dicho. Este ha sido para mí un camino nuevo, emocionante, vibrante, sanador.

Carla continuó hablando, dando un pequeño discurso que ya había practicado en la intimidad

conmigo para que pudiera darle algún consejo a la hora de hablar para tanta gente. La vi tranquila, segura, y no se trabó ni una sola vez.

– Y ahora ha llegado el momento de leer unas cuantas líneas de la novela. No ha sido fácil elegir. No quería destripar nada, no lo he hablado con nadie de mi entorno, más allá de los miembros de la editorial, de qué va este libro. Y hasta dentro de un rato, cuando terminemos aquí, no estará oficialmente a la venta. Así que espero que os guste y, sobre todo, que os enganche.

A continuación, Carla se puso unas gafas que siempre sacaba de su funda cuando tenía que leer algo de cerca, abrió el libro por una página que tenía marcada, y comenzó a leernos un fragmento. Bruno me apretó la mano, ilusionado también:

– No lo sé. Hay mucho en qué pensar… ¿Crees en la reencarnación? – también me uní a la seriedad que exigía una pregunta así.

– Sí, claro. Sé que esta no es la primera vida que vivo y que tampoco será la última. ¿Y tú? – preguntó mientras me miraba curioso, como si la respuesta a aquella pregunta fuese a marcar un antes y un después.

– Con los años se me ha ido haciendo una opinión sobre esto. Y sí, creo que hemos vivido otras vidas y que una y otra vez coincidimos con almas que se cruzan en nuestros caminos sea en la forma que sea – lo pensaba de verdad, no era para impresionarle. Pero le impresioné.

De repente me estaba besando, como si con ese beso quisiera decirme algo así como: "pero tú, ¿de dónde has salido?". Los dos sentimos en ese momento que, en alguna otra vida, ya nos habíamos visto.

Y entonces, el mundo se paró. ¿Qué es eso que estaba escuchando? De repente, solté la mano de Bruno, dejé de prestar atención a mi hermana, y miré a un lado y al otro buscando alguna pista sobre el nombre de ese libro.

En esta o en otra vida, alcancé a leer en uno de los que acababan de exponer junto a nosotros. No me lo podía creer. Me levanté corriendo sin dar ninguna explicación para leer la contraportada. Noté cómo algunos me miraron sorprendidos por haberme movido cuando mi hermana no había terminado de leer. Cogí un libro expuesto y le di la vuelta.

Matilda quiere empezar de cero. Tras una ruptura y con toda la vida por delante, decide embarcarse en su propia aventura. Para ello, se despide de su familia y sus amigos con el fin de cruzar medio mundo y vivir la vida que siempre quiso. Por el camino se encontrará con gente nueva que le hará feliz y, también, tambalearse. Deseosa de encontrarse y conocerse mejor, coge un avión a Australia que le llevará a vivir la historia de amor de su vida. Lo que no sabe es si será el amor de esta vida, si lo fue en alguna pasada, o si lo será en la próxima.

"En esta o en otra vida" es una oda a las almas que permanecen unidas a lo largo del tiempo y de la existencia, sin importar el aquí, el allí, el mañana o el ahora.

Carla había escrito un libro sobre mí y sobre mi historia con Hugo. SOBRE MÍ Y SOBRE HUGO. Ese fragmento correspondía a la primera noche que pasamos juntos en su piso de Bondi. De repente, noté presión en el pecho, como si alguien me estuviera apretando muy, muy fuerte. Salí corriendo al baño, necesitaba respirar y mojarme un poco la nuca y las muñecas.

– ¿Estás bien? – oí cómo Bruno me gritaba tras la puerta.

– Sí, tranquilo, salgo en un segundo. Vuelve con todos.

Y sé que eso fue lo que hizo. Bruno confiaba en que, si algo me pasaba, se lo contaría. Aunque debo decir que no es tonto, y que cuando empezó a escuchar la lectura del libro, ya debía saber por dónde iban los tiros. Pero esta vez, ni yo misma sabía lo que me pasaba. El libro que había cogido para leer la sinopsis me acompañó al baño. Quise ojear un poco la historia para cerciorarme de lo que estaba ocurriendo.

Mi conversación con Nerea antes de irme, la fiesta de despedida, mi primer encuentro con Hugo, Rose Bay, el coche, la vuelta a España, la premier… Nos había cambiado el nombre a todos, pero era mi historia. Nuestra historia. No tenía claro si tenía ganas o no de estrangular a mi hermana. Estaba enfadada, no me había consultado. En plena rabia, Carla entró al baño. Me había visto levantarme y salir de allí. Debió ser Bruno quien le había chivado dónde estaba.

– No te enfades – suplicó.

– ¡¿Que no me enfade?! ¡¿Pero qué diablos has hecho?! – creo que nunca jamás, en la vida, me había sentido así con ella.

– Marina, esta historia vuestra tenía que permanecer en el tiempo – decía, tratando de convencerme.

– Sé que siempre te ha caído muy bien Hugo, y que desde que le conociste en Sídney estabas convencida de que él era el amor de mi vida, pero sabes por todo lo que hemos pasado, el daño que me hizo, las veces que no conseguimos que funcionara y que me rompió el corazón. Y aun así pensaste que sería buena idea escribir en trescientas páginas cómo tu hermana pequeña ha vivido años destrozada.

Y se hizo el silencio. Carla captó en mi tono, en mis gestos y en las lágrimas que recorrían mis mejillas, que tal vez no había sido tan buena idea, que quizá no le compensaba su aventura como escritora si el precio a pagar era perderme a mí. Y así, rompió a llorar ella también.

– Yo… solo… pensé que era una bonita forma de homenajearte a ti, a vosotros, a lo bonito de la historia que vivisteis. Fuiste mi fuente de inspiración.

Tras esas palabras, me limpié la cara, me miré al espejo, y salí del baño dejándola allí.

CAPÍTULO 15

– Nos vamos – sentencié.

Justo antes de soltar aquellas dos palabras me acerqué a Bruno, que estaba hablando con mis padres, y cogí de su mano mi abrigo y mi bolso, que había recuperado él de la silla donde los dejé. Antes de saber si me seguía o no, me di la vuelta y me dirigí a la salida del bar. Supongo que se quedaría despidiéndose y que tardaría unos minutos en unirse a mí.

Lo atravesé como pude, esquivando a la gente y tratando de no tirar los libros que estaban apilados para su venta. Miraba fijamente al frente, sin prestar atención a nada ni nadie de mi alrededor. Excepto por un momento, ese en el que miré mis pies para no tropezarme de nuevo con el escalón que me hizo caerme tiempo atrás, donde me recogió Bruno del suelo.

Cuando levanté la mirada para continuar con mi camino a la puerta del bar, que estaba a tan solo dos metros de mí, vi una silueta justo delante y tuve que parar para no chocarme varios pasos después. Reconocí el pelo, la forma de la cabeza, el ancho de los hombros y la postura erguida enseguida. Hugo me miraba fijamente, y vi que tenía el libro en la mano. *Va a ser que sí le viste la noche de la inauguración,* me dije a mí misma.

Y no pude decirme nada más. Le miré detenidamente. Lloraba, Hugo lloraba mucho, mientras cogía el libro con las dos manos y me lo mostraba. *¿Qué es esto, titi?,* preguntó con un pequeño hilo de voz que alcancé a oír porque todo el ruido que me rodeaba desapareció.

– No lo sé – no supe qué más contestar.

Estábamos ahí de pie, los dos, uno frente a otro tras tanto tiempo y tantas piedras con las que nos habíamos tropezado cayendo una a una sobre nosotros.

De repente, una mano en mi hombro me sobresaltó. Bruno me había alcanzado y por un momento sentí pavor por lo que aquella imagen le iba a hacer sentir a mi amor.

– ¿Marina? – su mano bajó de mi hombro a mi brazo y se puso junto a mí. Bruno fue testigo de cómo Hugo y yo nos mirábamos fijamente en silencio.

– Este es Hugo – le dije mientras levantaba mi mano para señalarle.

– Soy Bruno, encantado – y le tendió la mano. Hugo le acercó la suya y se saludaron.

El silencio era incómodo, yo no sabía si darme la vuelta y volver a entrar, dar a Hugo un puñetazo limpio, esconderme entre los brazos de Bruno o salir corriendo de allí.

– ¿Nos vamos? – Bruno me hizo esa pregunta mientras ponía su mano en mi espalda, pensando

que poner un poco de distancia me vendría bien.

– Sí – contesté sin dejar de mirar a Hugo. No pude evitarlo.

– Un placer, Hugo – y así, Bruno cogió mi mano y tiró de mí para que comenzara a andar y me puso el abrigo sobre los hombros para que no cogiera frío.

Y por mucho que pusiéramos la calefacción en el coche o me hubiese puesto una manta zamorana, el frío decidió instalarse en mis huesos un rato más.

***

Bruno condujo en silencio. Yo tampoco dije nada. No sabía qué decir. La radio sonaba, y la apagué porque me estaba molestando el ruido. Metió el coche en el garaje de mi bloque, subimos aún sin decir nada a mi casa y entramos en el salón. Dejé el abrigo en el perchero de la entrada, me quité los zapatos, y él hizo lo mismo. A continuación, me senté en el sofá apoyando mi cabeza en mis manos. Bruno me miró y se atrevió a ser él quien dijera las primeras palabras.

– ¿Quieres hablar? – y ahí estaba él, tan comprensivo, amable y defensor de las conversaciones incómodas para que las relaciones llegaran a buen puerto. Y yo, rompí de pronto a llorar.

– No sé ni por dónde empezar – confesé.

Y no era mentira. Primero, la discusión y el enfado con Carla, luego el encuentro inesperado con Hugo.

– Cuando tu hermana ha empezado a leer el fragmento de su libro no había caído. Pero cuando te has levantado de esa manera, has cogido el libro, y te has metido en el baño, he entendido todo.

– Ha usado mi historia, Bruno. Y no me ha preguntado. Ella sabe todo lo que ha pasado. Quizá sabe demasiado, por lo que parece.

– No creo que lo haya hecho para hacerte daño.

– Pero, ¡¿y por qué demonios quiere dejar tanta desgracia por escrito?! ¡¡Y sobre mí!!

Enseguida me arrepentí de haber usado ese tono con Bruno. Sabía que él solo trataba de ayudarme, así que me disculpé, pero estaban bailando por mi cuerpo y por mi mente demasiadas emociones a la vez, y me estaba siendo complicado contenerme.

– ¿Por qué lo interpretas así? Piensa que tu hermana ha encontrado en ti una historia digna de ser contada.

Me era imposible verlo de esa manera. Quizá tuviera razón y todas las vivencias con Hugo eran tan interesantes como para pasar a la historia. Pero no, no podía soportarlo.

– Y al ver a Hugo, ¿qué? ¿Sabías que estaría allí?

– Ni siquiera sabía que estaba en Madrid – le dije, aunque recordé que me pareció verle tiempo atrás un par de restaurantes más allá del bar de Santi –. No te lo conté cuando nos conocimos y hablamos de este tema, pero la noche de la inauguración del bar me pareció haberle visto charlando con dos clientes de un restaurante de allí cerca. Me dio la impresión de que les estaba atendiendo. Me miró, pero como no me dijo nada y luego desapareció, pensé que me había confundido. Por eso no volví a reparar en ello.

– ¿Cómo te sentiste tú? – me quedé en silencio sin saber qué contestar. Creo que no fui capaz de distinguir todos los sentimientos que pasaron por mi cuerpo en cuestión de minutos aquella noche. Al ver que continuaba en silencio, siguió –: Bueno, él puede que también esté dolido.

– ¿Cómo? – yo solo estaba cegada por mi dolor, incapaz de ver el suyo.

– Eso, que después de todo, esa historia fue de los dos, y ambos habéis tenido motivos para sentiros mal. ¿No crees? – su comentario me descolocó. Yo solo veía el dolor que Hugo me había causado a mí. No pensé en el que yo podía haberle causado a él –. Por lo que me has contado, no ha sido siempre él quien no ha querido continuar con vuestra relación. ¿Que ha sido un capullo? Sí, uno enorme. ¿Quién en su sano juicio deja pasar la oportunidad de estar al lado de una mujer como tú? ¡Nadie! – aquello me hizo esbozar una pequeña sonrisa. Bruno no dejaba de demostrarse que esa cara bonita vestida con un par de ojos verdes y ese moño rubio tan bien hecho tenían todo ahí dentro muy bien amueblado.

– Sigue – necesitaba seguir escuchando de alguien que no fuese mi propia voz interna lo que me estaba tratando de decir.

– Corrígeme si me equivoco, pero, ¿no fuiste tú quien se negó a pasar una noche con él en una visita a Madrid? – me hizo recordar la noche en la que nos tomamos una copa juntos y me ofreció vernos después de nuestras respectivas fiestas.

– Me daba miedo que me volviera a romper el corazón – me excusé.

– Y es completamente válido, pero, ¿le preguntaste en algún momento qué tal le sentó aquello?

No, la verdad es que no. Por un momento, las palabras de Bruno me hicieron sentir culpable.

– Y, ¿no fuiste tú la que se negó a empezar algo la última vez que os visteis después de ver la película de tu amiga? – Bruno no dejaba de mirarme a los ojos mientras me hablaba. Creo que, una parte de él, tenía un poco de miedo por cómo iba a tomarme yo su pequeño interrogatorio.

Y, de nuevo, *boom*. Desde mi posición, tenía razones de peso para haber tomado esas decisiones. Pero Bruno tenía razón en que yo no me había parado a pensar en cómo se había sentido Hugo después de todo aquello. ¿Acaso él se había preguntado cómo me había sentido yo en las demás?

– Vale, para, creo que es suficiente.

Aquello me superó. No podía quitarme a Carla de la cabeza, y reflexionar sobre si mis decisiones

habían hecho daño a Hugo o no, iban a provocar que me explotara la cabeza. Y, si me descuidaba, el corazón también.

– Es hora de dormir.

– ¿Quieres quedarte? – pregunté.

– Creo que es mejor que me marche – contestó –. A no ser que tú quieras que me quede.

Dudé, me parecía demasiado egoísta por mi parte que, después de todo, le exigiera que durmiera conmigo.

– Decide tú. Lo entenderé, sea lo que sea.

Y sin decir nada más, se dirigió a mi habitación mientras se quitaba el jersey y se desabrochaba la camisa. No dormimos abrazados, ni siquiera nuestros cuerpos se rozaron. Pero ahí estaba él, en señal de *no me he ido a ninguna parte.*

CAPÍTULO 16

Cuando me desperté, Bruno ya no estaba en casa. Comprobé tras levantarme de la cama que no estaba ni en el baño ni en el salón. Me apresuré a mirar mi teléfono.

Bruno
Buenos días.
Me he marchado sin
despertarte, recuerda
que había quedado con
mis padres para
desayunar.
Luego hablamos.

Mierda. El desayuno con sus padres. Después del jaleo de anoche no me acordé. Me molestó un poco que no me despertara para acompañarle, pero no le culpo por cómo fue la velada. Agradecí que, al menos, hubiese dormido a mi lado.

No te preocupes.
Discúlpame con ellos,
porfa. ¿Nos veremos
después? Dime que sí.

Vi que lo leyó enseguida. Se desconectó sin contestar. Seguí revisando el teléfono. Tenía varias llamadas perdidas de mis padres y de Carla.

Carla
Llámame, por favor.

Mami
Creo que tu hermana
se ha metido en un buen
jardín. Pero es tu
hermana. ¿Por
qué no habláis?
Te quiero.

Papá
Sé que ya te ha escrito
también tu madre.
Nos avisó ayer Bruno
de que llegasteis a casa,
pero agradeceríamos un
mensaje tuyo.
Te quiero, cariño.

Amaya
Me he metido en internet
para buscar el libro de
tu hermana ahora que ya
está a la venta. Mañana
a las 11 estoy en tu
casa.

Y el timbre sonó. Miré el reloj que colgaba de la pared sobre la estantería de libros y eran las once en punto. Abrí la puerta, Amaya me miró, y se abalanzó sobre mí para darme un abrazo. Cuando nos separamos, le pedí dos minutos para contestar a los mensajes de mis padres. El de Carla debía esperar.

– ¿Cómo es todo tan fuerte? – Amaya fue directa al grano.

– Y yo qué sé… no sabía nada de la trama del libro. Fue cuando se puso a leer un trozo cuando empecé a atar cabos. Por eso no me había dicho nada, ni siquiera el título del libro.

– La verdad es que es bonito.

– Sí que lo es – confesé, sincera.

Gasté varios pañuelos mientras hablábamos de mi nueva situación con Carla. Amaya sabía que nunca habíamos pasado por algo así, ni siquiera había habido discusiones tontas nunca entre las dos, y ella sabía que me iba a ser complicado gestionar esta situación.

– Y no te he contado lo peor.

– ¿Hay algo peor? – preguntó ella.

– Cuando salí corriendo del local ya para volver a casa, ¿adivinas quién estaba plantado en la puerta con el libro de Carla en la mano?

– NO – dijo tajante Amaya.

– Sí.

– No. No me lo puedo creer. ¡Esto da para una segunda parte del libro, amiga! – dijo entre risas para quitarle hierro al asunto. Debo confesar que yo también me reí.

Amaya pasó conmigo lo que quedó de mañana. Trató de distraerme, dimos un paseo, vimos un rato la tele y me estuvo contando algún que otro chisme que nos llevó un rato de investigación en Instagram. A la hora de comer se marchó con su marido y sus hijos, y yo seguía sin noticias de Bruno. Aunque Amaya hubiera cumplido con su misión de distraerme, Bruno no desapareció de mi cabeza. Ni Carla. Ni Hugo. Cada uno a su manera.

No tenía ganas de cocinar, así que llamé al restaurante chino de debajo de casa y bajé a los quince minutos para recogerlo.

– ¡Buenas tardes! – me dijo Fermín, el dueño del restaurante. Siempre me ha hecho gracia cómo adoptan nombres españoles cuando llegan a nuestro país, conscientes de que no seríamos capaces de pronunciar ni recordar sus nombres reales.

– Buenas tardes, Fermín – contesté sin ganas.

– Uy, uy… ¿triste hoy? – ¿tanto se me notaba?

– Ha habido días mejores – contesté sonriéndole levemente, tratando de hacer desaparecer sin éxito mi expresión, mientras pasaba la tarjeta por el datáfono.

Cogí la bolsa que estaba en el mostrador y subí a casa. De nuevo, comprobé mi móvil. Escribí a mis padres para que se quedaran tranquilos, aunque ya lo había hecho nada más leer sus mensajes. A ellos sí, a Carla no. Volví a abrir la conversación con Bruno. Estaba en línea, al igual que seguro que había estado otras veces durante la mañana, pero no me contestó. Mientras miraba la pantalla, *din din*, mensaje nuevo silencioso.

Hugo
¿Podemos hablar?

¿Me esperaba un mensaje de Hugo? Es posible. La idea de escribirle yo después del momento tan raro de ayer me rondó la cabeza, pero sentí que, de alguna manera, estaba traicionando a Bruno. Antes de contestarle, volví a su conversación.

Hola, mi amor.
¿Qué tal ha ido el
desayuno?

Opté por empezar por algo ligero, quizá mi intención era tantear cómo estaba el ambiente. Tampoco tenía muy claro qué quería decirle exactamente.

Bruno
Ha ido bien.
¿Qué tal tu mañana?

Bien, ha estado aquí
Amaya y ahora estoy
comiendo algo.

Silencio otra vez. En línea. Desconectado. Sabía que era normal que Bruno no se sintiera a gusto, pero necesitaba saber de él, ver si todo estaba bien. ¿Todo estaba bien? Dudé.

Estás libre hoy, ¿no?
¿Te apetece que pasemos
la tarde juntos?

A lo mejor le hablé demasiado normal desde la noche anterior para las turbulencias que nos estaban azotando. Por fin, un mensaje de Bruno.

Bruno
Sí, hoy no trabajo.
Pero tengo planes esta
tarde, voy a pasar los
próximos días libres a la
Sierra. Me vendrá bien.
Creo que va a ser mejor
que no nos veamos hasta
que estés más tranquila.

Y… boom. Ahí estaba. El Bruno comprensivo y amable estaba en su derecho de sentirse dolido. Y eso me dolía a mí también.

No tengo dudas contigo,
Bruno.

Bruno
Hablamos cuando
te aclares con todo
lo demás.

¿Con todo lo demás? ¿Le rondaría la cabeza que Hugo seguía en ella y me hacía estar confusa? Caí entonces en la noche anterior. Cuando Bruno salió del bar, la estampa que se encontró entiendo que no fue su favorita. Hugo, el antiguo amor de su novia, frente a ella. Yo, mirándole fijamente. Y los dos, llorando como magdalenas sin expresar palabra. ¿Quién no habría huido de allí evitando salir herido de la explosión inminente? Quizá era momento de tener una conversación con Hugo.

Hola. ¿Te acercas
a casa esta tarde?

CAPÍTULO 17

No tenía muy claro qué es lo que tenía que hablar con él. Tampoco qué era lo que él tenía en mente que debíamos hablar. Reconozco que antes de enviar ese mensaje a Hugo, lo borré y lo escribí unas quince veces. Me asustaba un poco el encuentro, teniendo en cuenta el de la noche anterior.

Recogí los táperes de comida, guardé lo que no me comí en la nevera y recogí un poco la mesa y la cocina. Aproveché para poner también un poco de orden en el resto de la casa. Ya sabes que mi cuarto puede ser un desastre, pero la zona del salón y la cocina tengo que verla siempre ordenada. Así que quité un par de trastos que había por ahí, doblé la manta y me senté en el sofá.

Hugo
¿Estás ahora?
¿Te va bien?

Vale, bien, cuanto antes, mejor. Accedí a su propuesta con un mensaje de vuelta y me dijo que estaría en casa en media hora. Esa media hora pasó como si hubiesen pasado tres. Al rato, sonó el telefonillo. Ni siquiera pregunté quién era, y pulsé el botón de abrir. A los dos minutos, el timbre. Din, don.

– ¿Carla? – me quedé helada.

– No me coges el teléfono y no contestas a mis mensajes. Me voy a volver loca – y entró en casa casi empujándome para no dar opción a que le cerrara la puerta en las narices.

– No es buen momento, Carla – dije tajante.

– No pienso irme de aquí sin hablar contigo antes.

– De verdad, no es buen momento – me vio tan seria y nerviosa que me miró fijamente.

Y el telefonillo sonó de nuevo. ¿Otra vez dos frentes abiertos en el mismo momento, y en el mismo lugar?

– ¿Esperabas a alguien? – preguntó, sintiéndose un poco culpable por aparecer sin avisar.

– Sí.

Y sonó el timbre de casa. Me acerqué a la puerta sin saber muy bien cómo gestionar los siguientes minutos. ¿Sería Hugo o tendría otra sorpresita? *Solo falta Bruno,* pensé. Cogí aire,

miré de nuevo a Carla con un mensaje silencioso que decía *tienes que marcharte*, que ella captó al momento. Ya tendríamos tiempo de hablar. Además, necesitaba calmarme con ese tema y cerrar los asuntos poco a poco.

– Hola – dijo Hugo cuando le abrí la puerta. Estaba cabizbajo, con la mirada triste. Le vi más alto de lo que recordaba –. Vaya, hola Carla – por un momento creo que la fulminó con la mirada. El libro iba sobre mí, sí, pero también iba sobre él, aunque en lugar de Hugo, el protagonista se llamara Héctor. Matilda y Héctor, Marina y Hugo.

– Hola, Hugo. Creo que es mejor que me marche…– leí un *lo siento* en los labios de Carla cuando pasó por su lado para salir por la puerta. Él se apartó para dejarla salir sin decirle nada y volvió a mirarme.

– ¿Pasas? – le ofrecí.

Hugo entró a aquel piso que ya conocía. Vi cómo miraba atento a su alrededor en busca de algún cambio. O, quizá, buscaba que todo siguiera igual a como lo recordaba. Se quitó el abrigo y me preguntó dónde dejarlo. *Trae*, le dije, y lo dejé sobre el respaldo de una de las sillas del comedor. Estando los dos en silencio, se sentó en el sofá. Yo, sin más opciones porque solo tenía uno, ese azul que no me gustó mucho cuando me instalé, pero al que terminé cogiendo cariño, me senté al otro lado del sofá. No me senté cerca, se podría decir que estábamos cada uno en una punta.

– ¿De verdad no sabías nada? – se atrevió a preguntar.

– De verdad que no. Sí sabía que Carla estaba escribiendo un libro, pero no quiso dar ninguna información a nadie. Me dijo que era una sorpresa. Y ya te digo que sí lo ha sido…

– ¿Qué tal te ha sentado? – quizá Hugo sí se preocupaba a veces por cómo me sentía después de cada *clac* que había oído en mi interior. Vi cómo me miraba después de la pregunta, ansioso de una respuesta.

– No tengo ni idea – le dije, acompañado de un suspiro. Era verdad. Estaba enfadada con mi hermana, pero lo que me dijo Bruno al llegar a casa después de todo el follón me había hecho pensar. ¿Acaso era cierto que nuestra historia era digna de recordar? – ¿Cómo es posible que estuvieras allí?

– Te vi en la puerta del bar aquella noche. Era yo, aunque sé que dudaste por cómo me comporté – Hugo siempre parecía que sabía leer mi mente –. Después de cómo nos despedimos en el hotel, no tenía muy claro qué hacer. Así que volví dentro del restaurante. Después vi el anuncio de tu exposición, fui yo quien compró el dibujo de los *cliffs*, lo tengo puesto en el salón – claro, aquella pegatina que mostraba que ese dibujo ya tenía dueño era por él –. Pasé a echar un vistazo antes de entrar a trabajar, tú aún no habías llegado. Luego, tiempo después, vi que habían puesto un par de carteles sobre la presentación de tu hermana. Pasé por allí tratando de ser discreto, no quería líos y tampoco que me vieras, pero cuando vi de qué iba, compré el libro, eché un ojo… no pude marcharme de allí sin verte.

– ¿Estás trabajando ahí? ¿Vives en Madrid?

– Sí – aquel *sí* me cayó como un jarro de agua fría. Hugo estaba viviendo en Madrid y yo no lo sabía. Cuando volví a casa después de la película y estuve hablando con Harrison en su terraza, yo solo me preguntaba cómo era posible llevar bien una relación a distancia porque estaba convencida de que Hugo no se volvería a separar de su *tierriña*.

– ¿Cómo no me lo dijiste?

– ¿Cómo te lo iba a decir? Te fuiste del hotel aquella noche dejando muy claro que no podía pasar nada. ¿Qué sentido tenía volver a revolverlo todo?

– Quizá era nuestro momento – dije sin pensar. Y me arrepentí nada más pronunciar esas palabras. Que aquello hubiese prosperado significaba que Bruno no formaría parte de mi vida. No como lo hacía en ese momento, al menos. Sí, habríamos vuelto a coincidir, pero me habría visto con Hugo cogido de mi mano en la inauguración del bar y nunca más habríamos vuelto a vernos.

En ese momento, mi mente empezó a divagar. Había oído hablar del *multiverso*, incluso vi una película que lo explicaba perfectamente, de esas que te dejan con el runrún en la cabeza. El *multiverso*, por si es la primera vez que escuchas (o lees, en este caso) este término, consiste en que es posible que no solo exista el universo en el que estamos, sino que podría haber más. Cada uno de ellos se habría formado en función de las decisiones que tomamos, desde las más grandes a las más pequeñas. Algo parecido al *efecto mariposa*, que dice que cualquier pequeña acción puede cambiar el rumbo de nuestras vidas. Y me puse a imaginar en mis diferentes multiversos.

Imaginé, primero, cómo habría sido mi vida si Fer no hubiese desaparecido de ella. Tuve claro que habría sido una infeliz. Cabían varias posibilidades: por un lado, que yo hubiese vivido años y años ajena a su doble vida. *Ojos que no ven…* Por otro lado, que, aun descubriendo el pastel, hubiese continuado con aquella historia. Ahora, sabiendo todo lo que sé, me chirría, pero recordé cómo la fuerza que ejercía Fer sobre mí era a veces irrefrenable. Otra opción era que, sin haber descubierto todo el embrollo con unas y con otras, hubiese hecho caso a mi intuición y, cansada de tantas mentiras, le hubiera enviado a tomar vientos. ¿Qué sería de mí ahora si hubiese elegido cualquiera de las opciones en las que Fer siguiera a mi lado?

Imaginé, también, cómo habría sido continuar con Lucas, aquel chico con el que salí tres meses antes de que Hugo me enviara un mensaje queriendo verme para decirme que quería estar conmigo. Casada y con hijos, lo vi claro.

Finalmente, mi mente estuvo a punto de plantear las diferentes opciones con Hugo, pero interrumpió mis pensamientos

– ¿Qué crees que hubiese pasado? – preguntó, y así, en lugar de hacerlo en mi mente, empecé a divagar en voz alta.

CAPÍTULO 18

– ¿Si me hubiese quedado esa noche en el hotel?

– Sí. Sabrías entonces que vivo aquí y que las cosas podrían ser más fáciles.

– No creo que me hubiese conformado con un *más fáciles* – confesé –. Habría necesitado que fuesen fáciles, sin más.

– Ya me entiendes…

– No, la verdad es que no – soné menos seca de lo que me has leído en tu mente – ¿Qué crees tú?

– Que ahora viviríamos juntos, que nos casaríamos pronto, y que formaríamos una familia.

Silencio, otra vez. ¿Una familia juntos? Me quedé mirándole porque no era esa la respuesta que esperaba.

– ¿No lo crees? – preguntó al ver que seguía callada.

– No sé qué decirte… – Hugo se acercó un poco más a mí, fruto de que el ambiente parecía estar menos tenso que cuando llegó –. Siempre que pienso en nosotros hay mil dudas rondando mi cabeza.

– ¿Dudas de qué?

– De si todo lo que nos ha ido pasando volvería a ocurrir.

– No tendría por qué.

– A los hechos me remito… – recordé entonces lo que hablé con Bruno al llegar de la presentación del libro sobre los sentimientos de Hugo –. ¿Tú alguna vez te has sentido roto por dentro por todo esto?

– Muchas – dijo sin pensar. Las palabras de Bruno de la noche anterior sobre este tema me hicieron ser consciente de que me había centrado en mí, en nadie más.

– Explícate – le pedí, tímida, sabiendo que estaba a punto de escuchar las consecuencias que mis actos habían tenido. Y esto, sabrás, nunca es plato de buen gusto.

– Pues… cuando volviste a España me quedé hecho polvo. Sé que yo luego te lo hice a ti cuando te conté que mi vida siguió y que conocí a otras personas, ajeno a la relación que abrió un paréntesis al subirte a aquel autobús. Pero yo también sufrí cuando te fuiste, ¿sabes? – me conmovió el tono que estaba utilizando. Era la primera vez que Hugo me decía algo así.

– Sabías que tenía que volver. Tú también ibas a irte. Quedarnos los dos en Sídney no fue nunca una opción.

– Lo sé, y no te lo reprocho. Luego, cuando ya viviendo en Madrid te mandé aquel mensaje para vernos, fue porque unos días antes Rubén me contó que estabas con alguien. Se enteró porque, casualmente, os vio cenando en un sitio que él solía frecuentar – no tenía ni idea de aquello –. Sé que estabas en tu derecho. Yo no tenía ninguno a reprocharte nada, fui yo mismo quien no quiso tener algo más unos meses antes. Pero como te dije en su día, tuve que perderte para valorar lo que tenía. Pero bueno, esta vez me merecía el sufrimiento – dijo mientras se reía flojito.

– Nunca me paré a pensar en esto – contesté a su discurso –. Nunca fui consciente de que tú te llevaste tu parte de dolor contigo. Esto nunca lo habíamos hablado.

– Lo sé. Empezamos a salir y pensé que no había cabida a cosas tristes. Te había recuperado y no quería nublar el ambiente.

– ¿Y después de romper?

– Cuando desaparecí estando en Punta Cana porque Laura se había presentado allí por sorpresa fui un completo gilipollas, lo sé. Y ahora miro atrás y creo que tanta insistencia la noche de la fiesta de Rubén estuvo un poco fuera de lugar.

– ¿Fuera de lugar?

– Había sido yo quien te había dado plantón la vez anterior, y no paraba de pedirte que pasáramos la noche juntos. Es cierto que me moría de ganas en el momento. Sentí cómo éramos *nosotros* otra vez mientras nos tomamos esa copa juntos.

Fue extraño oír un *nosotros* refiriéndose a nosotros después de tanto tiempo. Me hizo sentir algo incómoda. *Nosotros*, ahora, éramos Bruno y yo.

– ¿Y qué tal te sentó mi negativa? – ahora fui yo la que reí leve, sin pensar. Ver desarrollada la historia otra vez, grano a grano, ahora desde su punto de vista, me hizo ver que ese *algo más fáciles* del que hablaba Hugo al principio no era tan complicado de cumplir.

– ¿Te soy sincero?

– Por favor – le dije.

– Me destrozó, pero al mismo tiempo lo entendí. Me sentí como si me hubiesen dejado con la miel en los labios. Estabas tan guapa, riendo y recordando, que por un momento vi que era el momento de intentarlo. Ya veríamos cómo.

– Esa noche tuve que elegir quererme un poco.

– Ya lo sé, por eso no volví a insistir.

Y ya solo quedaba una situación del pasado que me provocaba mucha curiosidad. Hugo se

disculpó para ir al servicio un momento. Cuando volvió, se sentó un poco más cerca de mí. Nuestras rodillas se rozaban.

– ¿Quieres saber cómo me quedé después de la noche del hotel? – le miré a esos ojos que otras veces me habían hecho temblar, y asentí con la cabeza –. Completamente devastado.

Aquellas dos palabras me atravesaron como si me hubiese disparado a matar. Cuando me fui del hotel, orgullosa de haberme hecho valer, ni por un segundo me planteé si dentro de aquel *hall* tan bonito había hecho eco un *clac* o no.

– Nunca volviste a escribirme – dije, creo que intentando justificar que yo no hubiese sido empática en aquel momento.

– ¿Para qué? Tú ya habías tomado una decisión y la noche de la fiesta que al final te fuiste a casa aprendí que no soy nadie para tratar de cambiar tu parecer. Hice lo que pude mientras te tenía delante. Una vez te fuiste, ya era cosa tuya.

Mientras le escuchaba, cerré los ojos y mi mente y mi corazón viajaron a Australia. A cuando nos conocimos, a cuando se abría en canal contándome su vida, sus inquietudes, su historia. Sentí dentro de mí un revuelo de emociones que por un rato me confundieron y me llevaron a mis veintipocos años, colada de amor hasta los huesos del hombre que en ese momento tenía delante. Abrí los ojos y le tenía frente a mí, tan cerca, que no controlé los movimientos que mi cuerpo hicieron a continuación.

Me levanté un poco acercándome a él, le miré fijamente durante un par de segundos, y me acerqué tanto, sin pensar, que sus labios y los míos chocaron. Le besé, sí. Besé a Hugo, presa de la montaña rusa en la que llevaba subida desde la noche anterior. Hugo me respondió al beso, agarró mi cara con sus dos manos como solía hacerlo en el pasado, y me supo al Hugo de siempre. A mi Hugo. Olvidé durante unos instantes dónde estaba, qué día era, y que esos labios no eran los labios que me habían besado con tanto amor la tarde anterior. Su olor a él volvió a mí.

¿Sabías que los olores nos traen más recuerdos que las imágenes? Sí, podemos ver una foto de un viaje, pero si nos llega el olor a sus calles, nuestro cerebro es capaz de llevarnos a ese lugar más que con lo que nos ha regalado la vista.

Varios segundos después, enredados el uno con el otro, noté cómo la cosa iba yendo a más. Sentí sus manos frías colándose tímidas bajo mi sudadera. Mi mente quería frenar, pero mi cuerpo no me hacía caso. *Para, Marina,* me decía a mí misma continuamente. Aquello no estaba bien. Con un gesto, Hugo me colocó sobre él, de rodillas, con mis piernas a ambos lados de su cuerpo. No paramos de besarnos ni para respirar. ¿Estábamos, acaso, volcando en un beso todos los que habíamos ido coleccionando durante todos estos años? Hugo me acarició la espalda, ya sin dudar, por debajo de la ropa y me separé un poco de él para mirarle a la cara. Su lunar en el tabique de la nariz seguía en su sitio. Sus ojos color café mostraban deseo, mucho deseo. Pero esa no era la cara que yo debía estar sujetando con mis manos. Y, de un salto, me separé de él.

Hugo se quedó atónito, no entendía por qué me aparté si hacía un momento nuestros cuerpos estaban a punto de dejar de ser dos, para ser uno.

– No puedo. No puede ser. Esto no está bien. Vete, por favor.

– Pero…

– No. Ya no más. Siento mucho que nuestra historia no haya encontrado su lugar en esta vida. Siento también que mi hermana lo haya dejado por escrito para el resto de la eternidad. Siento todas las veces que pareció que sí, pero no, y todo el daño que yo haya podido causarte. Pero no, Hugo. *Nosotros* ya se terminó.

Me miraba sin parpadear. ¿Otra vez había sentido él un *clac* en su interior?

– Estoy con Bruno. Esto está mal.

Hugo se levantó del sofá, se colocó la ropa y se tocó los labios, algo hinchados por el desenfreno que habíamos vivido hacía tan solo unos pocos segundos. Se acercó en silencio a la silla del comedor donde yo había dejado su abrigo al llegar. Fue hasta la puerta sin mirarme, en silencio, hasta que, ya con la mano en el pomo, dispuesto a abrir, dirigió hacia mí esos ojos color café que un día marcaron un antes y un después en mi vida, y dijo:

– Lo he leído. He terminado el libro de tu hermana. Anoche no pude parar de leerlo y me lo bebí en unas cuantas horas. Deberías hacerlo tú también. No todo ha sido tan horrible, ¿sabes? Y tampoco tu hermana es el demonio. Ha puesto con palabras y sobre unas cuantas páginas la historia más bonita e intensa que he vivido nunca. Nos hemos hecho daño, sí, pero también nos hemos querido mucho. No voy a buscarte más, no voy a escribirte, y si nos encontramos por ahí te sonreiré de lejos y solo me acercaré a saludarte si veo que es lo que tú también quieres. Sé feliz, titi, yo lo he sido, y mucho, contigo.

Y así, con aquel discurso que me dejó sin aire hasta que dejó de hablar, sentí cómo mi capítulo (o, mejor dicho, novela) con Hugo se cerraba a la vez que él cerraba la puerta tras de sí. Noté cómo todas las grietas que había en mi corazón después de tantos años, y tantos encuentros y desencuentros, empezaban a curarse. Ya sabía yo que enterrar tantos sentimientos para no verlos no iba a solucionar nada, y que sin las manos de todos los que lo habían roto, iba a ser imposible volver a poner todos los pedacitos juntos de nuevo.

CAPÍTULO 19

En cuanto Hugo salió por la puerta abrí el grifo de la bañera. Necesitaba darme un baño de pies a cabeza, meterla en el agua para no oír ni mis propios pensamientos.

Me quité la ropa y la eché al cesto de la ropa sucia. Sucias, así estábamos mi ropa y yo. Una sensación de culpabilidad me inundó tanto como lo estaba la bañera, casi hasta arriba de agua. Froté mi cuerpo con la esponja con la esperanza de que el olor a Hugo desapareciera.

Tras varios minutos más allí, me sequé el cuerpo con la toalla y comprobé en el espejo que mis labios ya no tenían señales del beso tan apasionado que me había dado aquella tarde. Me vestí, me calcé, metí un par de mudas y camisetas en una mochila y me dispuse a bajar al garaje. Me percaté, justo antes de cerrar la puerta, de que mi hermana Carla había dejado algo sobre la mesa encimera de la cocina, justo al lado de la entrada. Era su libro. Volví a meterme en casa y lo abrí por la primera página. Había una nota dentro.

Mi querida hermana,

Creo que nunca fui plenamente consciente de las repercusiones que esta novela tendría en ti, en nosotras. Nunca imaginé que podría separarnos de esta manera.

Léela, te lo suplico. He plasmado todo el amor que me has transmitido lo mejor que he podido, y sabrás mejor que nadie que, dentro de tanta angustia y momentos dolorosos, también hubo un poco de luz.

Yo no sé si habrá otras vidas, esto siempre ha sido más cosa tuya, pero yo, que estoy ahora mismo en esta, no puedo imaginármela sin ti.

Por favor, dedica un poco de tiempo a ver qué hay entre estas páginas.

Estaré esperando tu llamada.

Te quiero,

Carla

Esa nota me hizo llorar. Me pregunté en ese momento cómo era posible que unos días atrás mi mente y mi cuerpo se sintieran en paz, viendo que todo estaba bien, y que ahora un huracán

hubiese pasado sobre mí, poniendo patas arribas tantísimas cosas. Metí el libro en la mochila, volví a abrir la puerta, y bajé al coche. Arranqué y, sin GPS y con la música a tope para no oír nada más que las letras de mis canciones favoritas, metí primera y me dispuse a conducir durante un largo rato.

***

Cuando llegué a la puerta ya estaba anocheciendo. Vi desde fuera las luces encendidas, tranquilizándome de que no me encontraría la casa vacía. Abrí la puerta del jardín y caminé hasta la entrada.

El timbre nunca funcionó, así que cogí aire antes de posar mis nudillos en la puerta de madera. Tardé varios segundos en golpearla. *Toc toc.* Salía entre las rendijas un sonido agradable, la música dentro de la casa estaba lo suficientemente alta para que se escuchara desde fuera. Nadie abrió, quizá no me hubiese oído. *Toc, toc*, de nuevo.

– ¿Hola? – Bruno me sobresaltó, oí su voz detrás de mí. Me giré todo lo rápido que pude. Al verle, mi corazón empezó a correr. Y en mi cara se dibujó una sonrisa que él pudo captar. No lo pensé y me eché a sus brazos. Lo abracé tan fuerte que creo que me hice daño.

– He oído un coche llegar, pero no pensé que fueras tú. Estaba detrás cogiendo algo de leña – antes de empezar a darme estas explicaciones, se había separado sutilmente de mí, como pudo, con la leña en las manos –. ¿Quieres pasar?

Le seguí hasta el salón, donde dejó la leña que había recogido y, estando los dos en silencio, dedicó los siguientes minutos a reavivar el fuego de la chimenea. La temperatura dentro de la casa era agradable, se agradecía el calorcito tras el frío que había dejado al otro lado de la puerta. Mi cuerpo temblaba un poco, pero no era porque necesitase entrar en calor. Esperé a que terminara sentada en el sofá y, cuando acabó, se sentó en el puf que estaba al otro lado de la mesita de café.

– ¿Quieres algo? – preguntó.

– No, gracias. Bueno, lo que quieras tú.

– Sirvo un par de copas de vino – y se levantó a la cocina. No sé si le apetecía ese vino o si trataba de retrasar lo máximo posible la conversación conmigo. Volvió con dos copas llenas y las dejó sobre la mesa. Cogió una de ellas y me la ofreció.

– Gracias – le dije.

El ambiente estaba tenso, podíamos notarlo los dos. Me miraba, esperando a que fuese yo quien rompiese el silencio.

– ¿Y bien? – al final, lo hizo él.

– Lo siento. Siento todo – no supe más qué decir, y ese *todo* incluía más cosas de las que el propio Bruno sabía.

– ¿Sabes por qué me fui y no he querido verte?

– Me dijiste que tenía que aclararme.

– Sí. Porque te pregunté qué sentiste al ver a Hugo y nunca me contestaste.

Cierto. No me había dado cuenta. Quizá en el momento no supe qué responder, porque no supe cómo explicar lo que sentí, y me puse a hablarle de otra cosa.

– Perdóname. Fue una noche muy intensa y no supe cómo hacer – confesé avergonzada, aunque era cierto que estaba muy confusa, con todo –. Y respondiendo a tu pregunta… cuando le vi sentí cómo toda nuestra historia caía sobre nosotros. No esperaba verle allí. Y, además, estaba lo del libro de mi hermana.

– ¿Por qué te ha molestado tanto? ¿Acaso lo has leído? – sentí una punzada tras escuchar sus preguntas. Yo me sentía con todo el derecho a estar molesta. ¿Él no pensaba igual?

– Porque me sentí traicionada, Bruno – mi semblante cambió, volviéndose serio –. Yo le había contado todo a Carla en confianza, de hermana a hermana, no para que lo contara a los cuatro vientos como si fuese la exclusiva de una revista.

– Pero, ¿qué más te da? ¿Tanto te remueve todo esto?

No sabía cuándo sería el momento de contarle a Bruno lo que había pasado esa tarde. ¿Era hoy el momento? ¿Quizá más adelante?

– Sí, ya lo sabes. Me da rabia, me da pena, pero no puedo controlarlo. No podía, al menos.

– ¿Ha cambiado algo? – preguntó curioso al leer entre líneas.

– He visto a Hugo.

– Sí, le viste ayer en la puerta del bar.

– Sí, y también le he visto esta tarde – Bruno se levantó de donde estaba sentado, pude ver cómo se ponía nervioso, cogió su copa y dio un sorbo, como preparándose para lo que podría escuchar.

– ¿Y? – preguntó impaciente.

– Me dijiste que no volviera hasta que estuviese aclarada, y eso he hecho. Hugo me escribió para vernos al poco de marcharte de casa, y no vi ningún motivo para retrasar lo irretrasable – ni siquiera estaba segura de que esa palabra existiera, pero me pareció oportuno explicarle por qué habíamos quedado –. Ha venido a casa y hemos estado hablando.

Bruno me miraba atento. Se había vuelto a sentar en el mismo sitio, ni cerca ni lejos. Cuando llegué llevaba el pelo suelto y aprovechó ese momento para recogérselo en un moño. Eso es lo

que hacemos todos a veces cuando nos ponemos nerviosos. Le observé mientras lo hacía y no pude evitar mirarle con más amor del que traía.

– En resumen… hemos cerrado el capítulo – sé que esperaba más porque seguía notándole tenso y no dijo nada –. Hemos hablado de todo: de las heridas que estaban aún sin cerrar, de cómo estaba él, de cómo estaba yo. Me hiciste pensar cuando hablamos del daño que podía haberle causado yo, y hemos estado un rato charlando sobre ello. Tenías razón, no fui yo la única que sufrió – vi cómo hizo un pequeño gesto de orgullo, viendo que tenía razón –. Nos hemos disculpado el uno con el otro, y hemos dado por zanjado el tema. Se ha leído el libro, dice que no es tan horrible.

– ¿Tú lo has leído?

– No, pero Carla ha pasado por casa esta tarde y me ha dejado uno en la encimera.

– ¿También has hablado con ella?

– No, llegó en mal momento. Todo a su debido tiempo – no me vi capaz de hacer todo a la vez.

– Entonces… ¿estás bien? – preguntó, tanteando el terreno para ver qué hacer después.

No le contesté. Directamente me dejé caer al suelo para quedar a su altura, estando él sentado en el puf, y me colé entre sus piernas. Estando de rodillas, se irguió un poco y no se opuso a que ocupara ese lugar. Lo abracé con todas mis fuerzas, y él hizo lo mismo.

– Tenía miedo de que te removiera tanto que nunca volvieras.

– Eso, ni pensarlo.

Y nos fundimos en un beso precioso, suave y largo. No nos movimos de ahí, me dio igual que me dolieran las rodillas de sujetar mi cuerpo en una posición tan incómoda. Me sentía en casa. Bruno separó sus labios de los míos, me miró directamente a los ojos con ese verde tan bonito y juntó su frente con la mía, cerrándolos de nuevo. Sentí su aliento cuando sonrió.

– ¿Ya está, entonces?

Oh, no. Aún faltaba lo peor. No tenía claro si quería soltar, retrasar u omitir el resto de información. Pero no me sentiría a gusto si, al superar esto, lo hiciéramos con mentiras de por medio. Ahora, la que volvía a sentir miedo, era yo.

– Espera… hay algo más.

CAPÍTULO 20

Llegó julio. Siempre me ha encantado el verano, aunque con los años descubrí que me estaba haciendo mayor, que donde se encontrase un destino fresco donde huir del calor aplastante de Madrid, que se quitara lo demás. Y ese año, con un par de sobrinos más, tenía algo especial.

Durante el inicio del año habían pasado muchas cosas. Tras dos meses sin hablar con Carla, con todas las consecuencias en la familia que esto había tenido, finalmente tuvimos una conversación que era más que necesaria. No fui yo, ni fue ella, las que dimos el paso para juntarnos y hablar. Mi madre nos engañó. Nos mandó un mensaje para ir a casa, asegurándonos que la otra no estaría. Carla tampoco quería verme, aunque la que estuviese enfadada fuese yo. Sabía que la tensión podía cortarse con un cuchillo y quiso evitar a toda costa que salpicara a los demás. Yo, por mi parte, nunca me veía preparada.

La tarde que mamá me envió el mensaje, me presenté enseguida en su casa. Cuando se abrió la puerta, no era su cara la que me recibió, era la de Carla.

– ¿Qué haces aquí?

– ¿Y tú?

– Mamá… – dijimos al unísono.

Como si la hubiésemos invocado, apareció por detrás de ella con su sombrero de primavera puesto, agarró a mi padre del brazo y salió de casa pasando por nuestro lado.

– Tenéis toda la tarde, que nosotros nos vamos a tomar un café y al teatro – dijo sin darnos opción a réplicas, y se metieron en el coche.

– No te preocupes, ya me marcho – dijo Carla, apurada, mientras miraba al suelo.

– No, tranquila. Hablemos.

Y pasamos las dos siguientes horas sentadas en el sofá. Su libro no había salido de mi bolso desde que lo metí, ni siquiera para leerlo. No tenía ganas, ya bastante se habían removido las aguas, y al dar por terminada la historia con Hugo, no me apetecía revivirlo todo otra vez. Durante la conversación se disculpó un millón de veces, y yo terminé disculpándome también por haber estado dos meses separada de ella.

También durante la conversación, me pidió que sacara el libro del bolso. Me animó a leer algunos fragmentos concretos, hizo anotaciones, y comentamos algunos momentos que me mostró entre los capítulos. Mi negativa a leerlo me la tuve que comer. No la paré porque

comprobé que no había sido tan grave volver a pasar por tantos momentos de mi pasado. Creo que fue la forma de comprobar que, realmente, Matilda y Héctor, Marina y Hugo, habían, definitivamente, terminado.

Mamá y papá volvieron a casa. No habían estado en el teatro, fue una mentira piadosa que nos dijeron para que no estuviésemos atentas al reloj. Llegaron, y nos abrazamos los cuatro como solíamos hacerlo a veces.

***

– ¡¡Llego en cinco minutos!! – gritó Paola desde el otro lado del teléfono. Amaya, Lara y yo estábamos ya montadas en el coche esperando para salir de viaje. Siempre impuntual, era parte de su esencia.

Ya entrado el verano, las chicas y yo habíamos planeado un fin de semana largo para poder hacer juntas una escapada. Hacía mucho tiempo que no hacíamos un plan así y nos moríamos de ganas las cuatro. Lara tenía una casa en Somo, cerca de Santander, que se había comprado con Jaime, su marido, y nos ofreció pasar allí esos días. Obviamente, ninguna se negó. El trayecto fue divertido. Largo, pero divertido. Condujo Amaya durante todo el camino y tras varias horas de charlas, canciones y conversaciones profundas, llegamos a la urbanización. Se trataba de un conjunto de chalets adosados de color naranja que daban un aire alegre al cielo gris que nos había recibido.

– No os preocupéis, que esto cambia en un rato – nos auguró Lara, conocedora del clima de la zona.

Descargamos el coche, deshicimos las maletas y, al rato, salió el sol. Era la hora de comer, así que buscamos un chiringuito en la playa donde reponer fuerzas para, a continuación, torrarnos en la arena. Pedimos una paella de verduras, y yo en ese momento me sentí radiante.

– ¿Pedimos una botella de vino? – preguntó Amaya.

– Yo creo que prefiero un tinto de verano, que cerca del mar, apetece – comentó Paola.

– Voto por una jarra de tinto de verano – dije yo, mientras levantaba la mano.

– Yo creo que voy a pedir agua, chicas – contestó Lara mientras seguía echando un vistazo a la carta, aunque ya tuviésemos claro qué íbamos a comer. Cuando levantó la mirada, consecuencia del silencio que se hizo, nos miró a las tres.

No hizo falta decir nada más. Movió su cabeza asintiendo, sonriendo, terminando con todas las dudas que revoloteaban por nuestra mente, mientras sonreía y llorábamos todas de emoción. Gritamos las cuatro a la vez, celebrando la pequeña vida que Lara llevaba en su interior.

– No os había dicho nada cuando me enteré porque queríamos esperar, y quería retrasar el fin de

semana del viaje para poder decíroslo tranquila, pero claro, como era tan complicado cuadrar, no podría pasar estos días sin deciros nada.

La comida se convirtió, sin haberlo planeado, en una celebración. Lara y Jaime se habían casado hacía dos años y llevaban desde entonces tratando de ser padres. Sabíamos que les estaba resultando complicado, pero también sabíamos que harían lo que fuera necesario para tener un bebé. Brindamos con tinto de verano y agua, y aquel choque de copas dio comienzo a un fin de semana de amigas. De los de verdad.

El sol no nos abandonó, y una brisa hizo que estar en la playa de Somo fuera soportable. Siempre hemos sido de tumbarnos en la arena, pero ya había llegado el momento de plantar la sombrilla y sentarnos en sillas, como las señoras mayores que éramos. Nos dimos unos cuantos baños en el mar congelado del norte para refrescarnos, jugamos a las palas, nos hicimos unas cuantas fotos y disfrutamos como enanas de aquel tiempo juntas.

Un chico que no conocíamos de nada se acercó a nuestra sombrilla.

– ¿Qué pasa, chicas? ¿Tenéis plan para esta noche? – era muy típico, como en muchas otras playas, que los chicos relaciones públicas de los garitos se pasearan por allí tratando de captar clientela y nuevos jóvenes que fuesen a tomar una copa, perdidos sin saber dónde ir.

– ¡Gracias! Quizá mañana, hemos llegado hoy y tenemos pensado tener la noche tranquila.

El chico nos dio una tarjeta, que guardamos a buen recaudo porque iba con invitación incluida, y tras un par de horas más, volvimos a casa. Hay que ver lo bien que sienta una ducha después de haberte bañado en el mar y de haberte llenado de arena. Me atrevo a decir que es una de las sensaciones que más me gustan. Para haber estado una tarde en la playa, había cogido algo de color. Y, por supuesto, mis queridas pecas salieron aún más a relucir.

Pedimos cena a domicilio, lo de quedarnos en casa tranquilas iba en serio. Era jueves y preferimos salir a tomar algo la noche del viernes. La comida llegó enseguida, y nos servimos una copa de vino enseguida también. Todas menos Lara, claro, que el agua sería su más fiel compañera los próximos días y los próximos meses. Su buena noticia nos sirvió para divagar sobre nuestras vidas.

Paola seguía recorriendo el mundo con Germán cada vez que tenían ocasión. Ellos no tenían prisa en tener hijos, querían disfrutar de su juventud y de estar juntos todo lo que pudiesen. La verdad es que era genial verla tan feliz. Nos puso un poco al día de su trabajo; trabajaba como periodista de moda en una conocida revista y se codeaba con la élite del mundillo. Esto nos había dado la oportunidad de salir con ella a alguna fiesta de modelos e *influencers* en las que, aunque no conociéramos a ninguno de ellos, nos lo pasábamos pipa. Estaba un poco agobiada porque llevaba un tiempo cubriendo su puesto y el de una compañera que se había marchado sin ver ningún tipo de recompensa, ni de viva voz ni en su cuenta bancaria.

Lara, por su parte, trabajaba en el colegio de siempre, feliz con sus niños. Jaime y ella se habían comprado un bajo en una exclusiva urbanización cerca de donde habíamos crecido, y se encontraban ahora inmersos en el nuevo mundo de los bebés. Era maravilloso ver la cara con la que nos contaba el proceso, habiendo sido finalmente de manera natural tras varios intentos en

una clínica.

Amaya compartió con nosotras la mala racha que estaba teniendo en su vida personal. Su marido y ella habían pasado por varios baches y no conseguían remontar. Necesitaba mucho aquellos días juntas para airearse y salir un poco de casa.

– ¿Vosotras creéis que el enamoramiento dura eternamente? – preguntó mientras pinchaba algo de cena con el tenedor.

– Claro que sí – contestó Lara, presa de los cuentos de *Disney* –. Yo estoy con Jaime igual que cuando nos conocimos.

– Ya… pero hay épocas y épocas – aportó Paola, que, a pesar de ser muy feliz con Germán, era consciente de que las peleas en una pareja eran la mar de normales.

– Pff… yo es que a veces tengo mis dudas. Sé que el amor va cambiando, que la vida cambia, pero hay veces que la rutina te lleva a preguntarte muchas cosas – vi en la cara de Amaya bastante preocupación al confesarnos esto.

– ¿A qué preguntas te refieres? – quise saber.

– A si no estoy perdiéndome muchas cosas.

Aquel comentario nos dejó pensativas, sin saber qué contestar. Unos gritos que llegaron desde la calle y entraron por la terraza nos hicieron dejar ahí la conversación y asomarnos para ver a qué venía tanto jaleo. Un grupo de chicos caminaba por la calle gritando y cantando, parecía una despedida de soltero. Un rato más tarde, Paola y Lara se fueron a dormir, cansadas del día de viaje y playa. Amaya y yo nos quedamos en el salón.

– ¿Quieres que sigamos hablando de lo de antes? – me quedé preocupada, quería saber si había forma de ayudarla.

– Las cosas con Sergio no terminan de salir del pozo y me agobia un poco… ver que pasa el tiempo, que los niños nos roban mucho tiempo juntos, que a veces nos queremos mandar a paseo… es bastante frustrante.

– Como has dicho antes, la vida cambia. Pero si no estás bien, no estaría de más empezar por ver qué pasa para buscar soluciones. Al final, cuando estamos en un momento así, toda una nube negra se pone sobre nosotros y nos es imposible distinguir los focos de los problemas. Para un poco, aprovecha estos días si quieres, sabes que nosotras podemos ayudarte o dejarte sola si lo prefieres. Pero eres joven, mereces ser feliz, y estoy segura que lo tuyo con Sergio es para siempre. Que ya os encontrasteis en otra vida y que seguiréis haciéndolo en las que vienen.

Amaya me miró con ternura, viendo un poco de luz en mis palabras, lo cual me demostró que ahí seguía habiendo amor, pero faltaba algo de entendimiento. Ella se quedó un rato más en el salón y yo me fui a la cama. Compartíamos cuarto así que tuve un ratito de soledad hasta que le entrara el sueño. Qué bien voy a dormir lejos del calor de Madrid, me dije. Y antes de darme cuenta, caí en un sueño profundo.

CAPÍTULO 21

El día siguiente lo aprovechamos bien. Nos levantamos pronto, desayunamos en la terraza y pasamos el día en la playa. Hay que ver lo que me gusta tomarme un mojito mientras tomo el sol y leo un rato. La felicidad en todo su esplendor. Pero… ¿era realmente feliz? Me faltaba algo.

Tras varias horas entre la arena y el mar, volvimos a casa para cenar, prepararnos y salir un poquito a bailar. Recuperamos la tarjeta que el chico del día anterior nos había dado y no nos preocupamos mucho más por dónde ir. Recordemos, además, que iba con invitación incluida. Nos pusimos guapas, como antaño. Salí del apartamento con unas cuñas que sabía que mi tobillo no me agradecería demasiado al día siguiente. Aquello hizo que me acordara de mi visita a urgencias. Bruno. Me puse un vestido de verano con un estampado de flores y la cazadora vaquera. Cogimos un ferry para ir a Santander, donde estaba el jaleillo de las noches de viernes. Encontramos el sitio bastante fácilmente y nos pedimos una copa. Bailamos como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos. Viajamos con todas las canciones que sonaron a nuestros veinte años, cuando saltábamos y gritábamos cuando sonaba nuestra canción favorita.

No volvimos muy tarde, el último ferry marcó el final de la noche y nos fuimos a dormir. No me olvidé esta vez de quitarme el rojo de mis labios antes de irme a dormir.

A la mañana siguiente nos levantamos tarde, recogimos, dimos un paseo y, de camino a Madrid, paramos a comer en un restaurante que Lara conocía sin salir de tierras cántabras. Cuando llegamos, me maravilló aquel lugar. Era una casita pequeña acondicionada para recibir clientes, con banderines decorando el patio, un montón de flores y plantas, farolillos y una temperatura que nos permitió comer fuera con una chaqueta puesta.

Y, una vez sentadas, las miré. Miré a mis chicas y no pude evitar emocionarme. De repente, fui consciente de la suerte que tenía de tenerlas cerca, día a día, acompañándonos las unas a las otras en las vidas de las demás.

– ¿Por qué lloras? – preguntó Paola preocupada.

– Es solo que… estamos aquí, en este sitio tan bonito, las cuatro, después de haber pasado unos días juntas… Y no puedo evitar sentirme muy, muy, muy feliz.

Tras decir esto, juntamos nuestras manos en el centro de la mesa, nos mirábamos con todo el amor que tantos años había ido creciendo, y me acompañaron en eso del llanto por felicidad. Qué bonito es llorar porque uno está feliz. Y qué bien sienta, dicho sea de paso, cuando es por tristeza. Creo que unas poquitas de aquellas lágrimas no eran de felicidad, como yo pensaba. Aproveché para echar lo que el cuerpo me pidió. Comimos tranquilamente celebrando el fin de semana que nos llevábamos de vuelta a casa sobre la espalda, y volvimos a montarnos en el coche. Unas cuantas horas más, Amaya me dejaba en mi portal.

La semana después de volver del finde con las chicas fue muy ajetreada. Miriam, Roi y yo tuvimos muchísimo trabajo en la oficina y en las tiendas. Se abrieron varios frentes al mismo tiempo, pero formábamos buen equipo y pudimos salir del paso. Los viernes por la tarde nos gustaba quedarnos a tomarnos algo para celebrar que una nueva semana había terminado. Ya solo nos quedaba una semana para disfrutar plenamente de nuestras vacaciones de verano.

– Tres dobles, por favor – Roi pidió sin preguntarnos qué nos apetecía. Tanto tiempo después, nos conocíamos los tres al dedillo.

– Tengo que contaros una cosa – la voz de Miriam se coló entre las risas y nos dejó mudos, enturbiando un poco el ambiente.

– ¿Estás bien? – preguntó Roi con una preocupación esperada.

– Sí, sí, bueno… es que me han ofrecido un trabajo.

Ay, no, Miriam no podía marcharse. Éramos el triángulo perfecto, las tres patas de un banco que lo mantenía en perfecto equilibrio y que hacían que las horas, allí metidos fuesen muy, pero que muy llevaderas.

– No os quise decir nada cuando eché el currículum porque no las tenía todas conmigo. Pero me llamaron ayer, y la incorporación sería inmediata, en dos semanas, que es el tiempo que tengo para avisar en la empresa.

Roi y yo nos quedamos blancos. Era evidente que nos alegrábamos por ella y que los motivos que nos contó después de aquella explicación los comprendíamos, pero el día a día sin su compañía no iba a ser lo mismo.

– Hay una cosa más. El puesto es en Florencia – acabáramos. ¿Algo más?

– ¿Sabes cuantísimo te vamos a echar de menos? – pregunté mientras le cogía una mano y ella cogía con la otra un pañuelo. Hay que ver lo fácil que es que lloremos a veces.

El verano terminó con unas cuantas escapadas más con Carla, y con Miriam y Roi, aprovechando que ella se marchaba y así pasar tiempo juntos.

¿Dónde está Bruno?, te preguntarás. No volvimos a vernos desde la noche que fui a verle tras mi conversación con Hugo. Sí, habían pasado ya varios meses.

– Espera… hay algo más – ahí nos habíamos quedado.

Yo seguía de rodillas entre sus piernas, sintiéndolo todo lo cerca que podía. Al escuchar esas palabras, echó su cuerpo para atrás, me agarró de los hombros, y se separó. Parecía que sabía por dónde iban los tiros. Me levanté y volví al sitio donde estaba sentada al principio. Bruno no despegaba los ojos de mí.

– Nos besamos – no se me ocurrió la forma de decirlo de manera más delicada. Ya te dije una vez que para esto hay que hacer como con las tiritas: cuanto más rápido sea el tirón, mejor.

– ¿Cómo que os besasteis? ¿Te besó él? – preguntó Bruno esperando un *sí, y me aparté enseguida* como respuesta.

– Le besé yo – no tenía claro hasta dónde debía contarle, pero ya, de perdidos al río. Sin mentiras.

Bruno volvió a levantarse, de nuevo inquieto, con la cara más seria que le he visto nunca.

– ¿Y?

– Y nada, luego se marchó.

– ¿Por qué le besaste? – quiso saber.

– No lo sé, Bruno… lo siento.

– Dime por qué le besaste – me ordenó, mirándome.

El miedo recorrió todos los huesos de mi cuerpo. Me vi, de repente, en un callejón sin salida, entendiendo que quizá, la de Hugo, no iba a ser la única historia que se terminara esa noche.

– Hablando de nosotros, de lo que pudo ser y no fue… volví a años atrás, y cuando quise darme cuenta, le estaba besando, como si besara al Hugo del principio.

Y aquello, le reventó. Tras varios segundos callados, Bruno, sin dejar de mirarme, dijo:

– Sé que es tarde, pero creo que es mejor que te vayas – no, no, no.

– Podemos arreglarlo, mi amor, me aparté en cuanto tu imagen apareció en mi mente – ¿lo estaba arreglando o estropeando?

– No, para. Mi imagen debería haber estado desde el principio. Agradezco que hayas venido, sé que es tarde y que tienes un camino largo a casa, pero necesito que te marches.

Le miré un rato más, suplicándole con los ojos que tratásemos de arreglarlo mientras las lágrimas no dejaban de caer por mis mejillas. Pude ver que por las suyas tampoco. Y al ver que no cambiaba de opinión, cogí la mochila con ropa de recambio por si me quedaba que no llegué a abrir, y me marché.

Me marché y nunca más volví a verle durante ese año. Pregunté en alguna ocasión a Mateo cómo estaba, y él me respondía escueto, sabiendo que necesitaba una respuesta. Estaba bien, me decía. Y aunque con su voz dijera eso, con sus ojos me decía lo contrario.

CAPÍTULO 22

¿Qué cómo pasé esos meses? Hecha polvo. ¿Qué te voy a decir? En cuestión de horas mi mundo estaba del revés. Y sentí cómo el dolor que estaba apoderándose de mí después de la conversación con Bruno distaba mucho del dolor que había vivido a sus anchas en mi interior los diez años anteriores.

Pensé que yo me había hecho mayor, que había madurado, que cada persona es un mundo, y que lo que Hugo y Bruno habían provocado en mí tenía que, en consecuencia, serlo también.

Después de salir de casa de Bruno, volví a la mía. Traté de localizarle durante las siguientes semanas, pero al ver que no recibía respuesta por su parte, desistí. Él estaba llevando su dolor a su manera, y no había sitio para mí.

¿Podía culparle? Ni en un millón de años. Me equivoqué, lo sé, y por eso no me vi con el derecho de seguir buscándole. Estaba bien, o eso me decía Mateo, y era lo único que me importaba. ¿Me había olvidado ya? *Din din*. La pantalla de mi móvil se iluminó y me sacó de mis pensamientos.

Amaya
¿Qué tal ha ido el finde?
¡Tengo que contarte!

Cierto, Amaya había organizado un viaje de fin de semana con su marido a solas, sin sus hijos, para poder pasar tiempo juntos. ¿Qué tendría que contarme?

¿Nos vemos en un rato
y nos contamos todo
tranquilamente?

Un par de horas más tarde me encontré con Amaya en el bar de siempre. Tomar el aperitivo era nuestro plan favorito. Un vino y unas aceitunas para abrir boca de cara a la hora comer. Antes de contarme sus novedades, comentamos que teníamos que ir a visitar a Lara. Su barriguita crecía sana y feliz.

– ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme? – pregunté, sin saber muy bien por

dónde irían los tiros, pero esperando, al menos, buenas noticias.

– Este fin de semana ha sido… increíble – *fiu*, ¡menos mal! – Sergio y yo hemos disfrutado un montón lejos de los niños, de nuestros padres, del trabajo… Nos hacía mucha falta reconectar y hablar. Hemos recordado por qué nos enamoramos el uno del otro.

Ver así a Amaya me hacía inmensamente feliz. Sergio era un amor, un hombre de los pies a la cabeza que, desde que conoció a mi amiga, besaba el suelo por donde pisaba. Me apenaba mucho que las cosas se hubiesen torcido, pero era genial ver que todo volvía a su sitio.

– ¿Tú qué tal estás?

Esa pregunta era muy simple, pero me resultaba muy complicado contestarla.

– Estoy, que no es poco – nos reímos. Siempre nos reíamos, aunque estuviéramos en el agujero más profundo.

– ¿Sigues sin noticias? – yo sabía que se refería a Bruno, igual que ella sabía que escuchar su nombre me hacía mucho daño.

– Sí, claro. Me bloqueó en WhatsApp y me eliminó de las redes sociales. El famoso *contacto cero* ahora me lo están aplicando a mí.

– Es comprensible, cariño, pero sabes que el tiempo todo lo cura. Ya te lo dije una vez.

– Lo sé… sé que no me voy a morir de amor, que saldré de esta, pero… ¿cuándo? Salí de una pensando que iba a comenzar por fin mi vida sin pensar en Hugo, y antes de irme a dormir ese mismo día, me metí en otra.

– Pero tienes que ser consecuente. ¿Qué habrías hecho tú si Bruno te dice que ha besado a su ex? – *touché*. Amaya y yo ya habíamos hablado de esto en alguna otra ocasión, pero siempre salían nuevas preguntas.

– Ya… le habría matado.

– Gracias al cielo, él tiene dos dedos de frente y no te mató, pero tienes que entender que le hiciste mucho daño.

Sin duda, estaba siendo el año de ser consciente del daño que hacía a los demás. ¿Acaso no era una buena persona? Hay que empezar por comprender que todos nuestros actos tienen sus consecuencias, buenas o malas. Sobre todo, si salpican a otros. Y, a veces, incluso sin darnos apenas cuenta. No era el caso, lo sé, una no besa a otro que no es su novio pensando que después no pasará nada.

Y ahí estaba yo, metida en un bucle del que no conseguía salir, con la imagen de Bruno metida en mi cabeza de tanto en tanto. ¿Logré volver a ser plenamente feliz? No, sin duda. ¿Conseguí continuar con mi vida? Siempre.

Desde que vi que realmente las cosas con Bruno no iban a volver al punto que me hubiese gustado, no dejé de pensar que eso de no vernos no iba a ser eterno. Mateo, como el resto de los mortales, tiene la costumbre de cumplir años, y pronto se acercaba el día.

En su treinta y tres cumpleaños hizo una fiesta más grande que la que montó cuando cumplió los treinta. Es un fanático de los números impares y del número tres, y llegar a aquella edad para él era el *sumun* de las edades. Alquiló la parte de arriba de un restaurante y, tras varios minutos de la hora de citación, el sitio estaba repleto de gente. Contrató un mago, un DJ y el momento de la tarta sirvió para anunciar su compromiso con Marvin, un inglés que conoció en uno de sus viajes y que resultó ser el amor de su vida. En aquella fiesta no cabía más dicha. Y ni un alfiler, tampoco. Agradecí entrar al local, el fresco de principios de noviembre se había instalado en Madrid.

Acudí a la fiesta con Carla, las cosas entre nosotras volvían a ser lo que eran. Se volvió *best seller*, por cierto. La editorial y sus palabras hicieron magia, y ya hasta a veces la paraban por la calle. Cuando llegamos, eché un vistazo buscando alguna cara conocida. Bueno, más que una cara conocida… *la* cara conocida. Ni rastro.

Mateo se acercó a nosotras en cuanto nos vio, luciendo el anillo plateado y sencillo que Marvin le había regalado en su proposición.

– ¡¡Qué maravilla!! – grité a mi primo mientras se acercaba y nos abrazamos. Aquel abrazo terminó en un baile a dos al son de la música. Me contagió su felicidad. Se separó de mí, cogió mis dos manos, y dijo al oído:

– No le busques, no está – *zas*. Todas mis esperanzas puestas en ver esos ojos verdes se esfumaron de golpe. Y llenas de tristeza, también.

Me entró un bajón tremendo, y estar rodeada de tanta gente me empezó a agobiar un poco. Carla me acompañó a la salida.

– ¿Te encuentras bien?

– Las multitudes… que no son lo mío – mentí, pero como esto me pasaba a veces, Carla no haría preguntas.

– Toma, bebe un poco – me tendió su vaso de agua. Carla ya se sabía el truco y, como se había tomado ya una cerveza, fue previsora, preocupada por la Carla de la mañana siguiente. Hacía, además, mucho tiempo que no salía y quería evitar la resaca a toda costa.

– Gracias – contesté.

Carla sabía el truco, y también sabía, aunque yo en un principio pensase que la excusa había colado, que ese agobio que me entró no fue solo fruto de la cantidad de gente que había en la fiesta. Ella sabía, igual que Mateo, que esperaba verle allí. Al ratito volvimos a entrar, y la noche avanzó entre bailes, conversaciones, y vasos de agua entre copa y copa. Yo no bebí nada de alcohol, esa noche preferí dejárselo a Carla, había llevado el coche y tenía que conducir. Eso, unido a la decepción de no ver ningún moño rubio por allí, hizo que tuviera ganas de irme.

– ¿Nos vamos? – pregunté a Carla mientras bailaba.

– ¿¿Ya?? – vale, eso era un *no*.

– Tengo ganas de marcharme…

– Vete, tranquila, luego pido un *Cabify* – me pareció razonable; aunque habría llevado a Carla a casa sin problema, su casa estaba en dirección opuesta a la mía y eso iba a hacer que diera mucha vuelta.

– Pues no voy a decirte que no…

Le di un beso y un abrazo, seguidos de un *ten cuidado y escríbeme cuando llegues a casa*. Busqué con la mirada a Mateo, que estaba teniendo un momento acaramelado con Marvin, y me pareció un detalle feo interrumpir.

Ya con el abrigo, que había dejado olvidado en algún lugar del bar confiando en que estuviera allí después, me dirigí a la puerta y giré a la derecha, en dirección a donde tenía aparcado el coche. Metí la mano en el bolso, saqué el teléfono, y escribí un mensaje a Mateo para despedirme.

Me marcho ya.
No te he dicho nada porque
no quería entrometerme
entre los labios de tu
prometido y los tuyos
Gracias por la fiesta,
Ha sido de locos.
¡Feliz cumpleaños!

Cuando le di a *enviar*, y mientras lo guardaba en el bolsito que había elegido para esa noche, sin mirar por donde pisaba, *pum*. Marina ya estaba de nuevo en el suelo. *Tienes que mirar por dónde pisas*, me dije en voz baja.

– Tienes que mirar por dónde pisas… – dijo entonces una voz que conocía.

Levanté la mirada, avergonzada, de que la historia se repitiese y Bruno se diera de bruces conmigo tirada por los suelos. ¿Era esto una señal del destino para empezar de nuevo, como cuando nos reencontramos en la inauguración del bar? Bruno se acercó a mí y me ayudó a levantarme.

– Malditas aceras…

– Malditos móviles, querrás decir. Deberías acostumbrarte a esperar a estar quieta para comprobarlo – su voz sonaba tranquila, opuesta al rencor que pensé que utilizaría el día que

volviésemos a vernos, después de todo.

– Estaba escribiendo a Mateo, me ha sido imposible despedirme de él.

– ¿Ya te vas? – ¿utilizó un tono extrañado y con un ápice de decepción, o era yo, que me agarraba desesperadamente a que existiese esa pequeña posibilidad?

– Sí, hay mucha gente y estoy cansada – mi voz sonaba algo nerviosa –. Pensé que no ibas a venir – mierda, acababa de desvelar sin querer que había sido motivo de conversación durante la noche. Me interesaba que supiera que aún pensaba en él, pero no quería ser tan evidente.

– No pensaba hacerlo. He tenido turno en el hospital y he terminado hace nada, pero me ha chivado un amigo en común que han anunciado su compromiso y he querido pasarme a saludar.

Hubo un pequeño silencio. Dentro de mí, solo oía gritos.

– Pues… ve y pásalo bien – dije, ya sin esperanza de que la conversación fuese a continuar.

– Sí… y tú descansa. Ten cuidado con el coche.

Bruno pasó por mi lado y continuó caminando hacia el bar. Yo, por mi parte, me quedé parada ahí, como una tonta, sin poder dar un paso al frente. *No te gires, no te gires, no te gires.* Me giré. Vi a Bruno alejarse. *Gírate, gírate, gírate.* Y continuó andando hasta que le perdí de vista cuando giró la esquina. Me puse triste, me di la vuelta, y empecé a andar.

– ¡Marina! – oí tras de mí. Me giré y, parecía que él también, finalmente, se giró. Miré hacia él, extrañada, y vi cómo corría hacia mí, aminorando el paso a medida que se acercaba –. ¿Damos un paseo?

Y esa noche, ya pasadas las doce, yo salí de la fiesta, y Bruno no llegó a entrar.

CAPÍTULO 23

– ¿Te importa si escribo un momento a Mateo? – me preguntó él, como si tuviera que darle permiso. Siempre había sido muy considerado, y no le gustaba estar con el móvil cuando estaba con gente.

– Claro, tranquilo.

El minuto que tardó en hacerlo me sirvió para, de reojillo, mirarle. Hacía ya casi un año que no le veía. Estaba igual, pero distinto. Llevaba el pelo recogido, como siempre, se había dejado barba y estaba más guapo que nunca. Era un poquito más oscura que el color de su pelo. Eso y las canas que ya asomaban en ella, le daban un toque muy interesante. Entre mirada y mirada, yo miraba mis pies. Recordé que la última vez que me tropecé tenía el tobillo hinchado como un globo y fue ese maravilloso ser que tenía delante el que me atendió en las urgencias del hospital. *Qué gracia todo*, pensé mientras me reía bajito, víctima de la paradoja que todo aquello suponía.

– Listo. ¿Por ahí? – señaló una calle que ambos sabíamos que llevaban a una zona ajardinada que por las noches iluminan de una forma muy bonita. Era mejor eso que andar esquivando gente por la calle, celebrando esa fría noche de viernes.

– ¿Ha sido un buen día en el trabajo? – quise romper el hielo, hablando de trivialidades y, ya que estábamos, sabiendo un poco de su vida. No estaba en condiciones de forzar nada.

– Todo lo bien que puede ir una tarde de viernes de urgencias… varios niños lesionados en un entrenamiento, algún que otro virus, y poco más. Pero hay veces que es mejor así, los días de cirugía son más intensos. ¿Cómo va la tienda? – vi que él optó por lo mismo.

– Bien, bien, fenomenal. No podemos quejarnos. Estamos barajando alquilar el local de al lado, que nos han dicho que se queda vacío, para hacer una ampliación. Tiene buena pinta.

Bruno sonrió, iba caminando con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y se hizo de nuevo el silencio.

– ¿Cómo estás? – dijimos los dos a la vez, de repente, y nos entró la risa. *¡Chispas!*, pensé. Pudo notarse en el ambiente que estábamos algo nerviosos. Al fin y al cabo, él también sufrió su parte cuando rompimos aquella noche en su casa de la Sierra.

– Tú primero – me dijo, haciendo un gesto con el brazo como una reverencia.

– Esa es una buena pregunta – dije mientras soltábamos los dos una pequeña carcajada. Me puse algo más seria – Así, ¿en general?

– Todo lo general o todo lo concreto que te apetezca contarme – así era Bruno, comprensivo y

nada invasivo, siempre.

– Te echo de menos – y le miré mientras dejaba de andar, dejando mi cuerpo rígido. Bruno había dado unos cuantos pasos más y, cuando me oyó y vio que paré, se dio la vuelta.

Creo que era lo último que esperaba oír. Y al mismo tiempo, me dio la sensación de que llevaba tiempo queriendo escuchar esas palabras salir de mi boca.

– No sé ni qué decirte… – al menos su cara no mostraba ningún tipo de enfado ni rencor.

– No hace falta que lo hagas. Me has preguntado cómo estoy, y ese es un buen resumen. Todo está bien, sí. Pero te echo de menos.

Bruno me miraba con compasión, con tristeza, y seguía de pie, quieto, a unos pasos de mí.

– Ven – me dijo mientras me ofrecía su mano. Con ella cogida a la mía, volvió a darse la vuelta y me llevó un poco más adelante, donde había una valla que marcaba el final del parque. Al asomarte, se podía ver que estábamos más altos que lo que teníamos enfrente.

Un mar de oscuridad y luces estaba frente a nosotros. Se notaba cómo corría un aire frío al acercarte a ese precipicio. Como no se veía nada, no me dio vértigo. Soltó mi mano y nos quedamos uno junto al otro mirando al oscuro horizonte.

– Parece un océano, ¿verdad? Con sus islas, sus barcos yendo de un lado al otro, y su agua de por medio.

Tenía razón. Las zonas oscuras parecían el agua del mar, y repartidas en ella, los trozos iluminados parecían pequeñas islas, unidas unas a otras por finísimas líneas de luz. Hay que ver lo bonito que es Madrid. Lo que tenía delante era bonito, pero lo que tenía a mi izquierda, más. Entonces, giré la cabeza y le miré.

– Ha sido un año duro, Marina – se atrevió a decir mientras seguía mirando al frente. Yo recibí el comentario llena de culpa.

– Perdóname.

– No tengo nada que perdonarte. Lo hice cuando saliste por la puerta. Además, no soy nadie para liberarte de nada. Era trabajo personal tuyo curarte de todo aquello y perdonarte a ti misma.

Era increíble cómo las palabras que siempre decía eran las más oportunas.

– Lo sé, y es muy generoso por tu parte. Pero, aun así, me disculpo por haber sido la causante de tu dolor. Me equivoqué, y…

– Sshh… – entonces, ya me miró él. Hasta ahora había pronunciado todas aquellas palabras mirando al infinito que estaba frente a nosotros –. No hace falta que volvamos a abrir esa caja – y giró su cuerpo por completo, quedando todo él mirando en mi dirección. Yo hice lo mismo.

– Ya, lo siento… – miré hacia mis pies de nuevo.

– Yo también te echo de menos – y aquel mensaje llegó a mí, directamente desde sus labios, como si un poco de aire llegara a mis pulmones después de estar un rato sin respirar. ¿Acababa de decir que me echaba de menos?

– ¿De verdad?

– Claro. Me hiciste daño, pero los sentimientos no son tan fáciles de echar de dentro.

– ¿Quieres que vayamos a casa? – me lancé a echar un órdago. Si me decía que no, significaba que su *te echo de menos* era un mero mensaje informativo. Si me decía que sí… ya veríamos qué pasaba si me decía que sí. Estuvo pensando varios segundos.

– Vamos.

Fuimos caminando, uno al lado del otro, hasta mi coche. Tardamos quince eternos minutos en llegar. Me resultó extraño hacer con él ese camino desde el garaje a mi puerta que tantas veces habíamos hecho antes juntos.

Ya era tarde, sería la una y algo de la mañana cuando hice girar la llave de mi casa. Bruno estaba de pie, parecía incómodo, sin saber muy bien qué hacía realmente allí. Avancé hacia la mesa del comedor para dejar las cosas, ya lo recogería todo por la mañana. Y justo cuando iba a quitarme el abrigo, noté cómo sus manos lo sujetaban y me ayudaba a deslizarlo por mis hombros y mis brazos. Fue él quien lo dejó sobre la silla. Bruno estaba a mi espalda, y notaba su aliento cerca de mi cuello. Mi cuerpo se puso rígido, notarle tan cerca no era lo que esperaba. Pero me hizo sentirme a salvo, aunque noté cómo me temblaban las piernas.

Tras dejar el abrigo en la silla, puso sus manos en mi cintura, una a cada lado, y juntó un poco más su cuerpo al mío. Oía su respiración muy, muy cerca de mi oído derecho. Movió sus manos hacia mi tripa, cerrando así el círculo en un abrazo. De manera instintiva, puse mis manos sobre las suyas. Cerré los ojos. Estaba segura de que él también los tenía cerrados.

Poco a poco, muy sutilmente, sentí cómo mecía nuestros cuerpos a un lado y al otro, como si hubiera música en vez de un inmenso silencio. Había tanto silencio que, por un momento, temí que pudiera oír mi pulso o mi respiración entrecortada. Mi cuerpo siguió los movimientos del suyo. Tras varios segundos así, de un lado al otro como si estuviésemos en una barca sobre un mar tranquilo, noté cómo movía su cabeza y ponía sus labios en el hueco que había entre mi hombro y mi cuello. Noté, también, un par de besos. Respondí juntando mi mejilla con su cara. Cada vez estábamos más cerca.

– Te echo de menos, mucho – me dijo sin moverse, dejando que sus palabras cayeran sobre mi piel.

Agarré sus manos, que ya estaban bajo las mías, con algo de fuerza las separé de mi cuerpo, y me di la vuelta ordenándole que no dejara de abrazarme volviendo a posar sus manos en mi cuerpo, en la espalda esta vez. Le rodeé yo el cuello entonces con mis brazos. Nos teníamos delante, con tan solo unos centímetros poniendo distancia entre nosotros.

– ¿Y qué es lo que quieres? – me atreví a preguntar. No quería dar ningún paso sin estar segura

de que él quería dar el mismo.

– ¿Qué quieres tú? – preguntó en respuesta. Parece ser que a él le pasaba lo mismo.

– Lo quiero todo, Bruno – solté de golpe. Ya no tenía nada que perder –. Sé que te herí, sé que me equivoqué, sé que has necesitado tu tiempo. No sé qué es lo que quieres tú ahora, quizá salgas de aquí en unos minutos, no lo sé. Pero sí sé que, si no lo intento ahora que te tengo delante después de tanto tiempo, me voy a arrepentir toda la vida. Esta, y todas las que vengan.

– ¿Todos tus fantasmas están encerrados bajo llave? O… ¿estarás lista para luchar contra ellos conmigo si es que vuelven a aparecer?

– Sí – dije tajante, sin dudar.

Entonces, una sonrisa se esbozó en la boca de Bruno. En consecuencia, en la mía también. Despacio, vi cómo sus labios se acercaron a los míos mientras sus ojos se cerraban. Y recibí un beso cálido, lento y sincero.

La lentitud del principio fue desapareciendo, dejando sitio a las prisas de recuperar todo el tiempo perdido. De camino a la habitación fuimos quitándonos la ropa el uno al otro, tirándola al suelo, sin prestar atención a dónde caía. Al llegar a la cama, me tumbó y él se tumbó encima, con cuidado de no aplastarme. Noté sus manos recorriendo mi cuerpo como si necesitase recordar cada palmo de mi piel después de tantos meses sin tocarla. No dejó de besarme ni un segundo. Y, entre caricia y caricia, terminamos haciendo el amor.

Bruno se quedó aquella noche a dormir en mi casa. Se quedó aquella noche, y unas cuantas más después, también.

CAPÍTULO 24

Bruno consiguió, con el tiempo, que enterrara bajo tierra todos mis reparos, mi culpabilidad, que me abriera con él en canal para expresar todo lo que me rondaba la cabeza en todo momento para ser mi amigo antes que mi pareja. Él hizo lo mismo. Y aquello fue maravilloso. En ocasiones era incómodo, había temas que, cuando salían a relucir, me astillaban un poquito el corazón. Pero los dos sabíamos que hablar las cosas era la única manera de que todo funcionara. Dos años después de aquella fiesta de cumpleaños de Mateo, las cosas con él iban viento en popa.

Nos habíamos mudado hacía un año a un piso un poco más grande. La idea de ocupar la casa de la Sierra era un sueño, pero preferimos dejarla como el lugar al que ir para desconectar, contando con que ahí estaría si algún día nos apetecía cambiar de aires. La relación se puso seria definitivamente.

El piso que alquilamos estaba a unos diez minutos de mi pequeño apartamento frente al lago. Él también había crecido en esa zona y le gustaba quedarse por allí. Dejó su casa y nos metimos en una de dos habitaciones, suficiente para los dos. Se trataba de un pueblo tranquilo, familiar, con avenidas anchas y un montón de zonas verdes. Mantuve mi estantería de recuerdos en el nuevo salón. Él sabía lo importante que eran para mí, y añadió unos cuantos suyos mezclados con los míos, que dejaban claro que la casa era de los dos. Y los recuerdos que crearíamos a partir de entonces, también.

Una tarde, recibimos la visita de Carla. A Bruno solo le dio tiempo a decirle un *hola* rápido, tenía que marcharse a trabajar.

– Veo que os va muy bien.

– Súper – sonreí –. Menos mal que la noche aquella del cumpleaños de Mateo tenías ganas de fiesta – le agradecí, y nos reímos las dos.

– Tranquila, seguro que Bruno habría aparecido de un momento a otro. Ya estoy convencida de que él es el amor de tu vida, nadie más – sonreímos de nuevo.

Carla había continuado escribiendo. Publicó una segunda parte de la primera novela que escribió, y dentro de poco saldría el primer libro de una trilogía que hablaba de la vida, de la familia y del amor. Optó, esta vez, por darme los detalles de todo y por no meterme en ninguna de sus historias. Le iba bien, y eso me hacía muy feliz. Aunque, por su gesto, yo a ella no parecía verla igual de feliz que estaba yo, por mí y por ella.

– ¿Te apetece un café? – le pregunté mientras entraba en la cocina y ella se sentaba en una de las banquetas de la península de la cocina que la separaba del salón.

– Sí, genial, gracias.

– ¿Va todo bien? – continué con mis labores de barista mientras hablábamos.

– Creo que Ramón tiene una aventura – me di la vuelta de golpe.

– ¡¿Una aventura?!

– Si, hija… Lleva unas semanas algo raro, sus turnos en el trabajo han cambiado, y la vida… íntima entre nosotros, es casi nula.

– ¿Habéis hablado?

– ¿Qué le digo?: *Oye, cariño, ¿te estás acostando con alguien?*

– Hay que ver lo delicada que eres para unas cosas, y lo bruta que eres para para otras. Obviamente, no, puedes ser más sutil.

– No, no hemos hablado. Los niños están siempre delante y es imposible.

– Tráelos aquí un día, Bruno y yo podemos quedarnos con ellos y así tenéis tiempo para hablar – su cara me mostró que la idea le gustaba – ¿Cómo te hace sentir a ti todo esto? – parece una pregunta tonta en una situación así, pero debo decir que no la vi muy angustiada.

– Pues… si te soy sincera, pienso en que Ramón está con alguien y… no siento nada.

Pasamos la siguiente hora dándole vueltas al tema. Estas circunstancias le habían servido a Carla para darse cuenta de que no estaba tan enamorada como pensaba. ¿Tenía razón Amaya, cuando hablamos en nuestro viaje, que el amor tiene fecha de caducidad? Salimos a dar una vuelta y volví a casa para la hora de la cena. Llegué a los quince minutos de despedirme de ella, y cuando abrí la puerta, allí estaba él, preparando algo en la cocina. Ya tenía una copa vacía esperando a ser llenada junto a la suya.

– Hola, mi amor – le dije mientras le abrazaba por la espalda mientras él seguía removiendo las verduras de la sartén. Agachó un poco su cara y le di un beso en la mejilla –. ¿Cómo ha ido hoy?

Su cara estaba algo entristecida. Me contó que habían tenido una operación complicada. Tras varias horas tratando de solucionar un inconveniente que surgió, perdieron al paciente. Bruno sabe que, siendo médico, ocasiones como esta se presentan más a menudo de lo que le gustaría a cualquiera, pero cada vez que pasaba se le venía el mundo un poco encima. Y yo no pude más que abrazarlo y consolarlo cuando se vino abajo del todo. Cenamos tranquilos, en silencio, necesitando el calor y la compañía del otro. Terminamos la botella de vino y, de repente, dijo:

– ¿Nos vamos?

– ¿A dónde nos vamos?

– No sé, cogemos la moto mañana y vemos dónde nos lleva.

Mañana no fue, la vida real y nuestros trabajos nos lo impedían. Pero prometimos hacerlo el fin de semana. Carla no tardó más que unas horas en aceptar con un mensaje mi oferta de quedarnos

con los niños. Bruno y yo teníamos que trabajar por la mañana, así que ella los recogería del colegio y los llevaría a nuestra casa.

Carla
A eso de las cinco
y media estaremos por
allí. Los niños llevan
la merienda en la mochila.
Mario tiene deberes que hacer
y Carlota con pintar un
poco se entretiene rápido.
GRACIAS, me salváis los
dos la vida.

Y pasadas las cinco y media, el timbre sonó. Oí a Bruno gritar un *Voy yo* desde el baño. Vi cómo se acercaba a la puerta mientras se secaba el pelo con una toalla después de la ducha. Tenía el novio más cañón del mundo, no había dudas. Abrió la puerta y oí a los niños gritar:

– ¡¡¡Tío Bruno!!!

Me pareció muy tierno. Me asomé al oír el revuelo y vi cómo le abrazaban las piernas mientras Carla le daba las mochilas. *¡Gracias!*, gritó desde la puerta antes de marcharse.

Bruno llegó hasta el salón con un niño enganchado a cada pierna y nos entró la risa a los cuatro. Enseguida, servimos la merienda, que sacamos de las mochilas de cada uno. A Mario le hacía ilusión sentarse en las banquetas altas de la barra, y Carlota le copió, como buena hermana pequeña. Bruno se sentó junto a ellos en la banqueta que quedaba, y yo me quedé frente a ellos, al otro lado de la barra.

Por un momento, mi mente voló a otro universo en el que Bruno y yo teníamos hijos. Aquella estampa que tenía frente a mí, con él dando a ratos los trozos de fruta que a Carlota se le escapaban entre los dedos, y solucionando las dudas de Mario con los deberes, me pareció de lo más tierna.

La tarde pasó rápido entre dibujos, una película y un juego de cartas que Bruno se inventó. Carla llamó al timbre a eso de las ocho de la tarde, y se llevó a Carlota en brazos, que se había quedado frita.

– ¿Cómo ha ido? – pregunté bajito para no despertarla y para que Mario no me oyera.

– Luego te escribo – contestó ella en el mismo volumen.

Nos despedimos, y cerré la puerta cuando Bruno pasó dentro de casa. Se disponía a hacer las maletas. Nos esperaba por delante un puente de cuatro días en La Palma, un lugar perfecto para huir del helador frío madrileño de diciembre.

– ¿Te apetece entonces que nos vayamos durante el puente? – me preguntó de repente una tarde de esa semana al llegar del trabajo.

Me encantaba ese toque viajero de Bruno. Sabía que lo que necesitaba era salir de casa, tomar el aire, distraerse, pero que quisiera hacerlo conmigo me llenaba el corazón. No dudé en responder que sí, así que organizamos todo para tener vuelos y alojamiento preparados lo antes posible.

Habíamos terminado agotados de estar con los niños, y estábamos deseando irnos a la cama. *Din din*, mensaje silencioso de Carla.

Carla
Ya está… No está con
nadie, pero, después de hablar,
hemos coincidido en que
las cosas han cambiado.
Ninguno de los dos
sentimos lo mismo. Esto, la
verdad, facilita las cosas
con respecto a los niños
y a todo lo que se viene.
Se ha ido a dormir a casa
de su madre y poco a
poco iremos saliendo de
esta. Gracias otra vez.
Los niños han vuelto
felices de pasar la tarde
con sus tíos. Descansad.

CAPÍTULO 25

El avión a La Palma salía en unas horas. Mi madre nos llevó al aeropuerto. Allí, en la isla, alquilaríamos una moto para movernos por la zona. Encontramos alojamiento en un pequeño hostal con mucho encanto, al cual llegamos tras varias horas de espera, avión, y más espera. No podíamos quejarnos, el balcón daba al mar. Qué paz.

Nos dimos una ducha juntos y salimos a comer. Había mucha gente y nos resultó complicado encontrar una mesa donde nos dieran algo a una hora prudencial. Pero no pasaba nada, estábamos de vacaciones y no teníamos prisa. Tras la comilona nos quedamos sin energía y sin hueco en el estómago para el postre, así que volvimos al hostal para descansar un rato. Tras despertarnos, optamos por ponernos algo más arreglado y dar un paseo por el pueblo de al lado, que tenía un castillo que visitar, un montón de tiendecitas de costa para pasar el rato, y un mirador que tenía muy buena pinta. Primero, pasamos a por un helado; no habíamos tomado postre, y el calor y el cuerpo nos lo pedían a gritos. Después, subimos una cuesta algo empinada para llegar al castillo que reinaba en lo alto de la colina. La verdad es que fue precioso ver los alrededores desde allí arriba. Cuantísimo mar nos rodeaba. Encontramos un poyete en el que sentarnos un rato.

– No hemos vuelto a hablar de tus preocupaciones por la conversación con Carla – tenía razón, la vorágine del día a día durante esos días hizo que ambos nos olvidásemos de ello y el tema no volvió a salir –. ¿Sigues preocupada?

Bruno se refería a todo lo que le conté cuando Carla me comentó sus dudas con Ramón. Le transmití que me había dejado pensando, igual que cuando charlé con Amaya durante nuestro viaje, y creo que a él también.

– No creo que la palabra sea *preocupación* – dije –. Tuvimos una charla en la que hablamos de los cambios en las relaciones, en la duración del amor, en que el tiempo pasa y quizá las prioridades y preferencias del otro cambian… y no pude evitar pensar que podría pasarnos a nosotros – la verdad es que me sentí orgullosa de haber encontrado las palabras correctas, creo que no podría haberme explicado mejor.

– ¿Y tienes miedo? Las cosas no tienen por qué cambiar.

– Bueno, sí, quizá. Creo que ahora somos felices, que vamos por el camino correcto y que las cosas han ido fluyendo como nos ha salido a los dos. No es fácil encontrar a alguien que siga el ritmo de una forma tan natural como nos ha pasado a nosotros, y menos después de nuestro primer y fracasado intento.

– Y yo creo que seguiremos siéndolo – me cogió de la barbilla y me dio un beso suave en los labios. No había duda de que Bruno sabía cómo calmarme. Se apartó y continuó hablando –. Es

normal hacerse preguntas, seríamos tontos y aburridos si no lo hiciésemos. Pero creo que tú y yo nos encontramos en el momento oportuno para vivir la vida que nos esperaba, ¿no crees? Hemos estado cerca durante un millón de años y no nos cruzamos hasta que la vida nos puso al uno frente al otro.

– Al uno recogiendo a la otra del suelo, querrás decir… Dos veces, tras dos tropiezos – nos reímos y relajamos un poco el ambiente.

– ¿Crees que tú y yo nos hemos encontrado antes en otras vidas?

Bruno y yo nunca habíamos hablado de esto antes. Sí le había contado la relación de este tema con Hugo, pero nunca lo habíamos hablado metiéndonos a nosotros dos en la ecuación.

Hasta ese momento en el que Bruno formuló la pregunta, todos los pensamientos de esta y otras vidas me habían llevado a encontrarme con Hugo, y desprenderme de ellos para atribuírselos a otra persona me pareció que era una manera de, indirectamente, cerrar de una vez por todas el tema. ¿Era, quizá, el momento? Total, no le había vuelto a ver desde la tarde que estuvo en mi casa, ni habíamos vuelto a hablar, ni me había vuelto a poner nerviosa al pronunciar su nombre.

– Nunca me había parado a pensar en ello, ¿tú qué crees? – me pareció una buena forma de ver qué pensaba Bruno sobre este tema después de esa pequeña reflexión personal.

– No tengo muy claro que cuando muramos nuestras almas viajen a otro cuerpo, a otro lugar, para tener otra vida. No tengo muy claro qué creo sobre la muerte, en general, la verdad – se hizo un pequeño silencio como si él hubiese encontrado en ese momento la ocasión perfecta para ponerse a pensar en ello.

– Yo sí creo que vamos de vida en vida, de ser en ser, y que nos encontramos con aquellas almas que nos han marcado en algún momento como una forma de revivir una y otra vez la esencia de un amor que sobrevive en el tiempo a través de otros cuerpos – pensé entonces en lo marcada que yo ya estaba por este hombre.

– ¿Crees que hay alguien con quien no ha funcionado en esta vida, pero que en otras sí? – vaya, ¿acaso estaba deseando que el nombre de Hugo saliera a relucir en nuestra conversación? Pensé que estaba todo hablado ya.

– ¿Esperas algún nombre en concreto? – pregunté extrañada.

– Bueno… que tú pienses, también ha hecho que piense yo. Después de hablar estuve dándole vueltas a qué posibilidades había de que te hubiese entrado alguna duda de lo nuestro o de tu pasado. Yo también tengo mis propios fantasmas, ¿sabes? – caí entonces en que el hecho de que no hubiésemos hablado del tema en ninguna otra ocasión, no significaba que a él no lo hubiese rondado la cabeza –. Sé cómo acabó vuestra historia, lo importante que fue para ti, y también sé que eres más de hablar y zanjar asuntos pendientes que de dejar correr un velo y enterrar bajo tierra tus sentimientos – Bruno siempre me decía que hablando se entiende la gente y que es la única manera de hacer que las cosas vayan bien. Puede que fuese el momento de reabrir la caja de Pandora.

– ¿Crees que aún siento algo por Hugo? – me atreví a preguntar. La noche que volvimos hablamos sobre esto, creí que estaba aclarado.

– Creo que la conexión que tuvisteis fue muy fuerte, he visto cómo llorabas por él después de hacer el amor conmigo, y a mí también me asusta que esos fantasmas de los que me has hablado alguna vez vengan a molestarnos.

– No he tenido dudas nunca de lo que siento por ti.

– No es eso lo que te he preguntado – dijo tranquilo.

– Tampoco he tenido dudas de si siento algo por él.

– ¿Y crees que en otra vida fuisteis, y que en esta no ha sido posible? ¿O tienes la esperanza de encontrarte con él en la siguiente?

– Sí – contesté mirándome las manos, que descansaban en mi regazo. Me sentí por un momento avergonzada por haber sido tan rotunda. Noté cómo yo misma me ponía rígida, y le miré para continuar –. Pero eso no significa que no pueda disfrutar plenamente de ti en esta. Y debo confesarte que hasta este mismo instante no había reparado en que tu alma y la mía posiblemente ya se hubieran cruzado.

– Quizá es la primera vida en la que se encuentran y es el principio de algo grande – dijo, relajando así todos mis músculos, haciendo que una sonrisa se dibujara en mi cara al ver cómo ocurría lo mismo en la suya.

Era Bruno. Era él, no había dudas. Salimos del castillo y bajamos de nuevo la gran cuesta. De camino a la moto, terminamos la conversación que mantuvimos en lo alto del castillo. Le pregunté que por qué no me había comentado sus inquietudes antes. *No quería darles importancia*, dijo. A lo que contesté que, si algo no le hace estar tranquilo, es importante. Y me prometió no guardar nunca más ningún asunto dentro de un cajón.

CAPÍTULO 26

Nos montamos en la moto para ir a ver el atardecer a un mirador algo oculto que quedaba cerca de allí. Nos apetecía un poco de soledad y huir del tumulto de visitantes que andaban sin rumbo por aquella concurrida zona. Nos adentramos en una pequeña carretera que cruzaba un bosque y que podía dejarnos ver que el mar quedaba cerca y que íbamos cada vez alcanzando más altura. Llegamos a un diminuto aparcamiento vacío, nos quitamos el casco y, cogidos de la mano, buscamos el punto perfecto.

De repente, nos vimos frente al mar, sin nada entre él y nosotros. Nos mantuvimos a una distancia comedida de la valla que protegía a los visitantes de caer al vacío porque mi vértigo no me permitió dar unos pasos más. Bruno se acercó para ver qué nos esperaba al otro lado de la valla, y me dijo que fuese, que aún había tierra frente a nosotros y no daba tanta impresión. Él sabía que no podía soportar ver una caída a gran altura, pero sí podía tolerar ver un poco de extensión del terreno a nuestros pies.

Y allí estábamos, apoyados con los codos en la barrera de madera desgastada, uno al lado del otro, notando la pequeña brisa que movía el pelo de los dos. Esa tarde le insistí en que se dejara el pelo suelto, y la imagen que mis ojos recibieron cuando giré la cabeza para mirarle no tenía nada que envidiarle a lo que tenía delante.

A los pocos minutos de llegar, se puso detrás de mí, pegando su cuerpo a mi espalda y poniendo sus brazos alrededor de los míos. Hacía una temperatura perfecta, aunque tenerle tan cerca me daba un poco de calor, y no solo por los treinta grados que nos acompañaban. Teníamos frente a nosotros la inmensidad del mar, y nos hizo sentir libres de repente.

Apoyé mi cabeza hacia atrás y cayó en su hombro derecho. Cerré los ojos, dejé que su perfume me llenara la nariz y el pecho. Pasaron los minutos en silencio y, con un pequeño susto, Bruno me hizo salir de mi ensoñación. Señaló un punto con su mano derecha mientras me decía al oído: *mira allí*. No tuve dudas ni por un momento de lo que mis ojos estaban viendo. Ballenas. Vimos cómo una ballena asomaba su cuerpo y sus aletas por la superficie del mar. Y esta vez, no me lo perdí. ¿Estaba mirando la vida hacia donde la tenía que mirar, con aquel hombre guapo, sincero, bonito por dentro, sujetando mi cuerpo tras de mí?

Oí cómo sonreía en mi oído, abrazándome fuerte, feliz de haber compartido conmigo ese momento tan mágico. No sabía que, en las Islas Canarias, en diciembre, tuviese la oportunidad de ver aquella maravilla. Me giré y le besé con los labios rebosantes de amor. Volví a darme la vuelta con la esperanza de ver más cetáceos nadando por allí. Seguimos apoyados en la valla unos minutos más, mirando al mar con sus brazos y su cuerpo rodeando el mío.

– A ver tus uñas – me dijo en un momento dado. Hacía un par de días que había ido a un local de

cerca de casa a hacerme la manicura. Había elegido un color beige que combinaba muy bien, en armonía, con los tonos ocres, verdes y azules que nos rodeaban. Puse mis manos sobre la valla, con los dedos estirados, mientras admiraba, orgullosa, lo bonitas que tenía las manos.

– Me las han dejado genial esta vez.

– A ver así – y, sin saber cómo, Bruno colocó un anillo en el dedo anular de mi mano izquierda. Mi corazón empezó a correr, tanto que podría haber salido de mi cuerpo sin pedir ningún tipo de permiso. No pude más que mirar mi dedo fijamente, sin ser capaz de soltar ni una palabra. Me giró para no perderse el momento (y mi cara) y me dejó frente a él. Le miré a los ojos ya con algo de agüilla asomando por el lagrimal.

– ¿Y esto? – pregunté atónita mientras miraba ese anillo dorado, discreto, con tres piedrecitas color blanco decorando el centro. Después de mirarlo durante unos segundos tratando de poner en orden todas las posibilidades que rondaban mi cabeza, esperando no darme la torta de mi vida esperando lo que no era, volví a mirarlo a él.

Su mirada verde, que también hacía juego con los tonos del entorno y el mar que nos rodeaban, atravesaba la mía de color chocolate. No parpadeaba. Creo que yo tampoco. Solo sonreía nervioso, sin saber tampoco muy bien qué decir.

– Me había preparado un discurso, lo juro – trató de excusarse mientras una risa tonta se le escapó –. Pero creo que no puedo ni respirar.

– No hace falta un discurso –respondí –, sólo quiero que me aclares si es lo que creo que es – mi cara no le mostraba ni un ápice de miedo. Solo mostraba expectación, esperando oír unas palabras concretas.

– Esta semana me ha parecido muy reveladora. Desde que me contaste el otro día lo que hablaste con tu hermana, me quedé pensando en nosotros igual que lo hiciste tú – no desvió la mirada ni un momento, la cual iba a parar directamente a mis ojos –, y yo también empecé a hacerme preguntas. Traía el anillo sin saber si lo haría. No por falta de ganas, sino porque creo que lo que hemos hablado en el castillo tenía que ponerse sobre la mesa. Tiene tres piedras por un motivo, porque en una relación, uno más uno, son tres. Tú con tu vida, yo con la mía, y la vida que construimos juntos – enumeró las tres cosas al mismo tiempo que estiraba tres dedos de su mano –. Soy consciente de que has sufrido, de que te ha costado mucho soltar para dejarte llevar por esto. También yo tenía mis cosas presionando mi espalda. Pero soy consciente de que encontrarnos de nuevo de camino a aquella fiesta fue cosa del universo, de la vida, del destino, como lo quieras llamar. Y nos tenía esperando el uno al otro para ayudarnos a sanar nuestras heridas. Yo ya he estado a punto de casarme, y una pequeña parte de mí teme que vuelva a ocurrir lo que ocurrió en su día y me quede de nuevo con el traje de novio sin estrenar. Pero esta historia es contigo, con nadie más. Igual que para ti lo es conmigo, y con nadie más. Es posible que otros nombres vuelvan a volar a nuestro alrededor en el futuro, es posible que las dudas que tu hermana ha tenido nos vengan a ti o a mí también. Pero si hay alguien que puede salir de una situación así, somos nosotros, juntos.

Las lágrimas no paraban de brotar por sus ojos y por los míos. Bruno se había abierto en canal y eso hizo que yo no pudiera sentirme más plena. Todas las palabras que habían llegado a mis

oídos las guardé bajo llave para no olvidarlas jamás.

Y, junto con las lágrimas que se despedían de mi cuerpo, se marcharon otras tantas palabras que de vez en cuando aparecían por mi mente para sacudir la tranquilidad que me acompañaba. Hasta siempre.

– Me da igual si no nos hemos encontrado en otra vida – continuó –. Tengo fe en que, si es la primera vez, no será la última, y esto será solo el comienzo de una historia eterna que viajará con nosotros durante toda la eternidad, durante todas las vidas que nos quedan. Así que, mi bonita Marina, tengo que hacerte la pregunta para que no tengas dudas de a dónde quiero llegar – se rio mientras dijo esto y se limpiaba las lágrimas de la cara con la mano. Se agachó apoyando todo su peso sobre su rodilla derecha – ¿Te casas conmigo?

Ojalá pudiera haber guardado en un bote aquel momento como hice con la arena de la playa de Bondi tantos años atrás. Mientras Bruno seguía agachado cogiendo mi mano, yo me agaché frente a él, hincando también mi rodilla, encajando la pierna que me mantenía en equilibrio en el hueco que quedaba junto a la suya, flexionada.

– Ahora me toca a mí – ambos nos reímos, presas del tembleque que teníamos los dos en las manos. Pero no nos las soltamos en ningún momento –. Te miro y no veo ningún motivo para decirte que no, y veo un millón para decirte que sí. Desde que apareciste por sorpresa no has hecho más que hacerme crecer. Has borrado miedos, angustias, dudas. Has traído contigo la calma que tanto bien me hace. Nunca, jamás, he dudado de que mis sentimientos fueran reales. Te convertiste en mi amigo antes que en mi amante, y eso, cariño, ha sido algo maravilloso. Me da absolutamente igual si nos hemos visto en otras vidas. Lo que tengo claro es que en esta no puedo ni quiero estar sin ti. Así que, mi amor, sí. Sí y mil veces sí.

Inmediatamente después de terminar de hablar, Bruno cogió mi cara con sus dos manos acercándome a él y nos besamos. Aquel beso fue el sello oficial a lo que en ese momento estaba empezando a crecer. Nos hacíamos daño en las rodillas, así que nos pusimos de pie. Pero no dejamos de besarnos ni un segundo. Ahí estábamos, con el mar a nuestros pies y la brisa haciendo bailar nuestras melenas. Nos estábamos dando un beso, pero queríamos darnos más que eso.

Por un momento nos separamos unos pocos centímetros para mirarnos a los ojos, haciéndonos el uno al otro la misma pregunta sin hablar. *¿Aquí?* Sí, allí. Al ver que ninguno de los dos se había opuesto, tranquilos de que no tenía pinta de que nadie fuese a pasar por allí porque el sol ya se había escondido y no tenía sentido ir a aquel lugar si no era para despedirse de él, Bruno levantó mis piernas para sentarme en la valla, dejándome de espaldas a la inmensidad del océano. No pensé en el vértigo, ni en la caída, ni en que si miraba para atrás posiblemente mi vida se daría por concluida. Simplemente me dejé llevar por sus manos, sus labios y su cuerpo. Sabía que no me dejaría caer. Hicimos el amor sobre esa madera, sentada frente a él de pie, con la ropa puesta, pero con los corazones más desnudos de lo que habían estado nunca.

CAPÍTULO 27

Toc toc, sonó la puerta. Habíamos llegado hacía unas cuantas semanas de nuestro fin de semana en La Palma. Era ya media mañana. Ni el telefonillo de la puerta de la entrada, ni el timbre, sonaron. Alguien llamó golpeando con los nudillos la madera que separaba el interior de la calle. Me asomé extrañada a la mirilla, y al ver quién era, abrí.

– Ay, ay, ay – dijo Mateo angustiado, con su mano derecha en la frente, mientras cruzaba el umbral de la puerta.

– ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

– ¿Quién es? – preguntó Bruno mientras salía del baño a medio vestir. Hay que ver qué sexi era mi prometido. Por un momento se me olvidó que mi primo había entrado preocupado y que estaba ya metido en el salón.

– Menos mal que estáis los dos en casa – siempre que tenía una crisis, aparecía por allí, pero siempre nos avisaba antes de venir. Hoy debía ser algo más grave si apareció sin llamar.

Mateo era una persona muy práctica, con la cabeza bien amueblada, a quien le venía muy bien (y le encantaba) poner sus pensamientos sobre la mesa para poder ponerlos en orden. Siempre hablaba de su psicóloga, quien le había ayudado mucho a entenderse, a conocerse, a gestionarse.

– Mi psicóloga no tiene hueco hasta dentro de un par de días y se ha liado gorda.

Bruno y yo nos quedamos quietos mientras le mirábamos, y él no dudó en sacar tres copas del armario sin preguntar a nadie, coger el vino de la nevera y llenarlas para relajar el ambiente y bebérnoslas mientras tratábamos de arreglar lo que hubiese pasado.

– ¡Listos! ¡Dispara! – Bruno fue el último en sentarse en el sofá, Mateo y yo le estábamos esperando hablando de otras cosas para que no se perdiese nada mientras preparaba nuestro refrigerio.

– Los dos me conocéis de toda la vida – comenzó a contarnos mientras escuchábamos atentamente. Bruno estaba sentado a mi lado y me dio la mano que tenía libre de su copa –. Ya hemos hablado en alguna ocasión de que mi forma de ver las relaciones es la que es. Puedo quererte mucho, pero eso no significa que esté ciego frente a otras personas.

Mateo había vivido siempre así. Fiel creyente y practicante de las relaciones abiertas, tuvo que cerrar el grifo cuando, al conocer a Marvin, su actual futuro marido, éste no estaba muy convencido de que esa forma de ver el amor fuese a funcionar. Ya cuando empezaron a salir, años atrás, Mateo lo intentó, pero Marvin no pudo soportar pensar que su querido Mateo daba su cariño a otros, y volviera a casa después a acurrucarse con él para ver una peli. Tanteó el terreno,

pero no encontró lo que esperaba. Tuvieron alguna que otra conversación, y finalmente decidieron que se ceñirían a las relaciones tradicionales: el uno con el otro, sin espacio para nadie más.

– Bueno, pues resulta que anoche salimos a cenar con otra pareja con la que empezamos a hacer planes hace poco. Uno de ellos es un brasileño cañón, y el otro es compañero de trabajo de una amiga, quien nos presentó. Prepararon una cena que alucinas, buenísima, en su casa. Joao fue cocinero en Sao Paulo y nos hizo unos manjares brasileños que nos chupamos los dedos – Mateo era así, de perderse en los detalles –. En un momento dado, mientras yo acompañaba a su chico a llevar los platos a la cocina, se puso un poco tonto cuando estábamos colocando los cubiertos en el lavavajillas. Que si un *jiji* por aquí, un *jaja* por allá, un *te rozo la mano un poquito*… Cuando quise darme cuenta me estaba metiendo la lengua hasta la garganta.

– ¡¿Cómo?! – Bruno y yo coreamos al unísono nuestra sorpresa. ¿Estas cosas no se hablan antes de ponerse en marcha? Era un mundo desconocido para nosotros.

– Lo que oís. Me separé, no sin antes devolverle un poquito el morreo, cuando pensé en Marvin, y volvimos al salón. Os he dicho ya que está cañón, ¿no? – nos recordó ese detalle innecesariamente, ya que lo había repetido dos veces en dos minutos de conversación –. Cuando salimos, Dani, que así se llama el otro chico, estaba a puntito de comerle el cuello a Marvin. Como os podéis imaginar, él no reaccionó igual que yo. Le empujó, le gritó, y seguido de un *Mateo, nos vamos*, cogió los abrigos y salió por la puerta.

– Ay madre, que a ti sí que llegaron a comerte la boca – dijo Bruno con los ojos abiertos como platos mientras su mano derecha se posaba sobre su frente, como si estuviese siguiendo la trama de una telenovela.

– ¿Le contaste lo que pasó en la cocina? – pregunté con la misma expresión que tenía Bruno. Nos miramos, esperando con ansia su respuesta.

– Salimos de la casa y volvimos a la nuestra dando un paseo, está a tres minutos de nuestro bloque. Él iba unos metros delante de mí, como con prisa por salir de aquel lugar para dejarlo atrás. Yo le seguía a paso ligero, tratando de cogerle el ritmo y caminar a su lado.

Mateo se levantó y se puso a contarnos cómo siguió la cosa yendo de acá para allá en el salón. Nosotros le seguíamos con la mirada, hipnotizados. Continuó con su historia, nervioso.

– ¿Te lo puedes creer? – preguntó indignado Marvin a Mateo mientras casi corrían de vuelta a su casa –. ¡Que me ha intentado comer el cuello! – se giró para mirar a Mateo al ver que éste no decía ni media palabra – ¿Es que no te importa? – y frenó en seco. Mateo, por fin, logró entonces alcanzarle.

– A ver, pero cuéntame qué ha pasado exactamente, yo apenas he visto nada.

– Estábamos terminando de recoger la mesa, quitando el mantel, y en una de esas, Dani ha pasado muy cerca de mí. Me pareció raro, pero no le di importancia. Hemos seguido charlando, riéndonos, y cuando he querido darme cuenta, le tenía justo delante de mí agarrándome de la cintura. Cuando te digo demasiado cerca, es demasiado cerca – se colocó delante de su futuro

marido replicando la distancia que hacía un momento le había separado de otro hombre que no era él –. Y nada, de repente, se ha lanzado a mi cuello.

Marvin se mostró algo molesto al ver que Mateo no lo estaba ni una pizca.

Voy a ponerte en situación. Mateo, desde que descubrió su sexualidad, se adentró en el mundo de las relaciones abiertas para ir probando y vio que era la manera que él quería de tener una pareja. Eso significaba que, si surgía la ocasión, se acostaba con alguien que conocía en ese momento, a pesar de tener a alguien esperándole en casa.

Tuvo un par de relaciones así, en las que la otra persona accedió, aunque finalmente la cosa no hubiese funcionado porque no les resultó fácil llegar a casa preguntándose si los labios de su chico habían sido probados por otro. También había participado en relaciones con matrimonios, donde él era el tercero en cuestión. Lo disfrutaba mucho, y nos parecía muy suyo que tuviera las cosas tan claras. Al fin y al cabo, él nunca ocultó su forma de ver la vida a ninguno de sus exnovios. Y a Marvin tampoco.

– Repito: ¿es que no te molesta? – al ver que Mateo seguía sin contestar, pero que estaba diciendo todo con la mirada, el gesto de Marvin cambió. Parecía estar encajando las piezas del puzle.

– A ver, mi vida… ya sabes cómo pienso.

– ¡¿Me has traído aquí con la esperanza de que acabáramos los cuatro en la cama?! – elevó el tono.

– ¡No! Te juro que no sabía nada.

– ¿Y te ha pillado tan de sorpresa como a mí?

– Pues… – Mateo tuvo que contarle, con pelos y señales, cómo en la cocina la lengua del brasileño terminó cortándole el aire.

Bruno y yo le mirábamos atónitos, no teníamos ni idea de cómo estaban las cosas en ese mismo instante.

– ¿Qué pasó? – pregunté, deseosa de salir de dudas.

– Que me mandó a hacer puñetas, básicamente. Intenté explicarle que Joao y Dani solo habían captado unas señales erróneas, pero no termina de creerse que yo no supiera nada, sabiendo mi historial.

Ya, la verdad es que Bruno y yo compartíamos la visión de que la pareja es de dos, y comprendimos el punto de vista de Marvin.

– ¿Qué pasó después de que le contaras lo de la cocina? – Bruno formuló la pregunta tratando de que nos enterásemos, por fin, de dónde estaba Marvin.

– Se dio media vuelta y me pidió que no durmiera en casa.

– Vaya… ¿cómo es que no has venido aquí? – quise saber, nuestra casa era su casa.

– Fui a casa de Ángela, que vive en el portal de al lado, y he pasado allí la noche. Esta mañana, al despertarme, he subido a casa para ver si podíamos hablar, pero se había marchado.

Pensé por un momento en lo caprichosa que es la vida. Mateo había querido, desde siempre, tener una pareja con la que tener una relación abierta. Tras varios intentos, encuentra a alguien de quien se enamora, que le hace feliz y al ver que esa persona no podía tener una relación como él quería, puso su amor por delante, renunciando a ello, y acabó perdiéndole por un malentendido, sin haber hecho nada.

– ¿Quieres que le llamemos? – preguntó Bruno, conciliador.

– No, déjalo. Quizá sea peor. Voy a darle un tiempo. Le he dejado un par de mensajes de voz y algún WhatsApp. Esto es cosa suya, yo, realmente, no he hecho nada.

Le vimos tranquilo, aunque nervioso al mismo tiempo. Le invitamos a quedarse a comer, yo iba a preparar un risotto de champiñones, y podía hacer para los tres. Bueno, más bien, para los cuatro. Llamamos a Carla, que estaría sola ese fin de semana, para que viniera a pasar un rato con nosotros.

CAPÍTULO 28

– ¿Qué te ha parecido todo lo de Mateo? – me preguntó Bruno mientras recogíamos el jaleo, ya solos, que se había formado en casa con la visita de mi primo y mi hermana.

– Me da pena, la verdad – y compartí con él mi reflexión sobre lo que le había costado encontrar a alguien con quien sentirse pleno y que de buenas a primeras todo se hubiese truncado –. ¿A ti?

– A mí me parece que Marvin se ha pasado tres pueblos… le quiero mucho, pero creo que le va a tocar volver a él.

Estábamos de acuerdo en eso. Vimos a Mateo bastante entero, todo lo entero que te deja no saber si el amor de tu vida va a volver a casa o no.

– ¿Tendrías una relación abierta? – preguntó Bruno, con sonrisa vacilona, mientras metía las tazas del café que habíamos ensuciado después de comer en el lavaplatos.

– ¿Y esa pregunta? – la que sonreía vacilona ahora era yo – Pues oye, ahora que lo dices…

Y Bruno corrió hacia mí, se agachó dejando su hombro a la altura de mi tripa, y me colgó de él como un saco de patatas cuando se puso recto otra vez. Nos entró la risa, y a pesar de haber sido él quien había preguntado, dejó claro con aquella reacción divertida que en nuestra pareja no cabía nadie más.

Pasamos lo que quedó de tarde hablando de la boda. Ninguno de los dos queríamos que fuese por la iglesia, así que hicimos varias llamadas para concertar citas en las fincas de alrededor. Dos al día siguiente, y otras dos el fin de semana.

Tras una noche de peli y manta, que era lo único a lo que invitaba el frío invernal de fuera, nos fuimos a dormir. No voy a negar que me acosté nerviosa, sin saber cómo sería la primera visita a la finca que iríamos a ver al levantarnos. El despertador sonó pronto, más de lo que me hubiese gustado, pero Bruno ya no estaba en la cama conmigo.

Salí de la habitación mientras me abrochaba la bata calentita sobre el pijama, y ahí estaba él, leyendo en el sofá cubierto con una manta.

– Qué bien te lo montas… – le dije desde lejos. Estaba despeinado y llevaba puestas las gafas de pasta. Me acerqué a ese hombre, protagonista de mi siguiente dibujo de acuarelas, y se me escapó por el camino una sonrisa al recordar que en un ratito había que salir a ver, posiblemente, el lugar donde nos juraríamos amor eterno. Pero antes, me metí debajo de la manta por sus pies, y recorrí su cuerpo reptando sobre él hasta que quedé acurrucada tumbada encima suyo. Cerró su libro y pasamos así los siguientes cinco minutos.

Nos vestimos y cogimos mi coche a la primera finca. No llovía, pero hacía demasiado frío para ir con la moto. La entrada era muy bonita. Todo parecía elegante, minimalista y sencillo. Nos recibió una mujer muy alta, de las que te sonríen y le dices que *sí* antes de que te formulen una pregunta.

Nos enseñó los espacios, todos separados, y nos mostró todo un abanico de opciones que podíamos añadir. *Todo suma*, pensé. Y poquito a poquito, el presupuesto aproximado que nos dio, así rápido, era algo estratosférico. Bruno y yo nos mirábamos de soslayo, tratando de entendernos con la mirada. *No es aquí*, coincidimos en nuestro mensaje mental.

Algo decepcionados con la primera visita, pusimos rumbo a la segunda. No había que perder la esperanza, este era el primero de cuatro lugares. Alguno nos gustaría. La segunda finca estaba algo más alejada que la primera de la zona que nos apetecía. Pero las fotos de este sitio nos habían gustado mucho.

– ¡Yo ya he estado aquí! – dije mientras entrábamos en el aparcamiento – ¡Es donde se casaron Elena y Jacobo!

– ¿Y qué te pareció? ¿Cómo lo recuerdas?

– Bonito. Y cuqui – sonreí, de nuevo esperando que este fuera el lugar.

Entramos al recinto. Estaba lleno de árboles, de plantas, y había un lago al fondo. Uy, este tenía muy buena pinta. Alfredo, que así se llamaba el chico que salió a buscarnos, nos hizo un *tour* por toda la finca y nos la vendió muy, pero que muy bien. Hacía frío y agradecimos entrar a su oficina para que nos contara los detalles. Me asomé a la ventana mientras Alfredo preparaba los catálogos, y pude verme allí, vestida de blanco, cruzando la pasarela que llevaba desde la orilla del lago a la plataforma que estaba en el medio, donde se celebran las ceremonias. Recordé entonces más detalles de la boda de Elena y Jacobo, y sonreí. Noté la presencia de Bruno detrás de mí, y oí cómo sonreía al soltar un poquito de aire por su nariz.

– ¿Seguimos? – Alfredo estaba ya listo y pasamos la siguiente hora abriendo y cerrando carpetas, juntando colores, organizando el espacio…

Salimos de allí con muy buenas sensaciones. Los precios que nos daba nos parecían razonables y el entorno era precioso. Las otras dos visitas las tuvimos el fin de semana. No voy a dedicar a estas fincas demasiadas líneas porque no salimos de ellas encantados. Teníamos ya en la cabeza la del lago, y no nos convenció tanto ninguna de las otras dos.

Aprovechamos la salida de la última de ellas, ya el fin de semana, para ir a la casita de la Sierra. Entre unas cosas y otras, llevábamos varios sin pisarla. Había nevado hacía poco y el color blanco aún reinaba en el jardín. Bruno bajó para abrir la puerta y que pudiera dejar el coche dentro, y aparqué.

Subimos las mochilas a la habitación del piso de arriba. Bruno quiso salir a echar un vistazo a la zona exterior, y fuimos a la parte de atrás a por un poco de leña. Mientras él organizaba los troncos de madera en la cesta en la que los solía llevar al salón, me quedé mirando a la explanada que tenía delante, con el olivo de su abuelo y el embalse al fondo, y un montón de metros

cuadrados vírgenes y salvajes.

– ¿Y si nos casamos aquí? – pregunté, y Bruno dejó de hacer inmediatamente lo que estaba haciendo.

– ¿Cómo? – creyó haberme entendido mal. Oí sus pasos sobre la nieve que quedaba en el suelo y pude adivinar que se acercaba a mí. A los pocos segundos, me abrazó por la espalda posando sus brazos sobre mis hombros.

– Que podríamos casarnos aquí.

No sé cómo no se nos había ocurrido antes. Aquel lugar era idílico. Y el valor que tenía para Bruno era incalculable.

– Así el abuelo podría estar con nosotros – señaló el olivo y sonrió.

Y así lo decidimos. Lo haríamos pasadas las Navidades del año siguiente para tener tiempo de organizarlo todo, al ser nosotros mismos los que nos ocuparíamos. Así, en pleno enero, con el frío que daba a este sitio un toque tan especial.

CAPÍTULO 29

Din don. Sonó el timbre. Esta vez Mateo sí que había avisado, como todas las demás veces, antes de llegar a casa. Ya era julio, y el calor apretaba. Hasta ese momento, no había vuelto a tener noticias de Marvin.

– Compromiso cancelado – dijo mientras entraba por la puerta.

La verdad es que más de seis meses de negociaciones eran más que evidentes… pero bueno, era necesaria una conversación final, que intuimos que había ocurrido hacía poco.

– ¿Está Bruno? – quiso saber.

– No, está en una operación. ¿Quieres esperar a que llegue?

– No puedo, tengo algo de prisa y a saber cuándo llega. Este hombre siempre sabe cuándo empieza una operación, pero nunca cuándo acaba.

Serví un par de refrescos con hielo y nos los tomamos en el salón con el aire acondicionado puesto. Qué calor hacía ya fuera, era casi insoportable. Antes de meternos en materia, Mateo me preguntó qué tal estaban Lara y su bebé. Se ofreció a ir a verla una tarde. Mateo y las chicas siempre habían tenido buena relación, al haber crecido casi juntos, coincidiendo en los momentos más importantes de mi vida. Me pareció bonito que él quisiera pasarse a verla en uno de los más importantes para ella.

– He estado con Marvin esta mañana – dijo tras quedarnos sin tonterías de las que hablar.

– Cuéntame cómo ha ido – por su comentario al entrar en casa sabía que la cosa no había acabado bien, por lo que relajé mi tono animado de unos instantes antes al pedirle que me pusiera al día.

– Nada, es imposible. No es que no haya olvidado lo que pasó aquella maldita noche, es que… no nos entendemos. He estado yendo todo este tiempo a la psicóloga, y hemos trabajado este tema desde muchos puntos hasta que hemos dado con la clave: no quiero tener una pareja si no es capaz de aceptar una relación abierta.

Me pareció valiente y arriesgado. No es común dar con alguien con esos mismos intereses. O eso, al menos pensaba yo, al ser mi primo el único que comulgaba con esa forma de vida en mi entorno.

– Sabes que durante estos meses nos hemos visto. Al principio, centrábamos las conversaciones en la cena que lo hizo explosionar todo. Error, ya te lo digo – gesticulaba tanto que era imposible

no quitar la vista de encima mientras hablaba. Era algo que me encantaba de él. Siguió contándome, con un poco de tristeza en sus ojos –. No era eso en lo que nos teníamos que haber centrado. Era en qué queremos cada uno. Me costó Dios y ayuda que se olvidara de aquel percance. Me creyó después de un tiempecito, cuando le decía que no tenía ni idea de los planes de nuestros amigos.

– Aquello fue un buen primer paso… no sé yo dónde habríais llegado si no lo hubiera hecho.

– Pues al mismo punto donde estamos ahora. Parece ser que, cogiéramos el camino que cogiéramos, nuestro destino estaba escrito y no estábamos hechos el uno para el otro. Me da pena eh, Marvin es un tío genial y me enamoré de verdad… pero no quiero renunciar a quién soy por otra persona.

Mateo siempre se explicaba estupendamente. Durante la siguiente hora continuamos hablando del tema, le hice mil preguntas, curiosa, como siempre que hablábamos de las relaciones abiertas. Antes de marcharse me estuvo echando una mano con cosas de la boda. Hacerlo nosotros era mucho trabajo y a él siempre le han encantado esas cosas.

– Acuérdate de que tienes la cita del vestido la semana que viene – ¿cómo iba a olvidarlo? – Me marcho ya, que no llego a una reunión.

Le acompañé a la puerta, y antes de abrir la puerta me dio un susto.

– ¡Ay! ¡Casi se me olvida! – sacó unos cuantos sobres del bolsillo –. Me he cruzado con el vecino, ha visto que llamaba a vuestra puerta y me ha dado estos sobres, dice que se han confundido de buzón,

Ojeé las cartas, entre las que encontré algo especial. Se trataba de una postal. Los remitentes y los destinatarios eran los mismos: nosotros. Durante un par de semanas de vacaciones que cogimos después de Navidad, recorrimos Francia en coche. Aparte de poner un candado con nuestros nombres en el Pont des Arts de París, como buenos turistas enamorados que éramos, justo antes de salir de la última parada antes de volver a casa, pedimos al dueño del *Airbnb* en el que nos alojamos que, cuando se acordara, nos enviara esa postal. Y aquel tipo se había tomado el tiempo suficiente para que a nosotros se nos hubiese casi olvidado y me pillara desprevenida cuando apareció en casa. No podía esperar a que llegara Bruno para poder abrirla.

– ¡Ya casi se me había olvidado! – la cara que puso él mientras abría el sobre con cuidado cuando llegó a casa era para haberla pintado con mis acuarelas. Era como si fuese la mañana de Navidad y estuviese esperando a tener permiso para abrir sus regalos. En la postal escribimos lo siguiente:

Que nunca se nos olvide que, aunque somos uno, siempre seremos dos. Dos personas diferentes, con sueños diferentes, con inquietudes diferentes, que han decidido caminar juntos por la vida, cogidos de la mano y agarrándose fuerte para nunca caer.

Somos nosotros. Esos dos que supieron esperar y encontrar la manera de que la vida los

volviese a juntar, porque llegó el día en el que abrazamos la vida y nos abrazamos a nosotros, seguros de que en esta vida nos hemos encontrado, y nos reencontraremos en todas las demás.

Aquellas palabras se clavaron en nuestros ojos y en nuestras almas como si no hubiésemos sido nosotros los que las habíamos escrito un año atrás y las estuviéramos leyendo por primera vez.

Fui corriendo a la estantería del salón, donde exponíamos libros y algún que otro recuerdo, pero sin demasiados trastos. Nos gustaba a los dos la decoración sencilla. De entre los libros cogí un pequeño cuaderno que imitaba piel, con una rosa de los vientos impresa en ella y un par de cuerdas que lo cerraban. Se trataba de un cuaderno que fuimos rellenando de anécdotas, datos, fotos y recuerdos de aquel viaje. Llevamos con nosotros una cámara *Polaroid* y tomamos una fotografía de cada sitio.

Nos sentamos en el sofá, Bruno con la postal aún en la mano, y yo sentada sobre su regazo, cómoda, dispuesta a rememorar aquellos días en los que viajamos por Francia.

Pasamos las páginas despacio, con cuidado de no romper esas hojas que unos meses más tarde nos parecían tan delicadas, riéndonos a carcajadas con anécdotas que habíamos anotado, recordando cómo llorábamos de la risa por las bonitas calles de París. Y de la risa, pasamos a la nostalgia. Sentada sobre él, apoyé mi cabeza sobre la suya, dejando que nuestras frentes descansasen juntas, una pegada a la otra. Cerramos los dos los ojos y me dio un beso en el mentón, para luego yo devolvérselo en sus labios. Nos abrazamos fuerte, provocando un lío de brazos entre nosotros, donde no sabíamos a ciencia cierta a quién pertenecía cada uno.

Y de ese sofá nos marchamos a la cama, a volver a querernos otra vez, a revivir el amor que había venido a nosotros acompañados de aquellas páginas y que nos habían llenado de energía.

***

Durante las Navidades estuvimos hablando de hacer un último viaje antes de la boda, e incluso le pusimos más ganas que a la propia luna de miel, que aún estaba en el aire. Para ella, todo el mundo opta por destinos paradisíacos, lejanos, esos a los que probablemente nunca más volverán. Quizá fuera eso lo que hiciéramos. Para esa última aventura se nos pasó por la cabeza, pero nos decidimos por, a falta de furgoneta camperizada, coger el coche y hacer varias paradas durante casi tres semanas desde Madrid hasta París, y vuelta.

Sí, volví a París. París es mi ciudad, aunque no sean sus coordenadas las que llevo escritas encima de mi codo. Ya había estado allí cuatro veces. Han estado allí cuatro versiones diferentes de mí misma. Cuatro veces París, cuatro veces yo. Quizá estas visitas hayan coincidido con las etapas más maravillosas de mi vida. Las cuatro versiones de mí más significativas. Tan significativas como las circunstancias que han acompañado a cada una. Entre

estas cuatro visitas, tuve que pisarla un par de veces varios días sueltos por motivos de trabajo, como cuando me reencontré con Céline. Pero estos, aunque me hicieran enamorarme aún más de aquel lugar, no contaban.

Cuando mis pies la pisaron por primera vez, iba de la mano de mis padres, como siempre he ido. Pero esta vez de manera literal. Aquella *Marina* se convirtió en Campanilla durante varios días. Y creyó en la magia.

La segunda vez me llevó mi primer amor. En lugar de ir caminando, iba flotando agarrada de su mano. Vino allí conmigo esa inocencia de una *Marina* tan joven como ilusionada. Esa versión aún no tenía vértigo y vio París desde lo más alto de la Torre Eiffel.

La tercera vez, cómo no, me llevó *Ella,* Amaya. La mano que siempre me había salvado. La que siempre me salvará. Un vino y una tarta *banoffee* después, teníamos los billetes. En esta versión, empecé a ser más yo que nunca. Entre esta y la siguiente hubo muchas promesas de volver a ver París que nunca llegaron.

Y la última, que espero que no sea *la última*, ha sido... cómo explicarlo. La mano que me acompañó esa vez había sido la que ha hecho que la versión que pisó París fuera la más auténtica. Esa mano sabía que mi sueño era volver, y le faltó tiempo para arrancar el coche y llevarme a cenar por Montmartre. La ciudad del amor, dicen. Y tanto que sí.

La Torre Eiffel me ha impresionado las cuatro veces. El Sena seguía llevando agua. La misma, pero diferente. Como yo. Los tejados parisinos seguían siendo como los recordaba. Y volveré, porque si no hay dos sin tres, no hay cuatro sin cinco. Porque, aunque la tenga muy vista, París siempre será mi París.

Recorrimos cuatro mil quinientos cuarenta kilómetros, repartidos entre catorce destinos y diecinueve días. Y los recorrimos con mucho, mucho amor. Los momentos previos a salir fueron un poco caóticos: que si no he metido esto en la maleta, que si no encuentro lo otro… El primer plan era fácil: hacer Madrid-Burdeos de una. Hicimos varias paradas para tomar café y tras casi nueve horas al volante, llegamos. Creo que no hace falta que diga que no viajamos como dos marqueses. Cogimos hoteles y apartamentos que nos parecían razonables de precio, ya que preferíamos gastarnos el dinero en comer, beber y disfrutar de cada rincón de las ciudades que íbamos a visitar.

Nos instalamos en el primer alojamiento deseosos de descansar. Qué maravilla. Se trataba de un piso de dos habitaciones, muy bien decorado y cuidado, cerca del centro de Burdeos. Comenzamos nuestra aventura al día siguiente, madrugando bastante más de lo que me hubiese gustado. Bruno quería llevarme a un sitio que él ya conocía, las Dunas de Pilat. Solo me dijo que tendríamos que subir unas dunas, y que dejaría que el propio lugar hiciera el resto. La subida fue terrible (sí, reitero mi rechazo por las cuestas arriba), y eso le parecía muy divertido a él, quien no dejaba de hacerme fotos, queriendo retratar mi cara de mal humor, de casi muerte por calor y de agotamiento. Y cuando llegamos arriba… todo se me olvidó. Desde lo alto de las dunas, un bosque a un lado, y la inmensidad del océano, al otro. Ir pronto fue muy buena idea porque nos permitió disfrutar de aquel lugar solos, sin nadie que rompiera aquel momento.

– ¿Te gusta? – me preguntó Bruno con cara de emoción, esperando, por supuesto, un *sí* gigante

por mi parte.

– Esto es maravilloso. Gracias – creo que era imposible esbozar una sonrisa más amplia.

Bruno se acercó a mí para abrazarme. En ese momento, juntos, solos, frente a ese paisaje que era bello allá donde miraras. Éramos dos personas que tenían el mundo literalmente a sus pies desde lo alto de aquellas dunas, y no pudimos evitar sentirnos las personas más afortunadas del planeta.

– Tú eres maravillosa, bonita. Mírate, en este lugar – me cogió de la mano derecha e hizo que diera una vuelta sobre mí misma sin soltarme, como si estuviéramos bailando. Cuando volví a estar de frente a él, siguió moviéndonos como si una bonita canción sonase de fondo poniendo banda sonora a ese momento.

Bajamos de allí mucho más deprisa de lo que habíamos subido, muertos de hambre. Llegamos al centro de Burdeos, donde nos comimos un desayuno francés más que merecido. Paseamos por la ciudad cogidos de la mano, nos hicimos un millón de fotos, nos perdimos por sus calles buscando rinconcitos idílicos que guardar en nuestra memoria y donde tomarnos un vino para brindar por nosotros y por la vida, por todas las vidas.

Durante los siguientes días visitamos varios pueblos que estaban por la zona, moviendo nuestro campo base a uno de ellos para estar más cerca de todo, La Roque-Gageac. Si lo buscas en internet, te verás de repente metido en un cuento. Desde allí fuimos a Bergerac, a los Jardines de Marqueyssac, a Domme, a Beynac-et-Cazenac, y a Sarlat. Ocupamos con ellos cinco días con sus noches incluidas. No fuimos capaces de decidir qué fue lo que más nos gustó, porque cada día decíamos: *este es mi pueblo preferido*, sin saber que diríamos lo mismo del siguiente.

De camino a la Bretaña, que era nuestro siguiente destino, hicimos una parada de dos días en un pueblo que se llamaba Saint-Priest-Liguore. Podría haberme quedado allí a vivir si no tuviésemos que volver a la vida real. Repusimos energía antes de comenzar la segunda mitad del viaje en una casita de piedra en mitad de la nada, donde nos dedicamos a leer, a pintar, a dormir, a tomar el sol, y a disfrutar de nuestros cuerpos como si fuera la primera vez. Sin teléfono móvil, sin wifi, sin distracciones. Solo nosotros. Solo el amor que flotaba a nuestro alrededor.

La primera parada al salir de aquella casita de cuento fue Rochefort-en-Terre, un pueblo precioso con los suelos empedrados por los que no circulaba ni un solo vehículo, solo cientos y cientos de personas. De ahí fuimos a Vannes, una ciudad algo más grande donde nos alojaríamos durante un par de días. Tras recorrer sus calles y descansar antes de salir, cogimos el coche y fuimos, de nuevo, en busca del mar. La Bretaña nos esperaba y, Crozon, el punto más al oeste de ésta, fue como un soplo de aire fresco. La playa de Portzic fue el siguiente destino, donde paramos un ratito a descansar y a mojarnos los pies en la orilla. Qué sensación tan bonita.

Antes de llegar a París nos quedaban dos paradas: Dinan y el Monte Saint-Michel. El primero fue como trasladarnos a la película de *la Bella y la Bestia*. Caminamos por sus calles disfrutando de todo, incluidos nosotros mismos, que seguíamos dentro de nuestra burbuja particular. El segundo fue, simplemente, espectacular. Nos alojamos en un hotel cerca de allí, y tras otra noche con parada técnica para descansar por el camino, por fin llegamos a París.

Pasamos allí cuatro días como si ninguno de los dos hubiese pisado aquella ciudad antes.

Anduvimos lo ya andado en otras ocasiones, pero aquella vez con un aura diferente. Estábamos creando nuestra propia historia. Aprovechando cada minuto del día para no perdernos nada y para crear nuevos recuerdos sobre las calles de la ciudad más bonita y romántica del mundo.

CAPÍTULO 30

Aquel lugar era maravilloso. Bajé desde el piso de arriba con cuidado, agarrada a mi padre, mirando a mis pies y viendo, de refilón, que lo que llevaba puesto era mi vestido de novia. Ya había llegado el momento. Tantos meses de preparativos, el ratito con las chicas en la habitación para ayudarme a vestirme, mis padres llorando a moco tendido al verme ya lista, y mi padre a mi izquierda, sujetándome, conocedor de mi torpeza, para que no me cayera.

Podíamos oír la música desde donde estábamos, junto a la puerta que daba al jardín de la preciosa casita de la Sierra, esperando a que nos hicieran una señal para comenzar a caminar. Mi padre me miraba, lo vi por el rabillo del ojo, y al notar su expresión, le devolví la mirada.

– Estás preciosa, hija – me dijo bajito. Y tras ese comentario, Roi, que era el encargado de estar atento a la canción, nos dio luz verde para salir al jardín y que comenzara la celebración.

Mi padre y yo empezamos a andar. Todo estaba lleno de flores, de hojas, y de la gente que más quería en este mundo. La nieve y la lluvia nos habían dado un respiro, aunque el frío de enero se hizo notar, y los resquicios blancos de la nieve que había caído los días anteriores hacían que la explanada que antes estaba vacía, pareciese un paisaje de cuento.

Pero antes de prestar atención a todos los demás detalles miré al frente. Necesitaba mirarle a la cara y que me transmitiese la calma que tanto necesitaba en ese momento. Bruno me miraba fijamente, sonriendo, nervioso, y le leí en los labios susurrarme: *dale, bonita, ven y cásate conmigo.*

La verdad es que no podía ir más guapo, qué os voy a decir. Llevaba un traje de color verde botella. Me sorprendió que fuese tan atrevido, pero le quedaba como un guante. El traje iba acompañado de una camisa blanca. Llevaba una corbata sencilla, y del bolsillo de la chaqueta asomaban unas florecitas que alguien le chivó que serían las mismas que yo llevaría en mi ramo. *Está en todo*, pensé. El pelo lo llevaba recogido en un moño, con todos los mechones bien colocados.

Comenzó el paseo hacia el altar. Mis manos temblaban, aunque no por el frío, igual que me temblaba el labio inferior, que trataba de contener las lágrimas. En ese momento me alegré de que el fotógrafo ya hubiese tomado algunas instantáneas, porque la cara que se me pone cuando lloro no es la más bonita. Siempre dije que iba a ser una pena que el día que me casase no pararía de llorar, y eso no quedaría bien en las fotos.

Miré a mi alrededor. Una vez más, mi mundo en pie junto a unas cuantas sillas. Estaban todos espectaculares. Me miraban con amor, me decían que estaba muy guapa, con palabras y con sus ojos, y las miradas de todos nos acompañaron a mi padre y a mí hasta que llegamos a nuestro destino. Todos los ojos menos los de Lara, que le pedí que grabara a Bruno desde que entrase

hasta que me reuniese con él. Todos suelen mirar a la novia, pero los gestos y la cara del novio mientras la espera… eso no tiene precio.

Por fin llegamos hasta él. Mi padre me dio un beso en la mejilla, cogió mi ramo para dárselo a mi madre, quien lo guardaría hasta después, y le tendió mi mano. En ese momento nos miramos y… *pum*. El tiempo, de repente, pareció pararse. Mis manos dejaron de temblar, aunque las lágrimas no cesaban de brotar, ya de los ojos de los dos. Era esa mirada la que me volvía completamente loca y la que me tranquilizaba al mismo tiempo. Quién nos iba a decir que treinta años después de haber aparecido de manera indirecta en la vida del otro, y tras un par de años disfrutando del amor, con todas sus letras, íbamos a estar dando el siguiente paso, celebrando el amor con todo el mundo que quiso hacerlo con nosotros.

Miré a mi izquierda, donde estaba el oficiante, quien no podía ser otra persona más que mi primo Mateo. Comenzó la ceremonia con un par de chistes para relajar el ambiente, y continuó recordando anécdotas, momentos y otros pensamientos que habíamos compartido con él. Salieron a hablar Amaya, mi hermana Carla, Miriam, Raquel, un par de amigos de Bruno y, finalmente, llegó nuestro turno.

– Y ahora, escuchemos los votos de Marina – dijo Mateo mientras se alejaba un poco de nosotros, dándonos intimidad, toda la que estar rodeados de doscientos ojos nos permitía, y dejándonos inmersos en una burbuja en la que solo parecíamos estar nosotros. Cogí aire con los ojos cerrados, los abrí y saqué un papelito que traía escondido en uno de los bolsillos secretos del vestido. No quería dejarme nada.

– Hola, mi amor – le sonreí y tuve que recordarme a mí misma que no se me olvidase respirar –. Desde que nos conocimos hemos vivido en una montaña rusa. Al principio pareció que sí, luego fue que no, y una noche de manera fortuita volviste a recogerme de suelo para no soltarme nunca más. Y con todo ello, siempre hemos sabido que éramos *nosotros*. Que debíamos ser pacientes y confiar en que la vida nos llevaría al camino del otro si es que tenía que ser así. Y ahora, teniéndote aquí delante, me reafirmo en la idea de que nuestras almas se estaban esperando. Así que, recordando aquella conversación frente al mar en la que me pediste que hoy mismo estuviera de pie, frente a ti, prometiéndote amarte lo que me queda de existencia, y repitiendo tus propias palabras: *tengo fe en que, si es la primera vez, no será la última, y esto será solo el comienzo de una historia eterna que viajará con nosotros durante toda la eternidad, durante todas las vidas que nos quedan.*

Cuando terminé de hablar hubo silencio durante unos cuantos segundos. La emoción de todos se respiraba en el ambiente, y cuando vieron que había terminado, rompieron en aplausos.

Durante mi discurso, me resultó a veces complicado entender mis propias palabras escritas en aquel papel porque las lágrimas se empeñaban en salir por mucho que yo intentase evitarlo. Bruno me atravesaba con la mirada como cuando en un día nublado los rayos del sol se cuelan entre las nubes. Vi cómo se emocionaba y sonreía al mismo tiempo, secándose de vez en cuando las mejillas con el exterior de su dedo índice. Sentí que le faltaba el aire en alguna que otra ocasión. Estaba tan guapo. Sé que esto lo he dicho ya, pero en ese momento estaba viendo a un Bruno que nunca había visto y que posiblemente nunca más volviese a ver. Al fin y al cabo, no íbamos a casarnos una segunda vez. Llegó su turno.

– Hola bonita – vi que se arrancó a hablar sin tener ningún papel en la mano. *Qué difícil acordarse de todo lo que querrá decir*, pensé. Yo habría sido incapaz –. Seguro que estás pensando que dónde diantres he metido mi papel – todos nos reímos –. No lo necesito. Si hay algo que se me olvide, tendré que decírtelo luego cuando estemos brindando con una copa de champán. ¿Por dónde empiezo? – dio un suspiro –. ¿Por la primera caída por un tropezón, o por la segunda? Todo eso ya se lo conocen todos los que están aquí – señaló a nuestros invitados sin dejar de mirarme y, de nuevo, carcajadas –. Así que me voy a centrar en lo que ellos no ven. Tengo delante a la mujer de mi vida. De esta, seguro. Te encontré sin buscarte y, aunque durante muchísimos años caminábamos uno cerca del otro, bendita la noche que me animé a tomar algo después de un largo día de trabajo. Nunca supimos dónde nos llevaría esto, y míranos. A unos minutos de hacer de este día algo memorable de por vida, para toda la eternidad. Madre mía, no puedo esperar a casarme contigo.

Y me besó casi sin darme tiempo a reaccionar, cogiéndome la cara con sus manos. Todos comenzaron a reírse de nuevo y a aplaudir. Algunos silbidos también se oyeron, y Mateo se acercó a nosotros, regañándonos entre carcajadas, porque aún no tocaba el famoso *puedes besar a la novia*. Pero a Bruno eso le dio igual y no separó sus labios de los míos hasta que se dio por satisfecho. Cuando lo hizo, mis ojos seguían cerrados y mi corazón estaba llenito de energía. Sentí que podría explotar de amor en cualquier momento.

La ceremonia continuó sin más salidas de protocolo, y justo después de hacer una *ceremonia de arena*, en la que diez personas de nuestro entorno, cada una de un círculo diferente en representación de todos los demás, llenaron un bote que luego acompañaría al resto de adornos que decoraban nuestro salón, procedimos al cierre final.

– Hemos llegado al momento clave de la ceremonia en el que vosotros debéis tomar la palabra para confirmar lo que sentís el uno por el otro, aunque creo que nos ha quedado bastante claro a todos… Así pues, os pregunto: Bruno, ¿quieres contraer matrimonio con Marina y, efectivamente, lo contraes en este acto?

Bruno no dejaba de mirarme mientras Mateo hablaba. Me estaba poniendo muy nerviosa, pero al mismo tiempo me pareció lo más tierno del mundo. Casi no le dejó terminar de hacerle la pregunta.

– Sí, quiero – y se echó a reír. Sacó el anillo de su bolsillo interior y lo introdujo en mi dedo anular. Elegimos los tradicionales, sencillos y de color dorado.

– Marina, ¿quieres contraer matrimonio con Bruno y, efectivamente, lo contraes en este acto?

– Sí, quiero – debo confesar que yo necesité coger un poco de aire antes de contestar. No por no estar segura, sino porque todo el aire de mis pulmones estaba paralizado y, de manera oficial, sería la única vez que diría esas palabras en todo su esplendor. Amaya, que estaba cerca de mí, me acercó el anillo que debía ponerle a él, y eso hice en cuanto terminé mi frase.

– Pues con estas declaraciones, y de una vez por todas, yo os declaro marido y mujer. Bruno, ahora sí que sí, puedes besar a la novia.

Se acercó a mí despacio, y ambos sonreíamos tanto que cuando juntamos nuestras bocas hicimos

que los dientes chocaran. Inmediatamente, un beso suave, profundo y sincero hizo acto de presencia. No nos lo podíamos creer. Nuestro *felices para siempre* estaba a punto de comenzar.

EPÍLOGO

Estábamos rodeados de cajas. Aquello era un poco agobiante. Siempre que me he mudado de casa, he aprovechado los dos días siguientes para, de una, quitarme todo de encima. Era imposible esta vez, claro. Bruno y yo habíamos organizado una fiesta de inauguración de lo que sería nuestro nuevo hogar. No era nuevo, en realidad, pero sí era donde, de manera definitiva y oficial, pasaríamos el resto de nuestras vidas.

No era nuevo, y tampoco estaba todo listo, pero nos organizamos mal y aún habría unas cuantas cajas cuando llegasen los invitados. Traté de mover una pila de cajas llenas de trastos para evitar que alguien se chocara.

– Pero, ¡¿qué haces?! ¡Ten cuidado! – gritó Bruno desde la puerta del jardín que dos años atrás atravesé vestida de blanco, cogida del brazo de mi padre.

– Es que hay muchos trastos…

– Ya, bonita, pero tienes que cuidarte – me dijo mientras me daba unas cuantas caricias en la barriga. Ya estaba todo muy avanzado y en un par de meses un pequeño ser llegaría al mundo para llenarlo de luz.

Los invitados empezaron a llegar: mis hermanos y los niños, mis padres, los padres de Bruno, Mateo, su nuevo novio (pro-relaciones abiertas, por cierto), Miriam y Roi, los de la universidad, amigos que hice en Kenia y vivían en Madrid, y unas cuantas personas más que quisieron venir a acompañarnos a esa bonita noche.

– Lo hemos conseguido, ¿eh? – dijo Bruno acercándose a mí por detrás, antes de darme un beso en la mejilla, y volvió con sus padres para darles una bandeja de quesos muy ricos que, muy a mi pesar, el embarazo no me permitía probar.

Ya te digo que lo habíamos conseguido. Tras la boda y después de la luna de miel, se cogió una excedencia para irse a trabajar con *Médicos sin Fronteras* como siempre había soñado. Yo, por mi parte, negocié con mis jefes para teletrabajar varios días en semana, y bajar a las tiendas de vez en cuando, cuando fuese necesario. Además, como estaba con la baja ya, tendría tiempo de disfrutar de nuestra casita.

Y pronto, muy pronto, alguien empezaría a utilizar el término *mamá* para referirse a mí. Ese derecho no había sido de nadie antes.

Con un mosto llenando mi copa para engañar a mi cerebro porque es del mismo color que el vino blanco, me acerqué a los altavoces que teníamos en el salón. Conecté mi teléfono móvil mientras todos charlaban y reían, y puse una canción que iba a hacer que todo el mundo se pusiese a

bailar. De repente y sin avisa, sonó *Ain't no mountain high enough*, de Marvin Gaye y Tammi Terrell. Te invito a que te la pongas ahora mismo, antes de continuar, para terminar de conocer cómo acabó esta historia.

Todos me miraron, cesando sus conversaciones, sobresaltados porque subí el volumen de la música. Inmediatamente, me puse a bailar delante de todos al ritmo de la canción, poniendo mi puño frente a mi boca a modo de micrófono y moví los labios siguiendo la voz de él. Vi cómo los hombros de los que estaban sentados empezaron a moverse. Carla, que estaba cerca de mí, se acercó aún más y fue ella quien hizo *playback* completando el dio, siguiendo mis pasos y bailando a mi lado, cogida de mi mano. Bruno empezó a hacerlo donde estaba, dio una vuelta a su madre sobre sí misma, y vino donde yo estaba. Carla se dio la vuelta y comenzó a bailar con sus hijos, que habían corrido hacia ella para disfrutar de ese momento juntos.

Y un momento después, todos los que estábamos allí celebrábamos la vida al ritmo de la música. Y yo, como podéis imaginar, no podía sentirme más plena.

ACERCA DEL AUTOR

Paloma, nacida en la vibrante ciudad de Madrid en el año 1990, es una apasionada de la naturaleza, la playa y los libros. Desde temprana edad, su espíritu inquieto la ha llevado a explorar el mundo y descubrir nuevos horizontes.

Es una Maestra de educación primaria apasionada y una eterna soñadora, que ha encontrado en la escritura su más fiel compañera. Con una pluma que danza entre la realidad y la fantasía, ha tejido historias y pensamientos que ahora cobran vida en su primera novela bilogía de novelas románticas, *Nosotros*, formada por *En esta o en otra vida* y *Todas las vidas que nos quedan*.

Además de su incursión en el mundo de la ficción, Paloma es una autora que comparte sus reflexiones en el blog *Enredando primaveras* (@enredandoprimaveras). A través de él, invita a sus lectores a explorar las complejidades del alma humana mientras desentraña los misterios del amor y la esperanza**.**